

GARIBALDI

16

Publicación
Anual de la
Asociación
Cultural
Garibaldina de
Montevideo

Año 16
Montevideo
2001

«Infelici i popoli
che aspettano il
loro benessere
dallo straniero»

José Garibaldi



En este
número:

- Adela Reta
- Carlos Novello - Garibaldi y el 20 de Setiembre
- Mario Dotta - Italianos liberales, Masonería e Iglesia durante la dictadura de Santos
- Julio César Huertas - Vincenzo Bellini
- Egone Ratzenberger - Testimoni stranieri dell'epoca garibaldina
- María Luján Leiva - XX Settembre: fiesta y política
- Sergio Goretti - Il percorso di Corrado Tommasi-Crudeli, scienziato dell'ottocento
- Rodolfo M. Fattoruso - Protagonismo de la Enciclopedia en la tradición liberal
- Pablo Serrano Alvarez - Giuseppe Garibaldi (1879-1950)
- Hipólito Nievo

PPC 051926

XVI-9c-2 1

ASOCIACIÓN CULTURAL GARIBALDINA DE MONTEVIDEO

GARIBALDI



Director Responsable: Carlos Novello
Florencio Sánchez 2724
Montevideo - Uruguay

LA ASOCIACION CULTURAL GARIBALDINA DE MONTEVIDEO
Agradece

al Ministerio de Educación y Cultura del Uruguay
al Museo Histórico Nacional
al COMITES
a la Embajada de Italia en Uruguay

por las diversas colaboraciones recibidas, que hicieron posible la actividad desarrollada por esta Asociación hasta el presente y la aparición de esta revista.

Se autoriza la reproducción
total o parcial del material
contenido en esta publicación
citando su procedencia.

comisión del papel
edición amparada en el
art. 79 de la ley N° 13.349
composición, diagramación
e impresión:
cba - juan carlos gómez 1439
tel. 915 7231
montevideo - uruguay
depósito legal N° 229.919/2001

Correctora de pruebas: Prof. María Sagario



"L'assedio di Montevideo, quando meglio conosciuto ne' suoi dettagli, non ultimo conterà per le belle difese sostenute da un popolo che combattè per l'indipendenza per coraggio, costanza e sacrifici d'ogni specie. Proverà il potere d'una nazione che non vuol piegare il ginocchio davanti alle prepotenze d'un tiranno; e qualunque ne sia la sorte, essa merita il plauso e l'ammirazione del mondo"

Giuseppe Garibaldi
(dalle sue "Memorie")



EDITORIAL

Sin ninguna duda, el hecho más importante que para los italianos y descendientes de italianos en Uruguay, tuvo lugar durante este año 2001: fue la visita que nos efectuara el presidente Ciampi.

De más está decir que, por encima de partidos, de tendencias, de ideologías, representa a Italia en su totalidad.

La primera visita que el presidente efectuó en nuestro país, fue a la Casa de Garibaldi. Allí lo vimos, recorriendo emocionado la vieja casa en una de cuyas habitaciones Garibaldi vivió con su familia, como una más de las tantas familias pobres de aquel Montevideo en guerra. Lo vimos bajo el parral del amplio patio, imaginando, quizás, a Menotti, Ricciotti, a la pequeña Rosita, que se fue tan pronto, y a Teresita, correteando bajo la mirada atenta de Anita, la guerrillera dedicada a su tarea de madre, que volvería a tomar las armas para luchar por la liberación de Italia.

Allí, el presidente Ciampi recibió de nosotros algunos ejemplares de GARIBALDI, gratamente sorprendido al comprobar que en el Uruguay todavía se sigue vivamente interesados en la personalidad y la obra del Campeón de la Libertad.

Luego, en un magnífico acto organizado por el COMITES en nuestra Casa degli Italiani, entre otros importantes conceptos, el Presidente dijo: *"Dall'incontro con Voi nasce spontaneo il ricordo di quanto l'intreccio fra la Storia dell'America del Sud, dell'Europa e dell'Italia sia stato intenso e fecondo. 140 anni fa si compiva, proprio in questi giorni, l'atto di nascita dell'Italia unita e indipendente. Uno dei suoi Padri, Giuseppe Garibaldi, contribuì a scrivere una pagina importante della Storia di questo Paese, portandovi l'anelito e la fede per la libertà, i valori del Risorgimento italiano. Egli ha lasciato una traccia indeleibile che lega la nascita dell'indipendenza dell'Uruguay a quella dell'Italia e a quel movimento europeo più vasto che portò all'affermazione in Europa dei principi della democrazia".*

Constatamos que la visita del presidente Ciampi a la Casa de Garibaldi, que tantos sentimientos le despertó, pasó casi inadvertida para la población uruguaya: sin prensa, sin medios informativos audiovisuales, en silencio.

No somos nosotros quienes debemos ni podemos explicar ese hecho.

Este año se cumple el primer centenario de la muerte de Giuseppe Verdi, al que damos toda la importancia que tiene, pero nos remitimos al N° 6 de nuestra revista, correspondiente a 1991, cuando se cumplieron los 90 años de ese mismo hecho.

Otro centenario, pero éste nos alegra y mucho, es el que se cumplió el 12 de julio,

día de la promulgación de la ley, por parte del presidente Cuestas, por la que se creó el Museo Histórico Nacional, al que pertenece la Casa de Garibaldi, a cuyo frente hoy se encuentra el profesor Enrique Mena Segarra.

Otro hecho feliz para nosotros lo constituyó la visita que realizamos, en los primeros meses de este año, a la casa en la que vivió Garibaldi durante su estadía en Nueva York, donde hoy funciona el Museo Garibaldi-Meucci. Fue emocionante estar en el pequeño dormitorio que ocupara durante casi dos años, en el que se mantienen todos los muebles y utensilios que fueron de su uso personal.

Los alumnos de los sextos años de la Escuela José Garibaldi de Montevideo, realizaron, también este año, la visita a la Casa de Garibaldi, durante la que fueron atendidos por representantes de la dirección del Museo y de nuestra Asociación.

Organizada por nosotros, los mismos alumnos asistieron a una función en el teatro "El Galpón" de Montevideo, que la brindó gratuitamente, lo cual agradecemos muy especialmente, en la que se presentó una interesante versión de Cyrano de Bergerac, de Rostand, en la que se subraya la importancia que tiene para la convivencia humana la aceptación del modo de ser y de pensar ajeno y la tolerancia mutua.

Por primera vez, este año se realiza un concurso entre los mismos alumnos de los últimos cursos, consistente en un escrito sobre la vida y los ideales de Garibaldi.

Los hechos de Génova nos tristecen. En una democracia ejemplar como la italiana, fue muerto un joven en la edad pura en la que el ser humano se siente ofendido y defraudado por exceso de fe y de confianza y, en este caso, centraliza su protesta –sin armas– contra una globalización que, usada en beneficio de la humanidad, no es mala, al contrario, aunque sí lo son las políticas desarrolladas a nivel mundial por esos "supergobiernos" elusivos, más o menos misteriosos, que actúan en las sombras contra todo lo que no sea su voraz e inhumano afán de lucro.

Por último, debemos resaltar que el único apoyo económico que tuvimos este año fue el del Ministerio de Educación y Cultura del Uruguay, habiéndose suspendido todo otro, de los que siempre, desde que comenzamos nuestra actividad en 1985, hicieron posible nuestro normal funcionamiento.



ADELA RETA

Falleció una gran garibaldina.

El 3 de abril de 2001 dejó de existir, a los 79 años, la doctora y profesora Adela Reta, de larga actuación en política, en filas del "Batllismo", en la docencia, ampliamente reconocida en su profesión de jurista.

Estuvo siempre muy cerca del teatro nacional, que la vio integrada a sus filas y tuvo en ella a una luchadora más, en su fructífera y permanente batalla por enriquecer cada vez más la cultura del país.

Como jurista, fue una empecinada defensora de los derechos de la niñez, de la juventud y de la mujer, que supo apoyar con su reconocida solvencia.

Reinstaurada la democracia, fue ministra de Educación y Cultura del primer gobierno del doctor Sanguinetti.

En esos días, en mayo de 1985, se fundó nuestra Asociación.

Desde un primer momento contamos con el decidido apoyo de la doctora Reta, quien nos manifestó, en la primera entrevista que mantuvimos con ella, que éramos bienvenidos porque llegábamos para llenar un vacío, porque la figura de Garibaldi merecía estar siempre viva en nuestro país.

Apoyó con decisión, firmeza, y prácticamente, la aparición de la revista GARIBALDI, que hoy podemos decir que es una realidad que, a pesar de todo, se mantiene desde hace

16 años, porque la doctora Reta creyó en nosotros y se comprometió con nuestra obra.

Recordamos con emoción lo que nos dijo, siendo ministra, en el acto de inauguración de nuestro segundo ciclo de conferencias, en la Casa de Garibaldi, en el año 1986: “*Entre mis recuerdos de niñez, la presencia de mi bisabuelo italiano adquiere con los años singular trascendencia. Y de ese bisabuelo, al que perdí cuando yo era todavía muy niña, me hablaba siempre mi padre, me hablaba de lo que había significado y de lo que él sentía por la figura de Garibaldi. Muchos años después, él ya fallecido, en oportunidad de mi primer viaje a Europa, llegué a Génova y, en homenaje a su memoria, visité el Museo Garibaldino de aquella ciudad. Cuál no sería mi sorpresa cuando en una de las salas encuentro el retrato de una persona quien, al acercarme, figuraba como Constantino Reta y era, precisamente, el padre de mi abuelo y figuraba allí como uno de los triunviros de la Revolución de Génova, precisamente como uno de los defensores de la ideología garibaldina.*

Por eso es que no puedo ocultar que el estar en esta casa y el concurrir hoy a la iniciación de este ciclo, me produce una profunda emoción, que es lo que quiero trasmisitirles como único mensaje y decirles que no solamente agradezco a la Asociación Cultural Garibaldina de Montevideo lo que está haciendo en forma permanente para que esta casa adquiera vida y se transforme en un cenáculo en el cual la figura de Garibaldi tenga hoy una dedicación directa, acorde, precisamente, con aquel ideario que nos legó y que muchos de los que en este país estamos hoy trabajando llevamos muy dentro del alma”.

Esta gran mujer, que llenó con su pensamiento y su acción todo un ciclo de la vida política, social y cultural de este Uruguay que mantiene a Garibaldi como uno de los héroes nacionales y que va siendo comprendido hasta por parte de quienes pertenecen a colectividades políticas que estuvieron enfrentadas a aquellas junto a las cuales, circunstancialmente, debió luchar Garibaldi, nos dejó físicamente.

Su pensamiento que, por garibaldino, estuvo siempre del lado de la libertad y de la justicia, siempre junto al pueblo al que hizo todo lo posible por hacer llegar el beneficio de la cultura, permanecerá vivo y nos empujará para poder seguir por nuestro sendero.

CN

GARIBALDI Y EL 20 DE SETIEMBRE

Carlos Novello

Es más común de lo que se podría pensar que haya gente que crea que el 20 de setiembre de 1870 Garibaldi entró triunfalmente en Roma, culminando la acción de toda una vida que tuvo como finalidad la liberación y la unificación de Italia.

Después del fracaso de la tentativa republicana en Roma, en 1849, junto con Mazzini, durante la retirada se produjo la muerte de Anita y vinieron luego los que fueron, quizás, los años más tristes de su vida.

Después de un largo periplo que lo llevó a Nueva York, Centro América, Perú, China e Inglaterra, en mayo de 1854 regresó a Génova. De allí pasó por Niza donde, después de cinco años, volvió a ver a sus hijos.

Nuevamente en Génova, obtuvo el certificado de capitán de primera, con una idea en mente: construir una vivienda en Caprera y establecer allí su domicilio. Comenzó a trabajar como marino de gran cabotaje en agosto de 1855, haciendo viajes entre Génova, Niza y Marsella. En noviembre de ese mismo año murió su hermano Félix, dejándole un legado que, unido a lo que había ahorrado como capitán de buque mercante, le permitió comprarle a un inglés de apellido Collins que vivía en la Magdalena y que tenía a Caprera como coto de caza y pesca, la mitad de la pequeña isla. Allí, ayudado por su hijo Menotti, que ya tenía casi 16 años, y por algunos amigos, Garibaldi construyó, en 1856, la casa que aún se mantiene en pie y que, junto con ésta de Montevideo, son las únicas dos en las que viviera con su familia que todavía existen, ya que la de Niza, su casa natal, fue destruida cuando se construyó el puerto de aquella ciudad.

En julio de 1858 Cavour, que se encontraba de vacaciones en Suiza, se entrevistó en secreto con Napoleón III, el emperador francés, en la localidad francesa de Plombières.

Allí, ellos dos establecieron un pacto por el cual Francia y Cerdeña provocarían una guerra contra Austria, que ocupaba las provincias italianas de la Lombardía y el Véneto. Después de la victoria estas provincias pasarían a Cerdeña que, por su parte, cedería a Francia la provincia de Saboya y Niza.

El pacto de Plombières se mantuvo en estricto secreto hasta diciembre, cuando Cavour informó a Garibaldi acerca de la existencia del mismo, pero le comunicó sólo una parte: la que tenía que ver con la recuperación del Lombardo-Veneto, con lo que Garibaldi no podía más que estar de acuerdo, ocultándole la prometida entrega a Francia de Saboya y, sobre todo, de Niza.

Con este ocultamiento, Garibaldi quedó entusiasmado ante la idea de luchar por la vuelta a Italia de estas dos regiones.

Manin y Pallavicino habían fundado en 1857 la Sociedad Nacional para impulsar la política basada en la consigna “Vittorio Emanuele re d’Italia”.

Manin murió algunos días después de la fundación de esta sociedad y Pallavicino asumió entonces la Presidencia y Garibaldi la Vicepresidencia. Cavour, a través de su amigo La Farina, que actuaba como secretario, controlaba la actividad de la misma.

Naturalmente, en el reino de Cerdeña la adhesión a esta sociedad era legal y, por lo tanto, la misma se hacía públicamente. En los estados ocupados o de régimen absolutista, sus miembros adoptaron la frase “Viva Verdi”, que no sólo significaba vivar al popular compositor patriota de cuya muerte se cumplía este año el primer centenario, sino también: “Viva Vittorio Emanuele, re d’Italia”.

En 1859, en Turín, Garibaldi fue presentado al rey por Cavour. Ambos se comprendieron siempre muy bien, a pesar de las lógicas diferencias existentes entre un monarca y un republicano. Pero Garibaldi sabía que sólo bajo la guía del rey iba a ser posible la liberación y la unificación de Italia.

Cavour tenía muy presente que solamente Garibaldi tenía el poder de convocatoria capaz de atraer a la juventud italiana para enrolarse y así aumentar el número de las fuerzas regulares. El convenio militar suscrito preveía que Francia aportaría 200 mil soldados y Cerdeña 100 mil; que Napoleón III asumiría el comando de este ejército binacional y se había establecido, por imposición francesa, que no se emplearían fuerzas irregulares. El fantasma de Garibaldi y el pueblo estaban siempre presentes en la mente de ambos pactistas.

Si bien a los generales de carrera no les agradaba la idea de tener como colega nada menos que a Garibaldi (que ya había ganado, luchando, su grado de general en Uruguay, después de la batalla de San Antonio), Cavour no tuvo más remedio que nombrar a Garibaldi general del ejército sardo.

Desde un principio, la duplicidad de actitudes por parte de los pactistas hacia Garibaldi fue la norma de conducta; lo cual le hizo decir: “*Me utilizaban como bandera para atraer voluntarios*”. Después, los hombres de entre 18 y 26 años, que habían acudido a enrolarse pensando que los iba a guiar Garibaldi, fueron asignados a otros sectores del ejército, dejando a sus órdenes sólo a los muy jóvenes y a los viejos no aptos para el servicio.

Así, entre malas jugadas, ocultamientos, doble juego, temor de que Garibaldi con-

quienes querían verdaderamente la liberación de Italia, se les fuese de las manos impidiéndoles las habituales componendas que llamaban "actos diplomáticos", fue pasando el tiempo sin que se pusiera en marcha lo acordado hasta que Austria, queriendo sacar partido de la indecisión francesa, que también sentía la presión de Inglaterra para que este tema se resolviese en una conferencia, dejando sin efecto el pacto de Plombières, el 27 de abril de 1859 declaró la guerra a Cerdeña.

El 3 de mayo Francia declaró la guerra a Austria y comenzó a funcionar el pacto.

Con el decidido apoyo de la población de las zonas de guerra, ésta se desarrolló favorablemente para los ejércitos aliados y, a pesar de la intención de Cavour de mantener a Garibaldi en un segundo plano para no poner nervioso a Napoleón III, la misma prensa liberal francesa y aun los independientes, ahora que estaba luchando junto a los ejércitos de Francia, se lanzaron a una campaña favorable a Garibaldi. Los diarios de derecha, para no ser mal vistos, se abstuvieron de atacarlo, lo que ya era mucho.

La guerra se definió el 24 de junio de 1859, en la batalla de Solferino, en la cual los ejércitos francés y sardo vencieron aunque con grandes pérdidas. Napoleón, quizás considerando que ya había pagado bastante para lo que obtendría por el pacto con Cavour, entró en negociaciones directas con Francisco José, el emperador austriaco. En Villafranca, después de una corta conversación de una hora, ambos decidieron que Austria entregaría Lombardía a Cerdeña, si bien a través de Francia; Austria mantendría el Véneto –contrariamente a lo que se había acordado en Plombières–. Cavour, el otro firmante de este pacto, que fue absolutamente ignorado por su "aliado", no encontró otra solución que renunciar. Fue sustituido por el general La Marmora como primer ministro.

En diciembre, en Turín, Garibaldi anunció que renunciaba a la presidencia de la Sociedad Nacional y el 1º de enero de 1860 anunció que iba a fundar una nueva asociación política que se llamaría "Nación Armada".

El 4 de enero Víctor Manuel llamó a Garibaldi y le pidió que disolviera la "Nación Armada".

A las cinco de la tarde de ese mismo día Garibaldi anunció que, a pedido del rey, disolvía la "Nación Armada" pero, al mismo tiempo, invitaba a "*todo italiano que ama a la patria a contribuir para la compra de un millón de fusiles, para poder armar a un millón de soldados*". "*Que Italia se arme* –terminaba diciendo– *y será libre*".

Cavour retornó al poder en 1860 y en seguida firmó otro acuerdo con Napoleón III, según el cual el reino de Cerdeña se anexaba Parma, Módena, la Romaña y la Toscana, cumpliendo así con otro pedacito del pacto de Plombières, pero poniéndose al día respecto a lo que correspondía a Francia, se hacía efectiva la anexión de Saboya y de Niza.

Garibaldi se mostró indignado por esta cesión de territorio italiano y muy

especialmente por la cesión de Niza, su ciudad natal, adonde había hecho trasladar, apenas seis meses antes, los restos de Anita desde las Mandriole.

En mayo de 1860 tuvieron lugar los sucesos protagonizados por los Mil que partieron desde Quarto hacia Marsala, en Sicilia, la obtención –por la lucha organizada por Garibaldi siguiendo la voluntad de la población local– del Reino de las Dos Sicilias y su cesión a Víctor Manuel, para seguir tejiendo palmo a palmo la unidad italiana. Partió de Quarto con una orden de arresto emanada de Cavour y la gesta terminó en Aspromonte, con la herida de Garibaldi provocada por las tropas del reino al que, en gesto magnífico, le había ofrecido otro reino arrancado a los borbones.

En 1864 realizó el viaje triunfal a Inglaterra.

En 1865, tanto el gobierno francés como el austriaco fueron informados acerca de la constitución de un comité unificado de mazzinianos y garibaldinos para preparar la invasión del Véneto; mientras se estaba en éstas se produjo un hecho inesperado que aceleró los acontecimientos. Prusia, con Bismarck al frente, se decidió a dirimir algunos litigios territoriales y de liderazgo con su tradicional aliada, Austria, y para lograr sus objetivos ofreció a Italia una alianza antiaustríaca ofreciéndole, como compensación, la devolución del Véneto. Esta alianza serviría también para debilitar la notoria influencia francesa sobre Italia, lo cual beneficiaría los intereses prusianos.

El 10 de junio de 1866 el general Fabrizi, viejo amigo de Garibaldi, fue a Caprera a invitarlo, en nombre del rey, a tomar nuevamente las armas contra Austria, al tiempo que lo exhortó, en nombre de la oposición de izquierda, a la que pertenecía, a olvidar la situación creada en Aspromonte. Garibaldi aceptó y partió de Caprera el mismo día.

Así se desarrolló la guerra del '66 en el Trentino, con victorias y derrotas, hasta llegar a Bezzecca, el 21 de julio que, aunque con duras pérdidas para ambos contendientes, fue una victoria garibaldina contra los austriacos.

Cuando se aprestaba a consolidar sus posiciones recibió, el 25 de agosto, la orden de retirarse. La guerra había terminado.

Bismarck también había hecho su guerrita punitiva contra Austria y la terminó cuando le convino.

La obligó, sí, a ceder el Véneto a Italia, pero le permitió mantener el Trentino, que ya estaba en manos de Garibaldi.

Continuaban las condiciones humillantes: como se hizo con la Lombardía, el Véneto fue cedido a Francia –que no tuvo arte ni parte en esta guerra, pero se la trataba como si fuera la dueña de Italia– y ésta cedía, a su vez, el Véneto al gobierno italiano.

Del gobierno, Garibaldi, después de ganar un reino para Italia, recibió un balazo en Aspromonte; en el Trentino, luego de tenerlo en sus manos, la obligación de dejarlo perder, salvando la organización política de Italia con su trágico “Obbedisco”, que tanto significaba. Se debía esperar hasta 1918 para incorporar el Trentino a las fronteras naturales.

Quedaba pendiente el tema de Roma como capital y la reunificación de los territorios que se encontraban bajo el gobierno papal.

Del 9 al 13 de setiembre de 1867 se celebró en Ginebra el Congreso de la Paz. El primero se había celebrado en la misma ciudad en 1820, repitiéndose en Londres y en otras ciudades europeas entre 1843 y 1850. A través de esos encuentros la ideología pacifista fue avanzando con dificultades, debido a la oposición de los gobiernos y los estratos sociales que hacían de la guerra su gran negocio.

Garibaldi asistió a este Congreso de 1867 y, entre varias proposiciones, presentó una que declaraba que “*el esclavo tiene el solo derecho de hacer la guerra al tirano: es el único caso en que la guerra debe ser permitida*”.

Después de las palabras, la obra.

Al otro día abandonó el congreso y se dirigió hacia la frontera del Estado Pontificio, siendo aclamado por las multitudes.

Nueva orden de arresto, esta vez de Rattazzi, y fue llevado detenido, si bien con extrema consideración, dado el apoyo clamoroso de la gente, a Alessandria.

¡Cuál sería el clima social que los soldados de la Brigada Módena, encargados de la vigilancia del lugar donde estaba detenido, manifestaron debajo de sus ventanas gritando: “*Viva Garibaldi libre! Viva Roma capital!*”!

Rattazzi —que no sabía qué hacer— envió al general Pescetto, ministro de Marina, a visitar a Garibaldi para ofrecerle su liberación a cambio de su promesa de volver a Caprera y quedarse allí. No aceptó. Pescetto telegrafió a Rattazzi diciéndole que, visto el humor de la guarnición de Alessandria, pensaba que no se podría tener a Garibaldi prisionero por mucho más tiempo, aun sin ninguna condición. Sucedió así y Pescetto hizo llevar a Garibaldi bajo escolta a Génova y, desde allí, a Caprera.

Entonces el gobierno envió a la marina a bloquear la pequeña isla, a fin de impedir tanto la salida de Garibaldi como el paso de las visitas que pudieran llegarle, si bien legalmente no estaba arrestado.

El 30 de setiembre de 1867 los garibaldinos habían traspasado los confines del Estado Pontificio; al principio, tratando de evitar encuentros con las tropas papales y ocupando puestos en lo alto de las montañas.

Al anochecer del 2 de octubre, quienes estaban a cargo del patrullaje naval vieron una pequeña embarcación que partía desde Caprera hacia la Magdalena. Le dieron el alto y, como no se detuvo, dispararon un cañonazo de salva y luego un disparo de fusil delante de la proa. La barca entonces se detuvo y el comandante de la nave comprobó que en ella se encontraba Garibaldi con algunos compañeros. Ordenó a Garibaldi que volviera a Caprera; Garibaldi le preguntó si estaba arrestado y él respondió que no, pero que tenía orden de no dejarlo salir de Caprera.

El 13 de octubre una espesa niebla cubría Caprera y la Magdalena. A las 10 de la noche Garibaldi se embarcó, solo, con los remos recubiertos con telas para aminorar el

ruido en el agua y, pasando —como había hecho en la bahía de Montevideo, durante el bloqueo de Rosas, para ir a la Isla de Ratas— junto a una cañonera estacionada en el canal, tan cerca que oía lo que conversaban los marineros, y llegó a la Magdalena.

Había desembarcado en la playa privada de la señora Collins, la viuda del inglés al que le había comprado sus tierras en Caprera. Escondió la barca y se quedó en la casa. El 14, ya oscuro, fue a caballo al pequeño puerto de Cala Francese en compañía de Susini, que había vuelto desde Montevideo a la Magdalena, de donde era originario. En Cala Francese se encontraron con Bassi y con el capitán Cúneo, en cuyo pesquero zarparon al amanecer del día siguiente para Cerdeña. Una nave de la marina los detuvo, pero como no había alarma porque a Garibaldi se lo creía en Caprera, su capitán aceptó la explicación de Cúneo de que los hombres eran su tripulación de pesca y, sin reconocer a Garibaldi, los dejó partir.

Llegados a Cerdeña, pasaron la noche del 15 de octubre y todo el día 16 en una gruta, en la costa oriental; luego de una cabalgata de 17 horas arribaron al pequeño puerto de San Pablo. Una vez descansados y habiendo comido, partieron para el continente en el pesquero de Canzio, el yerno de Garibaldi, y el 19 de octubre llegaron a Vado, después de un viaje de 51 horas, al final de la tarde. Al mediodía del día siguiente llegaron a Florencia. Esa misma mañana los diarios recién daban la noticia de la fuga de Garibaldi de Caprera. Algunas horas después Rattazzi presentó renuncia. Napoleón III comunicó que entendía que el tratado del 15 de setiembre de 1864 se había violado, puesto que Menotti Garibaldi había invadido el Estado Pontificio y que, considerándose libre de compromiso, enviaría un cuerpo expedicionario a Roma para proteger al papa.

Víctor Manuel pidió a Cialdini que formara gobierno, mientras que en Florencia y en otras ciudades había manifestaciones de protesta contra la decisión de enviar tropas francesas a Roma.

El 22 de octubre Garibaldi se dirigió desde Florencia hacia la frontera y durante su viaje se enteró de que sus voluntarios, bajo la dirección de Menotti y Acerbi, habían encontrado y habían vencido a las tropas pontificias en Monterotondo. Allí, a veinte quilómetros de Roma, Garibaldi se unió con los suyos el día 24.

Atacó y venció a la guarnición de Monterotondo tomando 300 prisioneros.

Napoleón obligó mediante un ultimátum a Víctor Manuel a retirar las tropas que Rattazzi había enviado hacia Roma, con la excusa de defenderla de Garibaldi. El 3 de noviembre, marchando desde Monterotondo hacia Tivoli, Garibaldi se encontró con las tropas pontificias en Mentana. Todavía no sabía que el ejército francés había llegado a Roma. Cuando estaba venciendo a los ejércitos papales, que lo doblaban en número, aparecieron las tropas francesas que usaron los nuevos fusiles “chassepots”, que tenían un tiro mucho más largo que los mosquetes que usaban los garibaldinos y sólo la noche evitó la destrucción de los cuerpos voluntarios. Imposibilitados de continuar la lucha en esas condiciones, se retiraron hacia territorio italiano. Acompañado por Crispi, que

lo vino a buscar, tomó el tren para Livorno, pero el general Menabrea, ahora primer ministro en lugar de Cialdini, resolvió arrestarlo. Cuando llegó a Perugia, a pesar de las violentas protestas de Crispi, fue arrestado y conducido a la misma fortaleza a la que lo habían enviado después de Aspromonte. Manifestaciones populares y protestas de diputados se sucedían exigiendo la liberación de Garibaldi.

El gobierno se mantuvo firme hasta que a esas manifestaciones se unió el pedido del ministro de Estados Unidos en Florencia para que fuera liberado, lo cual se hizo el 26 de noviembre, debiendo volver a Caprera y obligándose a no dejar la isla durante seis meses.

En realidad, salvo alguna breve visita a la Magdalena o a Cerdeña, permaneció en Caprera por casi tres años. Lo que se podría decir de él durante este período se refiere a su vida familiar y eso es cosa que no nos concierne.

A fin de seguir adelante con su política el canciller de Prusia, Bismarck, necesitaba una guerra con Francia. Las regiones de Alsacia y Lorena, importantes por sus yacimientos, necesarios para la industria de la época, y por la riqueza de sus tierras, estaban en litigio, como también lo estuvieron en la guerra 1914-1918 y hasta la guerra de 1939-1945.

En 1870 Bismarck, hábil político, logró que el primer movimiento lo hiciera Napoleón III, quedando Prusia como Estado agredido; si bien eso no tenía demasiada importancia entre potencias acostumbradas a rapiñar a otros y a rapiñarse entre ellas, ese hecho le hizo ganar la simpatía de la gente y de los Estados neutrales. La gran mayoría de los liberales europeos, incluidos los radicales, por el natural odio que sentían por el gobernante francés, se inclinaron a apoyar a Bismarck, a pesar del carácter reaccionario de su gobierno.

La monarquía italiana se encontraba en una situación de duda: se creía deudora de Napoleón por haberle “cedido” la Lombardía y de Bismarck por haberle “concedido” el Véneto, ambos “obsequios”, recordemos, efectuados a través de Francia. Ofreció al gobierno francés entrar en guerra de su lado, a cambio de que retirara sus tropas de Roma y permitiera a Italia anexarse la ciudad.

Napoleón rechazó esta propuesta y renovó su compromiso para proteger al Estado Pontificio justamente en ese momento –julio de 1870–, cuando un Concilio Ecuménico estaba por proclamar la infalibilidad del papa.

El gobierno italiano adoptó entonces una política de neutralidad, pero manteniéndose pronto para unirse a Francia, si ésta aceptaba su propuesta.

Por el contrario, los garibaldinos y la oposición de izquierda simpatizaban abiertamente con Prusia.

En efecto, muchos viejos oficiales y voluntarios de Garibaldi se presentaron a la embajada de Prusia en Florencia, ofreciéndose para luchar contra Francia. Bismarck, que sabía bien qué era lo que quería y cuáles eran sus principios políticos, no estaba

dispuesto a dejar entrar en la lucha, al lado de sus tropas, a ésta que él consideraba una especie de chusma político-militar.

Por otra parte contaba con un formidable ejército que hacía innecesaria toda ayuda para combatir y derrotar a Francia.

Aprovechó la coyuntura para ganarse la buena voluntad del gobierno italiano informándole de estos ofrecimientos, si bien dejó muy en claro que Garibaldi no se había ofrecido.

El gobierno italiano creyó, a partir de esta afirmación –que era cierta– que se trataba, precisamente, de lo contrario. Esta creencia fue afirmada por un artículo aparecido en el "Times" de Londres, según el cual el encargado de negocios de Prusia había efectuado una visita secreta a Caprera. Esta visita no había existido, pero era cierta la animadversión de Garibaldi hacia Napoleón III, por Niza, por Mentana, por Roma...

Nuevamente usaron la marina italiana para mantener prisionero a Garibaldi en Caprera, impidiéndole salir.

El 1º de setiembre fue la desastrosa derrota francesa de Sedán, batalla en la que los prusianos capturaron al propio Napoleón y a 82 mil soldados, aparte de los que mataron.

Tres días después tuvo lugar la revolución en París y se proclamó la Tercera República, con Gambetta al frente del gobierno formado por los radicales de izquierda. El nuevo gobierno republicano retiró inmediatamente las tropas francesas de Roma. Un par de semanas después, Víctor Manuel advirtió al papa que estaba preparándose para enviar sus tropas al Estado Pontificio para prevenir el estallido de la revolución, lo cual fue rechazado con desdén por Pio IX.

El ejército italiano, al mando del general Rafael Cadorna, se dirigió hacia Roma y el 20 de setiembre de 1870 abrió en las murallas aurelianinas, cerca de Puerta Pia, una brecha que hizo desistir de toda resistencia ulterior a los defensores del poder temporal de los papas que, con la entrada del ejército del reino de Italia en Roma, cesaba definitivamente.

Nuevamente "por razones de política internacional", a las que se agregaban razones de celos y de prestigio personal, el gobierno italiano consideró imprescindible que Garibaldi no tuviera ninguna intervención directa en la liberación de Roma.

El bloqueo naval de Caprera fue intensificado y, nuevamente, otros se apropiaron del resultado de los trabajos, las luchas y los sacrificios realizados por Garibaldi, los garibaldinos y otras fuerzas patrióticas, para lograr la liberación y la unidad de Italia.

Tampoco Mazzini se la llevó de arriba. En el verano de 1870 se trasladó a Sicilia desde Londres y allí fue arrestado por la policía y mantenido prisionero en Gaeta durante varios meses. Fue otro de los que tanto habían hecho por la liberación y la creación de la Italia moderna y que se vio impedido de estar presente cuando, finalmente, se hizo realidad el sueño que él había propuesto cuarenta años antes.

Pequeñez política e intelectual de quienes esto propiciaron. Actuaban como los

siervos medievales que, impotentes para enfrentar la prepotencia y los abusos de sus señores, descargaban sus iras de “padres-patrones” sobre su mujer y sus hijos.

Con el ejército francés maltrecho, después de Sedán, el gobierno republicano buscó un acuerdo de paz con Bismarck, que éste rechazó exigiendo lo que lo había movido a hacer la guerra contra Francia: la cesión de Alsacia y Lorena, con Belfort y las fortalezas de frontera y además una pesantísima indemnización. El gobierno francés pretendió explicarle que eran condiciones demasiado rígidas para un gobierno que no era el que había iniciado las hostilidades contra Prusia y Bismarck le respondió con la lógica y la soberbia del vencedor y del autócrata: les dijo que a él, personalmente, Napoleón III le agradaba y que si Favre (el ministro de Relaciones Exteriores) interponía alguna dificultad acerca de las condiciones de Prusia, él restauraría a Napoleón en el trono y firmaría con él el tratado de paz.

Ante esta situación, las simpatías de los republicanos y liberales de toda Europa se volvieron de parte de Francia.

El 7 de setiembre, tres días después de la revolución republicana de París, Garibaldi escribió al “Movimento” de Génova: “Ayer les decía: guerra a muerte a Bonaparte, hoy les digo: hay que salvar a toda costa la República francesa”. Pocos días después telegrafiaba al gobierno francés: “Cuanto queda de mí está al servicio de ustedes. Dispongan”.

Algunos días después el doctor Bordone, un médico francés que había acompañado a Garibaldi en Nápoles y en Sicilia, en 1860, telegrafió a Garibaldi exhortándolo a ir a Francia. Después de recibir de Garibaldi esta respuesta: “*Mi estimado Bordone, si puedo salir de mi prisión estaré con ustedes*”, partió sin más, para ir a buscarlo. Tomó un vapor hacia Córcega y antes del atardecer del 4 de octubre partió con una barca desde Bonifacio y desembarcó, sin ser visto, en Caprera. Cuando Garibaldi y Basso salieron a ver por qué ladran los perros se encontraron con Bordone que le dijo a Garibaldi: “*Y bien, general, aquí estoy. Vine a buscarlo*”.

Así eran, así actuaban los garibaldinos.

Pero el gobierno republicano sufría las mismas dudas y los mismos temores, respecto a Garibaldi, que el gobierno italiano. Al principio no sabían qué destino asignarle sin que, tanto los militares de carrera como los católicos de derecha se sintieran molestos. Finalmente, fue nombrado comandante del ejército de los Vosgos, que contaba con unos 10 mil francotiradores, para que actuara junto a las fuerzas del general Cambriels, ambos con igual grado.

En una situación de desintegración moral y militar dentro de Francia que el gobierno no tenía posibilidad de cambiar, con sectores civiles más propensos a claudicar ante la autoridad prusiana que a apoyar a un gobierno popular, los destinos del país estaban signados.

Lo cierto fue, como afirmara Víctor Hugo, que Garibaldi fue el único general que

no fue derrotado por los prusianos.

Lo cierto fue que Ricciotti, el 18 de noviembre de 1870, al mando de una compañía de garibaldinos, atacó a 800 soldados prusianos en Châtillon-sur-Seine, derrotándolos en toda la línea y despojándolos de la única bandera prusiana que se capturó en toda esa guerra. Una bandera es sólo un símbolo, pero un símbolo, en este caso, de mucho valor.

Esta fue la última acción bélica de Garibaldi. Tenía 64 años.

De los que fueron honrados oficialmente hoy ya nadie se acuerda.

Garibaldi, dentro y fuera de Italia, sigue siendo el paradigma del pueblo italiano y del pueblo honesto de todo el mundo, de ése que está naturalmente unido por el trabajo, por la creación, por el pensamiento, por intentar descubrirse y descubrirle a la naturaleza sus secretos, porque somos la obra más alta de la creación y ése es el compromiso que tenemos.

UNA GRATA VISITA ANNITA GARIBALDI

A mediados de junio de este año recibimos la grata visita de la **Dra. Annita Garibaldi Jallet**, bisnieta directa de José Garibaldi. Hija de Sante y nieta de Ricciotti, el hijo uruguayo de Garibaldi y Anita, que nació en nuestra ciudad.

Tuvimos la agradable oportunidad de conocernos, gracias a la invitación de la Dra. Gerone, entonces circunstancialmente a cargo del Instituto Italiano de Cultura, pero no pudimos intercambiar ideas e impresiones, como corresponde entre garibaldinos.

Ahora quedaron establecidas relaciones directas que, seguramente, se irán consolidando y afirmando con el transcurso del tiempo.

Fue bienvenida y lo será cada vez que llegue a estas tierras, que también son las suyas.

Sólo aspiramos a que, en otras oportunidades, pueda recibir las cálidas expresiones de afecto que la colectividad italiana y buena parte del pueblo uruguayo puede ofrecerle, como a la representante de las más puras tradiciones garibaldinas.

L'ITALIA

Giosuè Carducci

Come gracchiando la cornacchia doma
 Da poco vento cala al picciol dí,
 Italia cadde; e de la terza Roma
 E di Mazzini apostolo arrossí.

Paura ebbe ed orror di Garibaldi
 Che insegnato le avea credere in sé,
 Quando di Roma da i crollanti spaldi
 Provocò la repubblica ed i re.

Di Vittorio Sabaudo le rimorse
 Ch'alta farla e temuta un dí pensò,
 E ne le spalle si ristrinse e torse
 Il capolin turrito, e disse – Ohibò!

(1896)

IMPRESIONES DE UN VOLUNTARIO EN EL EJERCITO DE LOS VOSGOS

Achille Bizzoni

Se cumplen 130 años de la publicación de este libro editado por la Sonzogno de Milán, que permanece como una vívida crónica de la intervención garibaldina en apoyo de la República Francesa que surgió luego de la derrota de Napoleón III por parte de Prusia y la consiguiente caída del imperio francés.

Ya habíamos publicado algunas páginas de este excelente periodista, entonces convertido en soldado voluntario en aquella guerra en la que intervino el propio Garibaldi con sus dos hijos, Menotti y Ricciotti ("GARIBALDI" N° 13, 1998).

Ahora, con gusto, apelamos nuevamente a aquellas carillas escritas durante los acontecimientos y publicadas apenas tres meses después del armisticio que signó la derrota francesa, firmado el 29 de enero de 1871, porque entendemos que enriquecen los comentarios del artículo titulado "Garibaldi y el 20 de Setiembre".

Publicamos el capítulo I-Al **criminale**, el L-La **battaglia del 23** y el LI-La **bandiera**. (CN)

I - Al criminale

Per chi fossero le nostre simpatie al principio della guerra fra la Prussia e la Francia, è inutile dirlo.

L'intiera democrazia del mondo vedeva nelle possibili vittorie francesi il consolidamento del liberticida impero dei Bonaparte; e dovendo scegliere fra due despoti, fra Guglielmo, cioè, e Napoleone, preferiva il meno funesto alla libertà: il primo.

Io, dal carcere cellulare del Criminale, tante volte apertomi dalla regia ospitalità, tendevo avido l'orecchio al gridio de' venditori de' telegrammi e de' giornali, e mi confortavo –pur sentendo in cuore immensa pietà per l'infelice popolo francese– mi confortavo allora, in cui udivo vociare la notizia di qualche vittoria prussiana.

Un bel giorno, e quello fu bello davvero pel prigioniero, mentre stavo coricato sulla mia cuccia, tutto occupato ad annuvolare l'atmosfera della cella, con una pipa che fumava più del Vesuvio in eruzione, mi parve intendere il solito stentoreo grido:

"Supplemento straordinario alla 'Gazzetta di Milano', notizie della guerra!" e poi una tirata gutturale, della quale non potei afferrare se non la parola *Repubblica*.

Balzai dal letto, mi arrampicai all'inferriata della finestra, tesi l'orecchio, ma era troppo tardi; il venditore di giornali trovavasi già lungi, e il suo grido, correddato di aggiunte, mi arrivava sempre più indistinto.

Repubblica!!! Dove? In Italia, in Francia, in Prussia o in Spagna?

Provai uno di quei momenti di tormentosa impazienza, sì frequenti nella esistenza del carcerato; pazzo, afferrai le sbarre come se avessi potuto scuotere con uno sforzo sovrumano; le sbarre mandarono un fievole suono, quasi avessero voluto compiangermi, ma non si scossero per nulla.

Passeggiai concitato i tre metri quadrati della cella; mi affacciai più volte ancora alla finestra, nella speranza che qualche altro rivenditore sarebbe passato per le vie adiacenti, ma non intesi se non il lontano rumoregggiare delle vetture fuggenti, il brontolio dei passanti per le vie popolose.

—Sarà stata un'illusione, dissi fra me; il bambino gridava forse i numeri del lotto o l'estrazione municipale del Prestito di Milano, ed ho creduto intendere la parola repubblica.

Ripresi la posizione orizzontale, accesi di nuovo la pipa, ma invano, perchè appena accesa, si spegnava.

—Eppure —fantasticavo— la parola repubblica l'ho udita chiaramente, oggi non è giorno d'estrazione al lotto, e poi cosa c'entra il lotto colla repubblica?

E riaccendevo la pipa, ed essa si spegnava di nuovo... Quanti fiammiferi ho sprecati quel giorno!

Quando: pom! poom!! poom!!!...

Non temete di nulla, non era il cannone, era l'amico e comprigionero Fumagalli, il quale, dalla cella soprastante alla mia, mi avvertiva, col tacco, di voler parlarmi.

Balzo ancora dal letto, corro di nuovo all'inferriata, e col cucchiaio in legno scorro le sbarre, che rullarono a mo' di tamburo; era il segnale convenuto, e voleva dire come io fossi tutt'orecchi.

—Quarantaquattro! disse lui sottovoce.

—Fumagalli! rispondo io.

—Guarda in corte, s'è *nuvolo o sereno*.

Data un'occhiata nel cortile attraverso le persiane in ferro e veduto che il guardiano passeggiava in fondo in fondo:

—*Tempo variabile*, risposi io. Puoi parlare; quando sarà *nuvolo* ti avverterò.

—Sai?

—Che?

—La repubblica è proclamata a Parigi... Napoleone è prigioniero.

—Dici davvero? Ma da chi lo sai?

—Dal cinquantanove, che l'ha saputo dal trentatré, sceso a colloquio.

—Eh là, silenzio! Urlò con voce altitonante il guardiano, di cui mi ero dimenticato; e silenzio fu fatto.

Ne sapevo abbastanza, scesi dalla finestra e mi misi a ballare da solo un *cancan* indiavolato, finchè preso dal capogiro dovetti sedermi sull'unica seggiola.

—La repubblica a Parigi! Evviva la repubblica! urlai.

E giù un valzer, come non lo ballai mai, neppure nelle sere di orgia, alla Scala.

Per chi fossero da quel giorno le nostre simpatie, non può essere dubbio... Fra Guglielmo e la nazione francese, fra Guglielmo e la Repubblica non poteva essere dubbia la nostra scelta.

Ciò per i nostri nemici, i quali si vantaron d'averci colti in flagrante reato d'incoerenza.

Il resto i miei lettori lo conoscono. Garibaldi, sempre generoso, offerse, con un eloquente telegramma, *quanto restava di lui* alla Repubblica di Francia... Gambetta fece il sordo, ma poi spintovi dalla pubblica opinione, si *degnò* di accettare.

Pochi giorni dopo la di lui partenza per Marsiglia, non mi ricordo più, se per la breccia di Cadorna, per la nascita d'un principe, per un onomastico, o per qual altro nazionale terno al lotto, ci si regalò un'amnistia, colla quale ci si perdonava d'essere stati mesi e mesi in carcere, per un'ipocrita ombra di procedura. Con essa si provava, come due e due fanno quattro, che se fossimo stati liberi, avremmo svaligiata la Cassa di Risparmio, la Banca nazionale, tutti i magazzini d'orefice, non che le vuote casse erariali.

L - La battaglia del 23

Le nostre posizioni le conoscete. A Talant Menotti, a Fontaine la brigata dell'estinto Bossack e sulla nostra destra estrema, sulla strada di Langres, le brigate Canzio e Ricciotti; poi, sparso qua e là, qualche battaglione di mobilizzati d'avamposto; il resto dei mobilizzati stavano dietro a noi occupando le inattaccabili alture al di là dell'Ouche, quelle di Bel Air.

Il giorno era sorto col solito accompagnamento di nebbia, più fitta del di innanzi.

Le nostre riconoscizioni avevano pur tuttavia segnalate forti colonne nemiche, le quali, scese fino ad Ahuy, non prendevano, come i di passati, la strada alla loro destra che mena a Hauteville e da Hauteville a Daix, ma bensì quella alla loro sinistra, che mette alla strada di Langres.

Era una finta? era invece, che realmente, cosa più presumibile, stanchi i prussiani di batter del capo inutilmente contro Fontaine e Talant, volevano girarli onde tentare d'entrare in Dijon per la pianura?

In ogni modo ciascuno era al suo posto; gli artiglieri ai pezzi, i battaglioni nelle posizioni dei giorni antecedenti.

Le ore passavano lente lente, e la nebbia non si diradava punto. Ad ogni tratto erano dei *chasseurs* che rientravano dopo d'aver subito il fuoco delle pattuglie nemiche, od erano *chasseurs* che sortivano per subirlo a loro volta; ma nulla di certo; il nemico marciava guardingo e lentissimamente, e nel mentre noi aspettavamo impazienti il diradarsi della nebbia, esso forse, a sua volta, aspettava altrettanto, non volendo cimentarsi ad un attacco con quella opaca benda sugli occhi.

Sonavano le undici alle torri di Dijon, quando la brezza spirò diacciata e violenta. Come per incanto quelle nubi di vapore batterono dell'ali, lasciando scoperte valle e colline indorate dal sole, appena oscurato tratto tratto da una nuvoletta attardata che quasi vergognosa fuggiva rapida rapida per raggiungere le già lontane sorelle; l'avreste detto il repentina alzarsi della tela ad uno spettacolo della Scala.

Coi cannocchiali noi vedevamo da lungi le compatte colonne marciare alla nostra destra, sulla strada che corre per le alture da Ahuy alla strada di Langres, intanto che qualche battaglione fingeva di voler rioccupare Daix per riattaccare Talant.

—Non è che una finta, disse Menotti. Correte ventre a terra ad avvertire mio padre che Pouilly sta per essere attaccato.

Il generale era già prevenuto e lo trovai che usciva in carrozza. Dapprima venne a Talant per iscoprir meglio il terreno dall'altura e meglio indagare le intenzioni del nemico.

Non c'era più dubbio, l'attacco aveva luogo sulla strada di Langres, le batterie di Mont Chapet, di Pouilly, di Saint-Apollinaire, di Fontaine tuonarono, ed altrettante batterie nemiche vomitarono fuoco nel medesimo istante. Garibaldi, dopo d'avere scambiate poche parole con Menotti, scese al galoppo de' suoi cavalli da Talant per portarsi sul luogo dell'azione, mentre noi rinforzavamo la strada di Daix per premunirci d'un attacco da quella parte, caso mai il generale prussiano volesse eseguire una diversione.

Intanto sulla strada di Langres avveniva terribile una scena di distruzione e di sangue.

D'avamposti avevamo, come dissi, un battaglione di mobilizzati, i quali, appena attaccati, dopo una debole resistenza si diedero a fuga precipitosa, portando la demoralizzazione e l'allarme dovunque.

I prussiani, ingagliarditi da questo primo successo, si lanciarono compatti alla corsa dietro i fuggenti, ma giunti in presenza della masseria occupata da Ricciotti, trovarono una inaspettata resistenza.

Ricciotti, barricatosi in quella masseria, deciso a farsi schiacciare piuttosto che arrendersi, vomitava un fuoco d'inferno da ogni finestra, da ogni feritoia, da ogni muricciuolo, perfin dai tetti.

Ma come onde, ai primi caduti subentravano più fitti, più numerosi, più ostinati i nemici.

Tutt'intorno tuonavano le artiglierie, ed era una musica diabolica, che doveva far sorridere lo Spirito del male, se esso, come l'altro, non fosse una invenzione di fantasia malata.

Ma per quanto ostinatamente tenesse Ricciotti, per quanto micidiale fosse il di lui fuoco contro il nemico, questi aveva già per due terzi circondata la masseria, e poca speranza lasciava di poter più a lungo resistere senza il miracolo d'un pronto soccorso.

Il colonnello Canzio, dietro le case d'un'altra masseria a poche centinaia di metri da quella in cui disperatamente si batteva Ricciotti, fulminava il nemico; ma le condizioni disperate di Ricciotti non conosceva. Quando un *franc cavalier de Chatillon* potè prevenirlo del pericolo corso dalla quarta brigata.

Non c'era tempo da perdere; chè si diceva Ricciotti essere prigioniero.

Cosa fare? Arrischiare tutto per tutto, ma salvare Ricciotti.

Narrando gli episodi di quella giornata c'è da credersi in pieno Ariosto, tanto sentono del romanzesco gli atti di disperato coraggio di quei due giovani comandanti di brigata.

—Bisogna caricare alla baionetta! urla Canzio, e sguainata la sciabola, seguito da tutti i suoi —il battaglione Perla, gli egiziani, gli spagnuoli— si getta primo alla corsa sulla strada, sotto una grandine di palle.

L'esempio è da tutti, da tutti imitato, chè l'eroismo del capo vale ad infondere il valore anche nei meno coraggiosi. Ed al grido di "viva Garibaldi!" di "viva la Repubblica!", quelle poche centinaia d'uomini, come uragano a cui nulla resiste, sono di fronte al nemico. Al giungere di quell'inaspettato soccorso i franchi tiratori di Ricciotti acquistano lena e coraggio maggiore; un fuoco orribile si apre più che mai micidiale contro gli irrompenti pelottoni prussiani, che cadono mietuti dalla morte, come l'erba falciata dal mietitore, e s'ammonticchiano tutt'intorno alla masseria, quasi trincee di corpi umani.

L'onda de' nemici irrompenti si spezza davanti al fuoco disperato de' nuovi giunti e dei franchi tiratori di Ricciotti; i prussiani cominciano a titubare, il titubare in presenza di simile grandinare di palle è sempre funesto, chè nel mentre l'incertezza infonde coraggio all'avversario, si lascia maggior libertà d'azione ai tiragliatori, che combattono non molestati.

I prussiani si ritirano lentamente dapprima e rispondendo sempre, ma poi a poco a poco la ritirata si converte in fuga.

Da quel momento l'esito della battaglia non fu più dubbio. L'esempio de' nostri bravi rincuora le mobili. Garibaldi giunge sul luogo dell'azione e nuove truppe dispone in battaglia; abbiamo bensì i nostri pezzi posti in sulla strada, smontati, ma le altre batterie aprono un fuoco terribile sulle masse prussiane.

Fu visto perfino un battaglione di mobilizzati della *Saône et Loire* — i migliori — avanzarsi in battaglia attraverso i campi e continuare il fuoco come vecchie truppe.

L'artiglieria nemica non risponde più che mollemente; ma però tratto tratto nuovi e freschi battaglioni prussiani tentano di riacquistare il terreno perduto; inutilmente, chè appena in vicinanza de' nostri tiragliatori, si sbandano ed a loro volta si ritirano in disordine.

Dall'alto di Talant noi assistevamo a quella lotta disperata, furibondi di non poter nemmeno venire in soccorso agli amici con le nostre batterie.

Menotti mi manda sulla strada di Hauteville per assicurarsi meglio che di là nessun attacco avevamo da aspettarci, ed accertato che anche gli ultimi battaglioni i quali al mattino avevano accennato di voler attaccarci s'erano ritirati, manda sulla sinistra della strada di Langres — sulla nostra destra — i franchi tiratori d'Oran, i *Francs Comtois*, i *Francs Tireurs Réunis*, per pigliare di fianco il nemico nel caso ch'egli guadagnasse terreno.

Anche le legioni italiane sono schierate in posizione onde poter tosto attaccare se i nostri si mettessero in ritirata.

Menotti scende egli stesso con me ed il capitano Druon.

Cominciava ad annottare e su tutta la linea furibonda scoppiettava la fucileria.

Ma del procedere dei nostri, potevamo soltanto arguire dalle fiamme dei fucili esplodenti che mano mano s'allontanavano da Dijon. Ingiunge ai franchi tiratori d'Oran d'occupare un bosco sulla sinistra della strada di Langres, e di dare gli ultimi saluti al nemico, che pareva decisamente in ritirata.

Intanto, per aver più precise notizie e per prevenire il generale Garibaldi che la sinistra della strada al di là del torrentello de Suzon era da noi occupato, mi ordina di recarmi sul luogo dell'azione.

Nel desiderio di risparmiar tempo e nella speranza di trovare qualche ponticello sul torrente, mi metto al trotto attraverso alle campagne; ma fu inutile, e dovei entrare in Dijon stesso dalla più vicina porta, per uscirne nuovamente dalla porta di Langres.

Se l'aveste vista quella strada!

Appena alla porta trovai le ambulanze che, servite dai nostri medici e dai cittadini, rigurgitavano di feriti.

Più innanzi c'erano delle guardie nazionali digionesi, degli ussari, dei *Francs cavaliers de Chatillon* posti a guardia della strada per impedire ai mobilizzati fuggenti di entrare in città e spargervi l'allarme e la demoralizzazione, come avevano fatto al mattino. Più innanzi c'erano affusti di cannoni spezzati dall'artiglieria nemica, poi più innanzi ancora cominciava la sequela di cadaveri tirati sul lembo della strada per lasciar libera la circolazione. Giunsi finalmente alla masseria, che lungo la giornata era stata il vero teatro dell'azione; il fuoco continuava ma debolmente, e il generale era là fra i più esposti; egli impartiva ordini con la calma ordinaria; egli infondeva coraggio ai

soldati con la sua voce altrettanto aspra nei momenti solenni, quanto è dolce nei discorsi familiari.

La vittoria era assicurata, le intermittenti scariche del nemico, seguito passo passo dai nostri, oramai non erano altro che i saluti dei corpi di riserva spinti innanzi per proteggere i fuggenti. Non più un colpo di cannone: l'oscurità impediva d'usarne.

Ma quale orribile spettacolo! tutt'intorno alla masseria erano alla rinfusa accatastati morti e feriti, nell'interno del cortile non si faceva altro che caricare sulle barelle, sulle carrette, sulle ambulanze le povere vittime ancora viventi di quella spaventevole carneficina.

Tutt'intorno alla carrozza del generale, facevano ressa ufficiali e soldati che volevano acclamarlo, vederlo, ottenere l'onore d'un complimento, d'una stretta di mano; quando, improvvisa, parte a pochi passi da noi una scarica terribile che pareva precisamente diretta contro il generale.

In un istante i cavalli furono voltati per mettere il generale a riparo, una compagnia di *Frans Tireurs* si spinge alla corsa sul punto da cui la scarica era partita; ed anche stavolta ne nacque il solito tafferuglio, così facile nell'oscurità.

Che cos'era? Erano pochi prussiani i quali, durante il combattimento, si erano messi al coperto in un fossato, da dove facevano fuoco sui nostri, tagliati per la ritirata dei loro; e sperando forse di poter svignarsela col favore della notte, stavano là cheti cheti; ma vistisi avvicinare da alcuni soldati sparsi pel campo e credendosi scoperti, tirarono quasi a bruciapelo su di loro; le palle vennero a battere tutt'intorno al generale e qualche soldato cadde ferito.

Che avvenisse di quei prussiani non so, furono essi fatti prigionieri, poterono scampare, o furono mandati a raggiungere i loro fratelli che dormivano il sonno della morte su quel campo di desolazione?

LI - La bandiera

—Sai! Abbiamo presa una bandiera al nemico, mi disse qualcuno degli amici, intanto ch'io tentavo d'avvicinare il generale per eseguire la commissione di Menotti.

Quella bandiera fu talmente soggetto di polemiche, di accuse, di storie per parte del pubblico e de' giornali a noi avversi, ch'io credo valga la pena di narrare genuinamente come essa cadde nelle nostre mani.

Quando i prussiani, al principio della giornata, s'avanzavano vittoriosi inseguendo i mobilizzati, era primo fra i reggimenti nemici il 61° di fanteria, e fu esso che dovette subire lungamente il terribile fuoco dei franchi tiratori di Ricciotti.

Con valore non comune, quel reggimento resistè fino all'ultimo estremo, e si battè disperatamente anche con la brigata Canzio, allorchè venne in soccorso di Ricciotti.

Quasi alla testa de' battaglioni veniva con la bandiera spiegata l'alfiere, il quale

cadde al primo fuoco, altri s'impossessò di essa, ma cadde fra le centinaia di compagni d'arme sparsi al suolo, si vide più volte quel vessillo cadere ed essere rialzato, finchè scomparve allo sguardo d'ognuno.

Ferveva bensì la lotta più ostinata nel punto in cui essa era caduta, e fu là che più numerosi s'erano ammonticchiati i cadaveri, ma i nostri credettero che il nemico l'avesse messa in salvo.

Non era così; caduta con gli ultimi che la difendevano, altri venivano per poterla rialzare, ma invano: allorchè frugavano fra quell'ammasso di cadaveri e di morenti cadevano a loro volta fulminati.

In sulla sera un battaglione tentò una punta, forse allo scopo di rintracciarla, ma respinto a sua volta, quella povera bandiera, che tanto e tanto sangue aveva costato ai suoi eroici difensori, restò incontestata sul campo.

Fu allora che un franco tiratore, che aveva seguito collo sguardo le peripezie di quell'insanguinato vessillo, corse a dissepellirlo dal monte di cadaveri che lo copriva, e affidollo al suo capitano che lo consegnava a Ricciotti.

Dove diavolo i giornali reazionarii, che avrebbero desiderato vederci in fuga anzichè vincitori, offesi nel loro orgoglio di *chauvins*, dove diavolo andarono a pescare tutti quei bei romanzi che corsero su pei giornali di tutto il mondo, non saprei... Ciò che vi ha di certo si è che il fatto sta come ebbi a narrarlo, e che non una virgola sola di vero c'è in tutto ciò che fu detto e scritto altrimenti.

Hurrà! Anche una bandiera! La sola che sia stata presa in tutta la campagna.

Figuratevi la nostra gioia e il giusto orgoglio allorchè Garibaldi rientrando a notte fitta in Dijon potè mostrare ai digionesi quel cruento trofeo, che tante vittime era costato ad ambe le parti.

Disimpegnata la mia commissione, rifeci la strada e raggiunsi a Mont Chapet il mio generale, che stava disponendo egli stesso gli avamposti.

Una domanda era sulle labbra di Menotti; pure cercando di soffocare gli affetti del suo cuore eccellente, non mi chiese nulla del padre, del fratello, del cognato, degli amici.

Lo compresi, e m'affrettai a dirgli ch'erano tutti salvi, che la vittoria era completa.

Allora io non conoscevo ancora la morte di Adamo Ferraris. Quegli precisamente che, per le sue mansioni presso Garibaldi, meno ci saremmo aspettati di trovar cadavere al nostro ritorno al quartier generale.

Strano capriccio del caso!

Il Ferraris, a battaglia quasi finita, portava un ordine del generale ad una batteria. Una palla lo trapassò, quando appena l'ordine era stato comunicato. Fu trovato a sera steso al suolo, quasi sorridente: la morte era stata istantanea.

Fu un vero dolore per ognuno che lo conobbe; il povero amico durante tutta la sua

esistenza non aveva seminato che buone azioni; coronata da una morte gloriosa, la sua vita illibata, più che ad alcuno mai, gli meritò sulla tomba quegli elogi di cui tanto prodighi sono i vivi pei morti..., perchè sono morti.

PRIMER CENTENARIO DEL MUSEO HISTÓRICO NACIONAL HOMENAJE AL PROF. JUAN PIVEL DEVOTO

Por iniciativa de nuestra Asociación, en el marco de la celebración del primer centenario del Museo Histórico Nacional, el próximo 11 de octubre de 2001, se realizará un acto en la Casa de Garibaldi en homenaje al **Prof. Juan Pivel Devoto**.

El Prof. Pivel fue Director del Museo durante 40 años y fue el gran impulsor y verdadero creador de esta obra.

También se debe a él, conjuntamente con el esfuerzo de las colectividades italianas de Uruguay y Argentina, la adquisición e incorporación al Museo, de la Casa de Garibaldi.

Harán uso de la palabra, en representación del Museo Histórico Nacional, su Director, **Prof. Enrique Mena Segarra** y, en representación de la Asociación Cultural Garibaldina de Montevideo, su Presidente, **Sr. Carlos Novello**.

Estas intervenciones serán publicadas en el número 17 de "GARIBALDI", correspondiente al año 2002.

ITALIANOS LIBERALES, MASONERÍA E IGLESIA DURANTE LA DICTADURA DE SANTOS

Mario Dotta

Esta pequeña reseña sólo tiene la pretensión de describir los elementos fundamentales de una investigación mayor sobre la actuación de los italianos liberales en las últimas décadas del siglo XIX, ya realizada pero aún inédita.

Sin duda falta en la historiografía uruguaya una mayor dedicación que vierta más luz sobre el papel jugado por la inmigración en la construcción del país y en los múltiples elementos de diferente carácter que lo componen.

Es un hecho no menor cuando se tiene en cuenta que en las últimas décadas del siglo XIX la población extranjera de Montevideo representaba algo más del 44 por ciento de la población total del departamento.

Efectivamente, de la totalidad de los 164.028 habitantes de la capital en 1884, 72.781 eran extranjeros¹, siendo la mayor de las colectividades la italiana con más de 20.000.

La sola proporción demográfica debe hacernos pensar que no pudo ser poca la influencia de esa inmigración en la formación del imaginario político, social y cultural de Uruguay.

A poco de habernos internado en la investigación partiendo de la prensa de la época –la extranjera y la nacional– y revisar algunos repositorios del Archivo General de la Nación en la sección de Relaciones Exteriores, de la Masonería y de la Curia de Montevideo, nos hemos encontrado con un enorme caudal de elementos aportados por la inmigración que pueden enriquecer la historiografía nacional –¿y por qué no?–, incluso modificarla y expurgarla de aquellas versiones míticas tenidas por verdad en el imaginario popular.

Somos un país de inmigrantes y esa característica debe ser hondamente evaluada y jerarquizada por las ciencias sociales.

Uno de los aspectos legendarios pero poco profundizado en lo real por la historiografía uruguaya es el papel de los italianos liberales en el proceso democratizador y laico

1. Acevedo Eduardo. "Anales Históricos", Ed. Barreiro y Ramos, Montevideo, 1934. Tomo V, pag. 285.

durante la segunda mitad del siglo XIX, que tendrá como colofón, en las dos primeras décadas de este siglo, a la experiencia batllista.

En este punto no podemos generalizar ni incluir toda la masa inmigratoria italiana, sino aquella parte de la misma más culta y consciente de los problemas sociales, de las teorías e ideologías que en aquella época marcaban el inicio de un tiempo nuevo para el país y también revulsivos a escala ecuménica por el papel jugado por el Papado durante el proceso resurgimental.

De los muchos problemas que en esa etapa histórica tuvieron que afrontar los italianos, la masa migratoria no estuvo ausente sino que –sobre todo en momentos críticos– se encontró respaldando a sus dirigentes.

No era nueva la presencia italiana en el país; ya desde el siglo XVIII se detecta su presencia en Uruguay², hecho confirmado por las investigaciones de Apolant³; y durante la gesta de la independencia se integraron al imaginario popular los apellidos Trápani, Sacarello, Crosa, Pisani, Sciurano, etc., para recordar algunos de los involucrados en las gestas orientales, sin olvidar a los de la vecina orilla: Belgrano, Castelli, etc.

Por su parte los avatares del proceso del Risorgimento italiano trajeron a las playas de ambas orillas del Plata un número calificado y selecto de hombres jóvenes, algunos profesionales y científicos, que venían exiliados por tener pendiente de purga en su patria de origen delitos políticos y se hallaban perseguidos por sus concepciones ideológicas, como lo fueron Livio Zambeccari, Carlo Pellegrini, Carta Molino, Juan Bautista Cuneo, Garibaldi, Odicini, y una pléyade de personajes que veremos actuando, a ellos y a sus descendientes, activamente en la política de ambas márgenes del Plata.

Esta inmigración muy pronto encontró ubicación en las filas de los liberales americanos más radicales en lucha contra las tendencias absolutistas y despóticas que también se manifestaban por estos lares.

A diferencia de la inmigración española, que luego de la independencia había quedado arrinconada y temerosa ante el odio a todo lo español –lo que la inhibía de detentar un perfil alto–, la italiana ensamblaba sus luchas por la unidad e independencia de Italia con las intestinas que se desarrollaban aquí en la etapa de la consolidación nacional.

Integrados en este proceso los veremos actuar en la Guerra Grande conformando la Legión Italiana de Montevideo, en la revolución de Paso de Quinteros, en apoyo al gobierno de Flores, en la Revolución de Quebracho, en oposición al autoritarismo santista, en apoyo de la reforma vareliana y en el proceso de laicización del país.

Al compulsar los datos de esta investigación se nos presentó el problema de la dilucidación del mito que ha quedado apresado en el imaginario popular uruguayo: el de los italianos como incondicionales adherentes al Partido Colorado.

2. Dotta, Mario, "La presencia italiana en el Uruguay durante el siglo XVIII", inédito.

3. Apolant, Juan Alejandro, "Génesis de la familia uruguaya", Montevideo, 1975.

No se puede negar que ello marcó una tendencia; pero también se detecta la presencia de italianos que adhirieron al Partido Blanco⁴, lo que no hace fácil la clasificación ante el peligro de caer en el esquematismo mítico que hasta hoy día se ha mantenido en la tradición popular.

Para agregar debemos recordar que Giuseppe Garibaldi en sus "Memorias" dejó una imagen negativa de Fructuoso Rivera, el fundador del Partido Colorado, al que pudo conocer de cerca⁵.

En realidad el ideario garibaldino, profundamente cosmopolita, sin dejar de atender los requerimientos del nacionalismo italiano –en un pensamiento tan alejado del exclusivismo monárquico y fascista posterior–, fue determinante en su accionar en defensa del republicanismo riograndense y del uruguayo; en este último caso no en contra de la Argentina como república, sino en postura antagónica con el autocrático y represivo poder del gobernador porteño Juan Manuel de Rosas.

Sin duda Garibaldi contribuía a aportar a las luchas platenses el espectro de las ideas cosmopolitas del ideario contemporáneo⁶, y la inserción del garibaldinismo en una franja importante del espectro político y social de Uruguay, me lleva a pensar como posible que el nacionalismo humanista mazziniano, en conjunción con el cosmopolitismo emanado del ideario de la Revolución Francesa y el sansimonismo, llevaron a Garibaldi

-
4. Armúa Larraud, Pedro, "Historia de Paso de los Toros", Montevideo, Impresos, 1981. En la reseña del libro "Bibliografía y fuentes éditas para el estudio de la inmigración italiana en el Uruguay (1830-1900)", realizada por un equipo de investigadores coordinados por el historiador y politólogo Gerardo Caetano se lee: "*Detallada historia del pueblo de Paso de los Toros y su zona de influencia, desde su nacimiento hasta las primeras décadas del siglo XX. Contiene múltiples referencias a la actividad de inmigrantes italianos en esa zona, incluyendo en varios casos breves reseñas biográficas (Juan Pizzolanti, primer zapatero; Domingo Buttafuoco, sastre; Lorenzo Tambasco, comerciante; los hermanos Juan y José Clérici, constructores-albañiles; Laurenti, fotógrafo, etc.). Incluye, además, una reseña histórica sobre Pueblo Cardozo y la 'Sociedad de Colonización y Fomento del Uruguay', que fundó en la zona, alrededor de la década de 1880, una colonia de agricultores italianos; agrega algunos interesantes comentarios sobre el comportamiento político de estos colonos (la mayoría integraba las filas del Partido Nacional)*".
5. Escribió Garibaldi refiriéndose al golpe de Estado de Rivera durante el Sitio de Montevideo: "...La revolución de Montevideo en pro de Rivera fue un golpe tremendo para los negocios de la República. La guerra dejó de ser nacional y se tornó de mezquinas pasiones, capitaneada por un cualquiera, general sin méritos porque un hombre que los tenga no arrastra a su país a una guerra intestina, duradera y genocida... cuando cayó el Gobierno de Montevideo en poder de Rivera, me condoli del hecho, previendo la desgracia. El viejo general Medina, nombrado por el gobierno General en Jefe en ausencia de Rivera, no sólo se acomodó a los sucesos, sino que para caer mejor en gracia del nuevo dueño, conspiraba contra mi pobre persona, sin duda por lo poco que habíamos hecho favorecidos por la fortuna, y nos preparaba en nuestro propio campo una revolución contra los 'gringos' con el fin de destruir hasta el último..." , Garibaldi, "Memorias", Buenos Aires, 1910, Tomo I, pags. 263-264-265.
6. En ese sentido es ilustrativo el siguiente pasaje de sus "Memorias": "...Orientales, franceses, italianos, comenzaban, bajo el estímulo del bien público, a marchar con la pasada alegría en defensa de la patria común, ya que como patria será considerada por nosotros la ciudad hospitalaria que nos había dado

a su actuación internacional que algunas interpretaciones —que no comparto— califican de aventurerismo.

Puede aceptarse como interpretación válida la simbiosis entre el garibaldinismo y el imaginario popular de amplios sectores del pueblo uruguayo por el carisma emanado de su comportamiento político y militar en el país, unido a su concepción del mundo basada en la justicia, en que conjugaba los sentimientos nacionalistas de un italiano del Risorgimento, con los cosmopolitas que buscaban un mundo en que los pueblos no fueran sojuzgados ni se sojuzgaran entre sí, lo que no parece contradictorio, más allá de que la actuación de Garibaldi estuvo contenida en coordenadas más pragmáticas que teóricas que le costaron —luego de involucrarse con Vittorio Emanuele II— el distanciamiento con los sectores republicanos más radicales que estaban representados en el Río de la Plata sobre todo por los viejos mazzinianos.

Pero vale la pena compenetrarse de su pensamiento para poder entender por qué Garibaldi no podía seguir detrás de caudillos como Rivera: él sólo podía empeñarse en la búsqueda de la democracia y de la libertad acicateado por los principios democráticos y liberales, coincidiendo en esto con los sectores que luego iban a levantar la bandera del principismo.

De ahí su desinteligencia con el fundador del Partido Colorado y su amistad con hombres como César Díaz, Tajes o Joaquín Suárez, con quien mantenía correspondencia, o las tratativas de paz buscadas a través de una propuesta directa a Lavalleja, dejando al margen a los otros dos caudillos enfrentados, Oribe y Rivera.

Estos principios ideológicos opuestos al caudillismo y basados en un liberalismo casi puritano surgen claramente entre los italianos liberales como mentalidad heredada de Garibaldi y Mazzini, lo que se aprecia en el período investigado (1882-1886).

Estos italianos, cuyo órgano más representativo era “*L’Italia*”, cuya dirección estaba en manos de tres distinguidos liberales —Luigi Destefanis, Gioacchino Odicini y Sagra —hijo de Bartolomé Odicini, médico de la Legión Italiana y nieto de Joaquín de la Sagra y Periz, connotado integrante de la Masonería uruguaya— y José Navarro— se alineaban ideológicamente con los principistas de la Cámara del 73, con la postura antimilitarista de los órganos periodísticos liberales uruguayos, como “*La Razón*” —en el que escribían Daniel Muñoz y el joven José Batlle y Ordóñez—, como “*El Siglo*”, cuyo redactor principal era Jacinto Albistur; o como también con órganos de residentes extranjeros como “*La España*”, “*La Patria*” o “*El Hilo Eléctrico*” —todos antidictatoriale—

generosamente un asilo... *El Sitio de Montevideo*, cuando mejor sea conocido en sus detalles, se contará entre los esfuerzos más heroicos hechos por un pueblo que defiende su independencia con valor, constancia y sacrificios de todas clases. Probará el poder de una nación que no quiere doblar la rodilla ante un tirano. Cualquiera sea la suerte de aquel país, merecerá el aplauso y la admiración del mundo... ”, Garibaldi, Ob. Cit., pag. 281.

que marcaban férrea oposición al caudillismo, a los “candomberos”⁷ y al presidente Máximo Santos que, precisamente en el período estudiado, se había autonominado “Jefe del Partido Colorado”.

Los liberales uruguayos mantenían en general una relación muy fraterna con sus compañeros de ruta, los liberales italianos; los defendían contra la xenofobia oficialista⁸, seguían con atención los procesos que se desarrollaban en Italia y reconocían el aporte de aquéllos a la cultura política y social del país⁹.

Los liberales italianos se alineaban entonces con el resto del espectro liberal uruguayo más avanzado.

Un lazo muy fuerte lo constitúa el ya mencionado interés del liberalismo oriental en las luchas por la independencia y unidad de Italia, tema permanente en Uruguay – así lo demuestra la prensa de la época– y que se alimentaba asiduamente con cada oleada migratoria.

Esta influencia traía también la problemática religiosa, las relaciones con la Iglesia

-
7. Mote puesto por Juan Carlos Gómez al ámbito electoral del caudillismo al que describía como de “tripotaje y candombe”.
8. El diario “La Razón”, refutando las tendencias xenófobas de ciertos órganos oficialistas expresaba que “...En este momento histórico pretenden algunos mal aconsejados por el egoísmo de sus pasiones, que llamemos ‘bárbaros’ a los extranjeros, como en los tiempos antiguos, que establezcamos entre ellos y nosotros distinciones que la Constitución no ha establecido, y les impongamos la condición de no decir una palabra que con la República pueda relacionarse y trabajar silenciosamente como el huésped que vive de prestado en casa ajena. Los que tal piensan y tal quieren, saben perfectamente que el extranjero a quien quieren despojar de uno de los más sagrados derechos de la naturaleza humana, forma parte de nuestra familia, con la que por numerosos vínculos está ligado y ama nuestro suelo porque en él tiene radicados sus intereses y se ha adaptado a nuestro clima por una larga residencia. Saben que el patriotismo, el amor hacia la patria uruguaya se anida también en el pecho del extranjero entre nosotros para siempre y quieren privarlo de todo derecho en nombre de ese mismo patriotismo, declarándolo huésped, como si no tuviera todos sus intereses y toda su afición entre nosotros. Tales doctrinas no deben causar extrañeza: obedecen a un sistema de gobierno que no puede hallarse de acuerdo con nada bueno y son más el producto de intereses menguados que de convicciones sinceras...”, “La Razón”, “El patriotismo y los extranjeros”, 8 de febrero de 1882.
9. El mismo diario al día siguiente en su editorial, luego de destacar que los extranjeros traían riqueza con su fuerza de trabajo manual, exaltaba sus aportes intelectuales: “...aceleran la obra de nuestra civilización los extranjeros ilustrados que nos prestan el concurso importantísimo de sus esfuerzos intelectuales, fundando escuelas y colegios, alternando en las luchas científicas y literarias de nuestros clubs, o iniciando a los nacionales y a los miembros de sus respectivas colonias en nuestra vida política por intermedio de la propaganda diaria... nos ayudan a elaborar el sistema de nuestras ideas, esa gran ciudad intelectual, y labran con nosotros el espíritu de las masas del pueblo, que es el campo en el que ha de germinar toda semilla de engrandecimiento nacional... hay quien pretende que sale fuera de la órbita de sus derechos al ocuparse de nuestras cuestiones políticas, y hay quien pretende que toda su misión en esta tierra se reduce al desarrollo de su actividad en el campo material... El número de esos pensadores es felizmente escaso y han sentado sus reales en las alturas de la prensa asalariada; pero aunque su número sea escaso, y hablen más que por convicción por conveniencia, bueno es tomar algunas veces en cuenta las malas doctrinas, aunque sólo sea para exponer las buenas, y eso es lo que hemos creído acertado hacer en este caso...”, “La Razón”, “El trabajo y los extranjeros”, 9 de febrero de 1882.

Católica, y se enlazaban en las luchas mantenidas por el Estado uruguayo en el proceso de laicización.

Sin duda el Papado durante el siglo XIX se había mostrado profundamente retrógrado¹⁰, tendencia agravada cuando el “Papa Re” pierde Romaña en 1859, Umbría en 1860 y cuando el 13 de mayo de 1870 la Ley de Garantías promulgada por el Gobierno de Italia lo privaba de todo poder temporal pasando a considerarse desde ese momento prisionero del gobierno italiano, cuando en realidad lo era de la tristeza de perder sus posiciones terrenales y su antiguo poder político.

La influencia de estos hechos en Uruguay cobraba vigor y se multiplicaban las pasiones por el hecho de tener los conflictos uruguayos entre el liberalismo y la Masonería unidos contra el catolicismo ultramontano, un marchamo al que no era ajena la tradición garibaldina.

Si bien Garibaldi dejó aquí su impronta, no es menos cierto que a su vez quedó marcado por sus experiencias uruguayas que compusieron su bagaje de regreso con la tradición republicana a cuestas y las tácticas de guerra que trasladó a las acciones desarrolladas en su patria.

Es importante ahondar hasta qué punto la inmigración italiana, que jugó un papel importante en las luchas del siglo XIX, que estuvo presente en la Guerra Grande y en la Revolución de Paso de Quinteros, que apoyó coyunturalmente a Flores y se batió contra el régimen militarista, siempre –en el acierto o en el error– haciendo gala de independencia y de principismo, contribuyó al proceso de construcción del país y de su Estado, y qué cualidades intrínsecas dejó en el campo de la política, de las instituciones y de la sociedad en el perfil de Uruguay.

Esta investigación sirvió para levantar la punta del velo sobre la simbiótica experiencia de dos países, de dos gestas, de actores de las mismas, trasladando experiencias y considerando, como lo hizo Garibaldi con Uruguay, a este país su

10. La Iglesia Católica, desde el siglo XVIII mantuvo una postura conservadora frente a la ciencia y a los cambios que traían las revoluciones sociales y políticas. Monarquía ella misma, la Iglesia continuó su inamovible solidaridad con los viejos tronos de Europa, con el Antiguo Régimen férreamente opuesta al liberalismo y por supuesto a la Masonería constituida en Inglaterra a partir de 1717, también al carbonarismo y a las sociedades bíblicas. Ya desde 1738 el papa Clemente XII promulgó la bula “In eminenti apostolatus” excomulgando a los integrantes de la Masonería, la que fue reafirmada el 15 de junio de 1751 por Benedicto XIV. Estas bulas se mantuvieron y reafirmaron en el siglo XIX por los Papas Pío VI, Gregorio XVI, Pío Nono y León XIII. Pero la actitud conservadora del Vaticano no sólo tuvo un ámbito externo sino que internamente impidió toda reforma que aggiornara y humanizara su accionar, llevando acciones punitivas contra el grupo católico francés que editaba la publicación “L’Avenir” encabezado por Lamennais, Lacordaire y Montelembert, lo que terminó con la salida de la institución del primero. Esa política quedó congelada el 8 de diciembre de 1864 ante la promulgación por parte de Pío IX del “Syllabus errorum” –el documento posiblemente más dogmático y antiliberal de su siglo– en virtud de la encíclica “Quanta Cura”, culminando el proceso cuando durante el Concilio Vaticano I el mismo Pío IX promulga la infalibilidad papal.

segunda patria.

De hecho los liberales uruguayos seguían desde aquí, con postura militante, los sucesos de la unidad italiana como en 1861 cuando, ante la acción de una Iglesia también militante, y frente a la campaña llevada a cabo por ésta de recolección de fondos para auxilio del Vaticano, amenazado por las acciones garibaldinas luego de la campaña de los mil, los liberales iniciaron otra en pro de la financiación de un millón de fusiles para Garibaldi, quejándose la Curia de las acciones de la Masonería en la emergencia, expresando el cura Conde, sustituto de Jacinto Vera, de que las familias no sólo se dividían en blancos y colorados sino también en católicas y francmasonas¹¹.

Los italianos actuaron pues en comunión con los liberales uruguayos, aunque puede decirse que se desprende de la investigación un pensamiento y unos objetivos más claros, más teóricos, que los que, en esa coyuntura, mostraron los liberales nucleados en el diario “La Razón”, contra los cuales “L’Italia” estuvo duramente enfrentada en ocasión de dar su apoyo a la Ley de Matrimonio Civil y la de Conventos, propiciadas ambas por el gobierno de Santos¹².

Al calor de las luchas contra la campaña católica para derogar la enseñanza laica se había formado en ámbitos masónicos la Liga Liberal, que se lanzó a la palestra a apoyar las dos leyes en cuestión, lo que no fue óbice para que se enconaran las oposiciones.

“La Razón” fue apoyada por “El Hilo Eléctrico”, “El Telégrafo Marítimo” y “La Tribuna Popular”, mientras “El Siglo” por “L’Italia”, “La Bandiera Italiana”, “La España”, “La Colonia Española” y “La France”.

Esta escisión se concatenaba con la que la Masonería había sufrido en su seno y que hasta que las aguas volvieron a su cauce hicieron de esa década una de las más ricas en polémicas y enfrentamientos teóricos.

La manifestación pública programada por la Liga Liberal sirvió para enconar los ánimos.

“L’Italia” respondía a una pastoral del obispo de Montevideo contra la Ley de Matrimonio Civil en la que se expresaba que si una joven no se casaba por la Iglesia era

11. Lissiero, Darío (SS), “Iglesia y Estado del Uruguay en el lustro definitorio (1859-1863)”, Revista histórica, Año LXV (2^a época), T. XLII, Montevideo, noviembre de 1971, N° 124-126. En dicho trabajo expresa la versión del cura Conde, sustituto temporal de Jacinto Vera—quien estaba desterrado—al frente de la Curia, en la que se refiere a Montevideo como el “...alcázar del liberalismo masónico...” (pág. 145), viendo con ojos alarmados que “...hasta las mujeres toman parte con todas sus pasiones [se refiere a la campaña por el millón de fusiles para Garibaldi]; las familias se dividen no sólo en blancas y coloradas, sino también en católicas y francmasonas; la prensa aviva el fuego...” (pág. 147).

12. El tema era delicado porque el gobierno de Santos, envuelto en el contubernio, aislado, desprestigiado, proponía la Ley del Matrimonio Civil y la de Conventos —que significaban pasos de gigante en el proceso de laicización y separación de la Iglesia del Estado— para atraerse al espectro liberal radical, obligando a éste a la opción lo que determinó la división del liberalismo alrededor de dos núcleos: uno alrededor del diario “La Razón” y otro al de “El Siglo”.

“...condannata a rimanere per tutta la sua vita agli occhi della religione ed ai suoi proprii come la concubina di un miserabile...”, dando hijos bastardos a la sociedad, *“...o, tutt’al più le si permetterebbe separarsi dall’uomo che l’ingannò, per non essere né nubile, né maritata...”*¹³.

Esta pastoral del Obispo le merecía al diario italiano la siguiente opinión no exenta de sarcasmo: *“...Non sono mostruose, immorali le massime emesse con tanta sicumera dall’evangelico pastore del gregge cattolico montevideano? Altro che sono! E sono inoltre invereconde menzogne...”*¹⁴.

Tres días antes de la manifestación del 19 de abril organizada por la Liga Liberal para apoyar las leyes de referencia, “L’Italia” se sacudía el oportunismo oficialista que se subía al carro del entusiasmo anticlerical no precisamente por problemas de principios; propinando mandobles también al grupo de “La Razón” como, además, a los verdaderos enemigos de la causa del laicismo liberal, los católicos ultramontanos nucleados en “El Bien Público”: *“...la ‘quistione’ della dimostrazione della ‘Legge Liberale’ continua ad essere all’ordine del giorno. Grazie da una parte alla petulante balordaggine de’fogli Santisti, che, mangiando a tradimento la pagnotta, anticiparono scioccamente loro congratulazioni al Massimo dei loro Santi, per una dimostrazione che nulla ha di politico, né d’ufficioso: –e dall’altra all’imprudente esclusivismo de ‘La Razón’ (‘de minimus non cura praetor’ che non vuole dar esca a piccole vanità), che imbizzarrisce fanciullescamente nel voler chiamare ‘santista’ un atto che non lo sarà...”*¹⁵.

En ese mismo editorial rechazaba también del diario “La Razón” un velado desdén por la prensa extranjera, poniendo en evidencia en el ocasional contrincante un plano subconsciente de –tal vez– una nunca manifestada xenofobia, cosa que, de siempre, los italianos liberales rechazaron con indignación, tanto cuando la discriminación partía –que era lo más cotidiano– de tiendas del gobierno o, como en este caso, más doloroso, de tiendas aliadas aunque momentáneamente enfrentadas: *“...e giunge sino all’estremo di manifestare un mal dissimulato disprezzo per la stampa ‘straniera’, che ha il delitto capitale di poter dare su tutto ed in tutto de’punti alla stampa ‘indigena’, che d’ordinale, sino ad oggi, non ha avuto mai altro fuorchè la non invidiabile particolarità d’immiserire colle grettezze personali, la iattanza e l’impertinenza le più elevate quistioni: Intanto tra i lustrascarpe uffiosi ed i monelli santofobi (a parole) non han saputo far altro che far ridere i clericali a spese dei liberali. I clericali, che seppero raggranellare circa trentamila firme di donne¹⁶, si fregan le mani al vedere*

13. “L’Italia”, “Dottrine immorali”, 20 de febrero de 1885.

14. Ibidem.

15. “L’Italia”, “Gocce d’inchiostro”, 16 de abril de 1885.

16. Durante el segundo semestre de 1882 y gran parte del año siguiente, se había iniciado una campaña que llegó a más de treinta mil firmas de damas católicas las que pedían la reforma a la Ley de Educación

l'inconsiderata attitudine della 'Razón' e dicono 'bravo'...¹⁷

Los italianos liberales, verdaderos tábanos periodísticos, no dejaban de meter el cuchillo en la herida, mostrando la coincidencia coyuntural de estos liberales disidentes con sus ancestrales enemigos, los católicos, dejando desairados a sus contrincantes: "... *'El Bien Público' che non aveva avuto che parole di disprezzo per 'La Tribuna Popular' ed 'El Hilo Eléctrico', oggi li cita quasi con unzione. Viceversa, insinua 'loiolescamente' essergli stato detto che 'El Siglo' siasi venduto al Governo: egli, il pudibondo 'Bien Público', non crede in questa calunnia, ma la ripete e la fa circolare... Lamentevole conseguenza d'un procedere leggero che non ha per obiettivo che la località ed il presente mentre gli interessi del razionalismo sono universali e perenni. Reagiscano, or che ne sono in tempo que' giornali e la Commissione della 'Lega Liberale' provveda che la dimostrazione sua resta intangibile alla lepra della partigianeria...*"¹⁸.

El 19 de abril la manifestación, lejos de convertirse en un acto santista, mantuvo su carácter principista plasmado en la siguiente declaración: "...*Esta Asamblea cree su deber manifestar públicamente su adhesión a los principios liberales que son la base del proyecto de Matrimonio Civil y de Conventos presentado por el Gobierno en la Asamblea Legislativa...*"¹⁹.

Dos días después el diario italiano se congratulaba de la participación de sus connacionales en la manifestación: "...*Con piacere vedemmo molti italiani far parte della dimostrazione del Corso 18 di Luglio. Quello era un atto cosmopolita, un atto di propaganda liberale ed era giusto e fu bello vi prendessero parte migliaia d'italiani; a testimonio che per noi è 'L'aspro amor del guadagno' unica guida delle nostre azioni -ma che c'interessiamo condivivere la vita dell'anima sua ne' limiti che le sue leggi ed*

común vareliana, para modificar el plan de materias, incluir más horas a la enseñanza de la religión cristiana con el pretexto de ser constitucionalmente la católica la religión del Estado en forma exclusiva, lograr una enseñanza más elemental (anhelo de las clases conservadoras como los rurales) y marcar un estilo pudibundo y gazmoño al contenido educativo, llegando a exigir la exclusión de las tendencias modernas impulsadas por José Pedro Varela de la educación mixta, obligando a una educación separada en sexos con peculiaridad para las niñas: "...*Se excluirá la enseñanza de nociones de anatomía, fisiología y de los deberes y derechos políticos. Se les enseñará costura y labores de uso común, manejo de la máquina de coser y corte; debiendo esta enseñanza comenzar en el primer grado y ampliarse en los posteriores...*" ", "El Bien Público", "La nueva ley", 24 de febrero de 1883.

17. "L'Italia", "Goccie d'inchiostro", 16 de abril de 1885.

18. "L'Italia", "Goccie d'inchiostro", 16 de abril de 1885.

19. Adhirieron a esta declaración: en representación de la Liga Liberal Juan Paullier y Manuel B. Otero, quien además fue el orador del acto, Pedro Bernat y Juan Fleches por "La España", Pedro Hormaeche por "El Centro Vascongado", Jacinto Albistur por "El Siglo", Modesto Cluzeau Mortet por "La Situación", Ettore Vollo por "La Bandiera italiana", Carlos Garet por "La France", Totó Nicosia por "L'Indipendente", Clodomiro Arteaga por "La Nación", Gioachino Odicini y Sagra por "L'Italia" y Carlos M. Maeso por "El Partido Colorado", "L'Italia", "La manifestazione d'oggi al popolo", 19 de abril de 1885.

il diritto delle genti concedonci e dai quali noi non possiamo, né vogliamo uscire. Questa partecipazione legittima spiace a taluni, specie ai chauvins [aludiendo a las actitudes discriminatorias de “La Razón” que “L’Italia” no perdonaba] ed ai clericali, che vedono di malocchio quest’amore degli italiani per le libertà civili. Che vogliamo farci? L’italiano è liberale sino al martirio con Arnaldo da Brescia e sino alla gloria con Giuseppe Garibaldi... ”²⁰.

El 23 de abril, por último, en un enjundioso editorial contestaba a “La Razón”, quien aun reconociendo la pureza del acto y que éste no había degenerado en una manifestación de apoyo al régimen, seguía ignorando los argumentos de “L’Italia”, no dando el brazo a torcer y minimizando desdeñosamente el acto bajo el argumento de que los extranjeros, que no debían distorsionar la vida política de la oposición, fueron mayoría en la demostración; puntualizaba: “*Dicemmo ieri che oggi ci saremmo occupati di ciò che ‘La Razón’ scriveva, nel suo numero di martedì sulla partecipazione di molti italiani alla dimostrazione liberale effettuatisi domenica 19 corrente, ed eccoci a tenere detta parola. Cominciamo anzitutto col dare a conoscere le parole del pregevole collega traducendole [se dirige a la colectividad] quanto più per noi fedelmente si possa; –su questo: ‘Il resto dei dimostranti, le due parti era composto della minoranza dell’elemento italiano di Montevideo, il quale, malgrado la propaganda uniforme de’ suoi organi nella stampa, non ha risposto all’appello che gli si fece, come v’era luogo sperarlo. Sugl’italiani faremo un’osservazione. Per essi una quistione religiosa è anzitutto una quistione politica. Il Cattolicesimo, di soverchio avvinto agl’interessi terrestri, è stato il grande ostacolo trovato sulla sua via dall’unità d’Italia, il fatto più culminante della storia moderna [obsérvese la relevancia que tenía para el liberalismo uruguayo el proceso del Risorgimento]. Gli italiani praticavano, se vuolsi, un atto di patriottismo italiano e così si spiega e si ‘scusa’ la attitudine di quelli che concorsero domenica; ma elessero un brutto momento ed una brutta opportunità, e quell’atto se la maggioranza di loro non si fosse astenuta e fosse stata più imponente potrebbe avere esercitato una perniciosa influenza nella politica uruguaya... ”²¹.*

Hasta aquí la traducción que el periódico italiano hacía de los argumentos de “La Razón”, dando a continuación la condigna respuesta: “...Quante fisime, quante sottigliezze, quanta meschinità in così poche linee! Come si vede che certe teorie avanzate non sono per alcuni liberali che un frasario convenzionale altrettanto vuoto quanto rimbombante. Fratellanza universale, cosmopolitismo ed umanità ‘in teoria’ sinché ne volete; ma ‘in pratica’ poi è un altro paio di maniche; il liberale uruguayo ridiventa ‘charrúa’ e nello straniero non vede che il gringo. ‘La Razón’ non vede –o non vuol vedere– il lato nobile dell’entusiasmo degli italiani per le leggi sul matrimonio civile e sui conventi presentati dal Governo uruguayo alle Camere Orientali. Per essa

20. Ibidem.

21. “L’Italia”, “Gli italiani nella dimostrazione del 19”, 23 de abril de 1885.

gl'italiani che presero parte alla dimostrazione liberale di domenica non diedero una bella, una magnifica prova d'esultanza pe'benefici che la Repubblica Orientale dell'Uruguay deve riportare dalla sanzione di due leggi cosí liberali e progressiste; – mai no, nemici de' preti perché costoro lo sono dell'unità d'Italia, esse non fecero che un semplice atto di patriottismo italiano; meriterebbero esserne puniti, ma 'La Razón', che è 'bonnefille', si degna compatirli e scusarli... perché furono pochi. Gran mercè, Madonna, della magnanimità vostra. E vogliate, in ricompensa accettare le assicurazioni nostre che potete dormire tranquilla i vostri sonni senza timore che gli italiani vogliano esercitare una 'perniciosa influenza' –come voi poco galantemente lo dite– sulla politica uruguaya. Perniciosa influenza! Se 'La Razón' non avesse oggi un colore politico distinto, in altri termini se da 'principista' non fosse, in questi giorni, cambiando redazione, diventata 'nacionalista', noi potremmo ricordarle che l'ingerenza politica degl'italiani nella politica uruguaya fu sempre benefica a questo paese e che il sangue italiano fu versato in copia per difendere la libertà uruguaya minacciata dalle orde del tiranno argentino, capitanate da un traditore ambizioso e feroce. Ma noi non vogliamo, per dirla con Sarmiento, 'mortificare i sentimenti' d'alcuno e molto meno quelli de' giovani redattori della 'Razón' che hanno in fondo idee buone ed ideali nobili e generosi e sono fuorviati solamente da quello spirito di esclusivismo e di presunzione che è male endemico del paese e rivela, piuttosto che animo cattivo, carattere leggero e mente pronta ma non approfondata nello studio e nell'osservazione. Chi fa della politica un suo studio serio e non solamente teorico, sa che l'esclusivismo in politica di rado trionfa e se trionfa rade volte evita la pendente della tirannide. Robespierre non trascinò l'ideale di Rousseau sulla ghigliottina del Terrore? Avrebbe Garibaldi scritta la pagina meravigliosa del riscatto delle Provincie Meridionali se, transigendo colla necessità, non avesse sacrificato momentaneamente la parte più bella del suo ideale politico, alla concordia nazionale? La nuova redazione della 'Razón' fa della 'patrioteria' fuor di luogo, quando dice che se il numero dei manifestanti italiani fosse stato maggiore, la politica uruguaya ne avrebbe sofferto. Il diritto di riunione per gli abitanti tutti del paese, senza distinzione di nazionali o stranieri, non è sancito forse dalla Costituzione della Repubblica O. dell'Uruguay? Certo che lo è. Ed allora, a che vengono questi ingiuriosi sospetti? Teme forse 'La Razón' che gl'italiani vogliano ingerirsi nelle facende politiche del paese? La condotta tenuta dalla Colonia Italiana nella dolorosa emergenza di Volpi e Patroni²² deve provare al collega che essa è aliena dall'abusare della sua forza numerica e reclamando giustizia per qualcheduno de'suoi membri vittima d'uno dei tanti innumerabili abusi di potere onde l'Autorità sogliano dappertutto buttarsi (che, pur troppo, tutto il mondo è paese e chi ha in mano la forza

22. Hace referencia a un caso de torturas por parte de la policía que dio lugar a un sonado conflicto que culminó con ruptura de relaciones y que también fue objeto de esta investigación, junto a otros casos de desborde policial y militar.

tende nel vecchio come nel nuovo mondo abusarne) volle salvata la propria dignità senza ledere quella degli ospiti suoi. Ah! Non è questo no, che deve temere ‘La Razón’ da parte de’ dimostranti italiani. Tema piuttosto il confronto: e le deduzioni ed i commenti ai quali si presta... ”²³.

Y luego de esta magistral lección de moral política y ciudadana, que denotaba la mayor sabiduría histórica y filosófica de los italianos, el remate sin piedad, que mostraba la realidad de una manera irrefutable y lapidaria, y que ponía coto a la postura poco madura, poco filosófica y poco universal de los jóvenes redactores de “La Razón”:

“...Se il numero degl’Italiani era maggiore di quello degli orientali nella manifestazione di domenica, ciò significa che i primi seppero meglio comprendere la portata di quell’atto; come dando alle quistioni religiose e sociali la preferenza sulle politiche, si mostrano conoscitori di gran lunga più acuti e più pratici di coloro che avversarono quell’atto ‘per non rafforzare il Governo di Santos’. Storie; i Governi personali si rafforzano quando le classi dirigenti si ammantano col facile ripiego dell’astensione e sotto pretesto ‘d’isolare il Governo’, condannano la gioventù ad atrofizzarsi nell’abbandono e nello scetticismo. Tema sì ‘La Razón’ le dimostrazioni anticlericali che le rimproverano l’aver deviato cammino, che le rinfacciano di avere osato mettere in dubbio l’indipendenza d’uno dei due suoi primitivi redattori, il dott. Emanuele B. Otero inalbera ancora oggi colla stessa fede, lo stesso entusiasmo d’otto anni or sono la bandiera redentrice del razionalismo [en la polémica planea el antagonismo entre espiritualistas y racionalistas que rivalizaban entre sí en esa época]; ‘La Razón’ invece ha patteggiato con Loyola ed, insana, ne ha cercato l’appoggio corruttore e fatale. Gl’italiani sono logici e conseguenti: essi combattono sempre il clericalismo, perché sanno ch’egli è il peggiore di tutti i sistemi, il nemico naturale ed implacabile d’ogni sorta di libertà... ”²⁴.

La opción era sabia: entre un poder universal y milenario que imponía su doctrina y su moral exclusivista, con una raigambre que había resistido milenarios y que estaba pasando por una etapa particularmente conservadora, y un poder dictatorial pasajero y transitorio como lo era –y lo fue– el régimen de Santos, sin duda no cabía otra cosa que despegar la imagen del liberalismo del mismo, pero al mismo tiempo no desaprovechar la oportunidad de aprobar dos leyes que acercaban –para el ideario liberal– al objetivo primordial de separar la Iglesia y el Estado.

Debe quedar claro que los liberales italianos nunca fueron proclives –tampoco en ocasión de apoyar las dos leyes referidas– a apoyar al gobierno de Santos ni al Poder Legislativo con mayoría oficialista, sino que –por lo contrario– fueron férreos críticos del mismo; en ese sentido valga la pena destacar la crítica al mensaje presidencial a la Asamblea General de principios de 1885, en la que irónicamente se expresaba: “...E’

23. “L’Italia”, “Gl’italiani nella dimostrazione del 19”, 23 de abril de 1885.

24. Ibidem.

un documento tutto miele, e che contrasta singolarmente col linguaggio camaldoiese che impiegano gli scrittori 'ordinari e straordinari (e quindi ordinarissimi) dei fogli ufficiosi. L'incenso vi è profuso in tanta copia, che uno stomaco debole se ne sentirebbe nauseato. Fortuna che gli onorevoli Senatori e Deputati han mostrato avere stomachi da struzzo!...' ²⁵.

Al día siguiente criticaba con el mismo estilo sarcástico la contestación del Poder Legislativo a la Presidencia: "...L'onorevole Assemblea Generale Legislativa ha risposto al Messaggio Governativo, in termini non meno melati. Si degna accettare gli epiteti encomiastici che le vennero prodigati nel Messaggio, ma a condizione di condivivere la propria gloria col Potere Esecutivo. Quanto dolciume! Quanta sbrodolatura! Ci ricorda l'idillio del 'Duchino'..." ²⁶, con lo que quedaba evidente, junto a otros múltiples ejemplos que hacen a una constante, su oposición e irreverencia al gobierno santista.

Tampoco los italianos liberales le ahorraban críticas al militarismo, que Santos –al casi duplicar el ejército– había llevado a su verdadero apogeo, y aportaban soluciones originales para nuestro medio proponiendo el: "...rimedio eroico d'istituire delle Colonie Militari, che sarebbe al tempo istesso l'unico mezzo d'indennizzare in parte il paese degli oneri immani a cui lo sottomette il mantenimento d'un esercito così caro, pel lusso soverchio quale è tenuto. Ma non crediamo che il Governo voglia appigliarsi a quest'ultimo partito..." ²⁷.

Los italianos liberales tenían –como los principistas– un rechazo visceral del caudillismo causante –para ellos– de las guerras civiles que ensangrentaron el siglo XIX uruguayo y no creían que revoluciones de este tipo fueran a terminar con el régimen militarista, cosa expresada a raíz del intento revolucionario blanco de San José encabezado –entre otros– por el doctor Salvañach: "...La rivoluzione è a farsi co'mezzi morali, divulgando le sane dottrine politiche, economiche, religiose e sociali. In politica è a combattersi l'autoritarismo; in economia l'empirismo; in religione la credenza nel sovrannaturale, nel socialismo la tirannia del capitale sul lavoro. Educare il popolo alla comprensione e quindi alla pratica della libertà, ecco il gran problema che l'avvenire presenta ai veri liberali. Ma fare delle rivoluzioni per sostituire una dittatura ad un'altra; credere che il militarismo autoritario possa salvare la Costituzione, è un'utopia: ed il crederla attuabile non fa soverchio favore al dottor Salvañach –anche supponendo, come abbiamo il dovere di supporre e non abbiamo difficoltà a farlo– che egli operi con intendimenti patriottici e disinteressati..." ²⁸, reflexiones muestran con qué profundidad de conciencia analizaban

25. "L'Italia", "Il Messaggio Presidenziale", 3 de febrero de 1885.

26. "L'Italia", "Il Messaggio Presidenziale", 4 de febrero de 1885.

27. "L'Italia", "Di bene in meglio", 12 de enero de 1884.

28. "L'Italia", "Giorno per Giorno", 17 de abril de 1884.

las realidades políticas de su país de adopción.

Otro de los aspectos más interesantes de la investigación fue constatar las contradicciones entre el Estado monárquico italiano y un importante sector de la inmigración en el Río de la Plata, que mantenía su concepción republicana mazziniana y garibaldina –concomitante con grupos similares existentes en Italia–, y que hacía arduo el proceso de consolidación de la nueva nacionalidad, objetivo claro del gobierno italiano que tenía la dificultad de unificar países y ciudades que hasta ese momento habían sido independientes y munidos de orgulloso localismo.

La situación también se reflejaba en el asociacionismo que iban adoptando los inmigrantes de las diferentes regiones que no querían renunciar a sus tradiciones locales, lo que había de ser tenido muy en cuenta por parte de aquellos que pretendían crear un organismo general, un Comitato, que fusionara la diversidad; para empezar ya se notaban rivalidades entre asociaciones que nucleaban la inmigración proveniente del norte de Italia y las de sus zonas meridionales.

Otras veces el antagonismo existía entre los garibaldinos y los mazzinianos republicanos ortodoxos que rechazaban la alianza de Garibaldi con Vittorio Emanuele II, como era el caso de dos instituciones culturales rivales de la ciudad de Durazno –la “Sociedad Mazzini” y la “Banda Garibaldi”– que dieron lugar a enfrentamientos sonados²⁹.

Las escaramuzas entre garibaldinos y mazzinianos también se pusieron en evidencia durante las conmemoraciones y homenajes al rey Vittorio Emanuele, que –si bien respetuosas– marcaban claramente las diferencias³⁰.

Por ese motivo, cuando se intentaba la creación de organismos representativos del conjunto de la colectividad, cosa que hicieron los representantes de los altos intereses comerciales e industriales italianos creadores de la Camera di Commercio Italiana en 1883, en el mismo momento que los mismos sectores bregaban por la obtención de la representación de los residentes en el Parlamento italiano por medio de elección de un diputado, tenían que hacerlo con pie de plomo.

Para obtener el derecho a hacerse representar por un diputado extraterritorial, el paso previo era la creación de un organismo representativo general que era rechazado por muchas asociaciones.

Por eso cuando sectores connotados luchaban por la “deputazione” (Angelo Calvi, Giacomo Costa, Pasquale Cosentino, Luigi Destefanis, Salvatore Ingenieros, Antonio Queirolo, Gian Domenico Ratti, Nocetti, Pacozzi, Pugnalini y otros) y debían lograr el organismo unificador aclaraban: “... ‘Confederazione diciamo noi e non ‘Consociatione’ ed è bene fissarsi nella differenza della parola; che la ‘consociatione’ fa supporre si

29. “L’Italia”, “Corrispondenza”, 10 de julio de 1883.

30. “L’Italia”, del 9 de enero al 18 de enero de 1884.

debba addivenire ad una ‘fusione’, cosa che è invisa a molti ed a taluni odiosa; la ‘Confederazione’ invece conserva ad ogni Società il suo carattere speciale, la sua amministrazione propria, la sua singola vita in una parola”³¹.

Esta desconfianza de los inmigrantes a los diplomáticos y a sus propios dirigentes era causa de una disfunción en la política de captación de la masa migratoria por parte del Estado italiano monárquico, en la que no era la Legación quien podía manipular a los residentes sino que, la mayor parte de las veces, eran éstos quienes usaban de la presión a sus autoridades consulares para obtener el fin propuesto.

Esto ocurría sobre todo cuando ante atropellos de la dictadura santista –sobre todo aquellos relacionados con los derechos humanos– unían filas para su autodefensa, transformando las más de las veces un asunto simplemente policial en un conflicto diplomático, adelantándose a cualquier gestión de sus representantes consulares y obligándolos con su presión a realizar enérgicos planteos ante el gobierno uruguayo.

Tal fue en varios casos, siendo los más notorios el de Volpi y Patroni, el de Rocco Lauria y el de Vincenzo Giordani, entre otros.

En el de Volpi y Patroni, quienes fueron acusados de complicidad por el autor del crimen de un joven empleado de una casa de cambio para robar y que fueran bárbaramente torturados por la policía en la cárcel para extraerles confesiones, las presiones de la colectividad fueron muy grandes; el encargado de negocios italiano, Perrod, en nota diplomática al ministro de Relaciones Exteriores uruguayo, doctor Manuel Herrera y Obes expresaba: “...L'E.V. non ignora le voci ognor più persistenti che corrono sui barbari trattamenti cui vennero assoggettati i suddetti individui a nome Volpi e Patroni per parte delle Autorità Poliziarie, non ignora l'indegnazione generale che quei rumori sollevarono in questa popolazione ed in particolare nella colonia italiana dotata però di un'indole pacifica e seria, nonchè lo stato d'inquietudine allarmante in cui si lascia insistere il rifiuto arbitrario datone da parte di queste Autorità di verificare da me stesso, mediante un interrogatorio, simili in immigrazioni contro gli agenti della pubblica sicurezza di questo Governo. D'altronde il dissipare in qualsiasi modo si pregiudizievole giudizio sul contegno di queste Autorità, di fronte a cinqquantamila e più emigranti italiani residenti in questo Stato, mi sembra essere un dovere così importante da non ammettere dilazione...”³².

Detrás de estas palabras se sentía la coacción de la amenazante colonia, igualmente que en las del atribulado e irritado Canciller uruguayo en ocasión de dar instrucciones al Encargado de Negocios uruguayo en Roma, Pablo Antonini y Diez: “...Aunque arreglada definitivamente la cuestión, y ejecutado y cumplido todo lo pactado, continúa la agitación de los napolitanos azuzada y mantenida por media docena de explotadores que dispusieron de ese Club [se refiere al ‘Circolo Napolitano’]. El terror

31. “L’Italia”, “La Confederazione e la Deputazione della Colonia Italiana”, 26 de julio de 1883.

32. Archivo General de la Nación - Ministerio de Relaciones Exteriores, Carp. 1, 338. Legación de Italia.

que impusieron al Cónsul Perrod lo transmitieron al Sr. Cova [se refiere al enviado especial del Gobierno de Italia para zanjar el conflicto diplomático], quien ha salido de aquí a media noche y rodeado de guardias por temor de ver atentada su vida. Con esto quiero decir a Vd. que debe empeñarse en obtener del Gobierno del Rey que el nuevo Agente que debe venir a ocupar la Legación sea un hombre tan frío y prudente como enérgico y experimentado. De otro modo los conflictos se sucederán y multiplicarán poniendo en peligro las amistosas relaciones entre ambos gobiernos... ”³³.

En cuanto a la inserción de los italianos liberales en la vida política del país, era clara su actuación, llevándola a cabo desde una postura de principios que hacía legítima su intervención, para lo cual, inteligentemente, llamaban en su auxilio los axiomas del derecho de gentes, de los derechos humanos y de la Constitución de la República, todo lo cual era facilitado por la represiva actitud del gobierno de Santos, verdadera dictadura revestida de legalidad.

En cuanto a la presencia fuerte del republicanismo entre sectores de la inmigración italiana en Uruguay, a la que ya se ha aludido, la nueva situación de una Italia monárquica unida, presente entre las principales potencias mundiales, que aparecía –conjuntamente con Alemania– entre el concierto de las grandes potencias en expansión, modificó el imaginario de muchos de los residentes que comenzaron a ver con nuevos ojos a su novel nación y con admiración la fuerza representada por su armada y su ejército.

Este nuevo imaginario no estaba exento de orgullo teñido de cierto tufillo de exclusivismo racial, como quedó señalado en ocasión de la apertura de la Esposizione Nazionale Italiana, en que se desfogaba el nuevo nacionalismo –muy distinto del mazziniano y del garibaldino con su bagaje cosmopolita– que ganaba paulatinamente los corazones de la colonia residente en Uruguay: “...La fibra italiana rifulse di vita rinnovellata e potente non solamente nelle belle arti, ma in ogni ramo dell’industria... dal nostro cuore commosso erompe il grido che l’eco ripeterà quest’oggi dall’uno all’altro estremo della penisola ausonica, emesso da venti nove milioni di nostri fratelli: Viva l’Italia! Viva il genio italiano! Viva Torino!...”³⁴.

Estos nuevos sentimientos se encontraban manifiestos en el proceso de creación de la Camera di Comercio Italiana, en los intentos por obtener un escaño en el Parlamento italiano representativo de los residentes y en el frustrado conato de instalar en Montevideo una asociación “Pro Patria” como filial de la “Irredenta”, para el envío de fondos destinados a la recuperación de los territorios ocupados, lo que no fue permitido por el gobierno de Santos para no malquistarse con Austria, Francia y la propia Inglaterra³⁵.

33. Ibidem.

34. “L’Italia”, “Oggi”, 26 de abril de 1884.

35. “L’Italia”, Sprizzi”, 8 de julio de 1884 y “L’Italia”, “Pro Patria, Comizio di domenica”, 27 de julio de 1884.

Otro de los hitos de la investigación lo constituyen las acciones de las logias masónicas italianas, dependientes del Gran Oriente de Italia y que luego pasaron a la obediencia del Gran Oriente del Uruguay.

La Masonería en Italia había marcado presencia documentada ya en el siglo XVIII, pero luego de la caída de Napoleón y durante la época restauradora entró en decadencia dejando su lugar a la “Carbonería”, sociedad secreta cuya “Venta” principal se encontraba en París y que constituía una organización más apta –por menos filosófica y más pragmática– para abordar las tareas conspirativas y revolucionarias propias del proceso de unidad e independencia.

La contradicción de ser París la capital del país protector y garante de la existencia del Papado y a su vez centro de la Carbonería determinó la necesidad de contar con un instrumento diferente, por lo cual Giuseppe Mazzini dará lugar a la fundación de la Giovine Italia; fundación también determinada por la traición de un veterano jefe carbonario que costó la cárcel y el destierro del líder republicano en una coyuntura de ruptura generacional.

La Masonería italiana emerge recién a mediados de siglo, en medio de un proceso caótico, dividida por hegemonías territoriales –hecho natural en un proceso de unificación y nacimiento de una nueva nacionalidad–, por el incisivo accionar de las tendencias republicana o monárquica antagónicas, todo en medio de luchas y enfrentamientos entre diferentes Orients –Turín, Palermo, Milán, Nápoles o Florencia, siendo el de la capital de Toscana y capital del reino a partir de 1860, el que va a tener más fuerza, y el que se verá enfrentado, a partir de 1862, con el Gran Oriente del Uruguay al recibir en su seno a una logia expulsada por este último –la logia “Esperanza”–, lo que determinó la ruptura entre ambas potencias masónicas.

La Masonería uruguaya, con una tradición más viva durante el siglo XIX, con un reconocimiento universal expreso que el Gran Oriente de Florencia aún no tenía, fundada oficialmente en forma territorialmente independiente –pero preexistente desde décadas atrás– siete años antes que dicho G.O. de F., con el agravante de que aún no existía un organismo central en la Masonería italiana ya que los diferentes Orients se arrogaban cada uno de ellos la primacía, tuvo que enfrentar un proceso en que se formaron varias Logias en Uruguay dependientes del Gran Oriente de Italia; será luego de un largo proceso que dichas logias pedirán ingresar a la obediencia del Gran Oriente del Uruguay, algunas de las cuales aún subsisten con su nombre original aunque castellanizado.

Ese proceso tuvo al doctor Bartolomeo Odicini, antiguo cirujano de la Legión Italiana de Montevideo, como enviado oficial del Gran Oriente del Uruguay en Florencia, comisionado para lograr un entendimiento fraternal entre ambos Orients³⁶.

36. Goretti Sergio, “Bartolomeo Odicini - L’esperienza massonica di un garibaldino tra Uruguay e Italia”. Revista Garibaldi N° 11, Montevideo, 1996, págs. 61 a 71.

Es interesante ver, en este proceso tan rico y lleno de contradicciones, cómo los liberales italianos masones residentes en el país pudieron enfrentar sus tareas de autoconstrucción y pudieron sortear aquellos avatares, luchando además contra sus enemigos ancestrales, el despotismo y la Iglesia Católica –que no la religión–, en un momento en que el Papa no dejaba de reclamar sus bienes terrenales y se consideraba prisionero del Estado italiano. Y todo esto en comisión con los liberales uruguayos, marcando muchas veces con su palabra sensata el camino y a veces también cayendo en el error.

Pero lo más importante es rastrear en esta investigación el ideario propio de los italianos liberales que difería, por su mayor audacia y universalidad, del de los liberales uruguayos, y que anunciaba ya, con dos décadas de antelación, el espíritu rector que acompañaría al proceso batllista.

Eso explicará por qué los italianos liberales radicales acompañarán, no al Partido Colorado sino al batllismo.

El apoyo a este último se verá matizado en el siglo XX con las defeciones que se llevarían a cabo de consumo con el desarrollo del fascismo en Italia, lo que determinaría el reagrupamiento de antiliberales y totalitarios.

Lo aquí consignado es sólo parte de lo obtenido por la investigación propuesta, pero es suficiente para poder mostrar aspectos nuevos sobre los aportes de la inmigración a la formación de nuestro país. Aquí debe quedar expresado que, si bien los italianos liberales eran expresiones de un proceso –el Risorgimento– y de una nueva nacionalidad, el Uruguay también recientemente formado aún andaba componiendo simbólicos elementos que justificaran la suya, lo que hay que tener en cuenta en la reflexión para nuevos enfoques sobre la historia del país.

VINCENZO BELLINI (1801-1835)

A DOSCIENTOS AÑOS DE SU NACIMIENTO

Julio César Huertas

Vincenzo Bellini Ferlito nació en Catania, Sicilia, el 3 de noviembre de 1801 en un modesto piso del Palacio Gravina, hoy Museo Bellini. Fueron sus padres Rosario Bellini y Agata Ferlito, siendo nuestro compositor el mayor de siete hermanos que tuvo este matrimonio.

Por línea paterna su familia provenía de la ciudad de Torricella Peligna, Provincia de Chieti en la región del Abruzzo, donde su abuelo y su padre gozaban de gran prestigio como músicos.

Su abuelo Vincenzo Tobia había estudiado en el “Conservatorio della Pietà dei Turchini”, en la ciudad de Nápoles, teniendo entre sus profesores a los célebres Niccolo Piccini (1728-1800) y Niccolo Jommelli (1714-1774). Fue un destacado compositor de obras sacras, siendo su obra más representativa el oratorio “Isacco” sobre texto de Pedro Metastasio (1698-1782). En honor a su abuelo, nuestro biografiado fue bautizado con el mismo nombre en la Catedral de Catania al día siguiente de su nacimiento.

Su padre, Rosario Bellini Burzi, se desempeñó como maestro de capilla y compositor de obras religiosas.

A los cinco años Vincenzo Bellini ejecutaba pequeñas obras al piano, demostrando una memoria musical privilegiada y un extraordinario oído. A los seis años escribe su primera composición, “Gallus Cantavit”. Al año siguiente recibe clases de latín, lenguas modernas, retórica y filosofía. Bellini se inicia musicalmente con su padre y posteriormente con su abuelo. Entre las obras compuestas durante su adolescencia se destacan: dos Tantum Ergo, dos Misas, dos Salve Regina, varias cantatas y algunas canciones sicilianas como la célebre “Fenesta ca lucive”.

En junio de 1819 Bellini se traslada a Nápoles a fin de estudiar en el “Conservatorio San Sebastiano”; para ello contaba con una beca ofrecida por el Gobierno Municipal de Catania, cuyo monto era de treinta y seis onzas anuales. Allí se forma musicalmente con los profesores Furno, Conti, Tritto, Raimondi y con el célebre director del instituto, Niccolo Zingarelli (1752-1837). En 1824 escribe la cantata “Ismene” para el casamiento de unos amigos y varias ariettas, entre ellas la conocida romanza “Dolente immagine

di Fille mia” –primera obra impresa en vida del compositor–, sobre el texto de su primer gran amor, Maddalena Fumaroli.

Era costumbre del conservatorio que se presentara en el teatro del instituto una obra dramática de alguno de los alumnos más aventajados; es así que el 12 de enero de 1825 Bellini es elegido para representar su primera ópera semi-seria, “Adelson e Salvini”. El libreto pertenece a Andrea Leone Tottola. La obra gustó mucho al público, lo que obligó a que fuera repetida varias veces. Con el pasar de los años su autor la consideró un “pasticcio” y decidió utilizar algunas partes para sus óperas “Bianca e Fernando”, “I Capuleti e i Montecchi” y “La Straniera”.

Luego del éxito obtenido con “Adelson e Salvini” fue contratado para escribir una ópera en dos actos sobre libreto de Domenico Gilardoni para la función de gala del teatro “San Carlo” de Nápoles. En esta ocasión el compositor presenta su obra “Carlo, duca d’Agriento”, llamada después “Bianca e Fernando” y más tarde “Bianca e Gernando”, debido al fallecimiento del rey Fernando. Se representa por primera vez el 30 de mayo de 1826. Esta ópera fue posteriormente revisada y ampliada por el compositor para inaugurar el teatro “Carlo Felice”, de Génova, en 1828.

A instancias del empresario Domenico Barbaia se le encarga una ópera para ser representada en el teatro de la Scala de Milán. Entre mayo y octubre de 1827 compone su tercera ópera, “Il Pirata”, sobre libreto de Felice Romani, quien se convertirá en su libretista predilecto durante seis años. Esta ópera es representada el 27 de octubre de ese año, obteniendo un gran éxito que le abrirá las puertas de los principales teatros de Italia y el resto de Europa. Entre 1827 y 1833 Bellini vive la mayor parte del tiempo en Milán, introduciéndose en los círculos sociales más importantes, donde toma contacto con la princesa Belgioioso, la condesa Appiani, la duquesa Litta, entre otros.

Nuevamente el teatro de la Scala le encarga una ópera; para esta ocasión el compositor escribe “La Straniera”, estrenada el 14 de febrero de 1829. Su éxito fue superior al de “Il Pirata” pero suscitó grandes controversias entre los críticos de música, pues algunos de ellos vieron peligros en este nuevo estilo de ópera.

El 16 de mayo de 1829, con motivo de la inauguración del Teatro Ducal de Parma, estrena su ópera “Zaira” que, a diferencia de la anterior, resulta un fracaso debido a la mala voluntad de los círculos teatrales parmesanos, quienes recriminaron al compositor haber puesto poco entusiasmo al componerla.

El 11 de mayo de 1830 su ópera “I Capuleti e i Montecchi” es presentada por primera vez en el teatro “La Fenice”, de Venecia, obteniendo un gran éxito.

Meses después padece el primer indicio de la enfermedad que cinco años más tarde lo llevaría a la muerte: un ataque violento de gastroenteritis.

A fines de ese año se propone musicalizar “Ernani”, de Víctor Hugo, pero tanto él como su libretista desisten del proyecto, ya que esta obra estaba censurada.

El 6 de marzo de 1831 se estrena con gran éxito la ópera “La Sonnambula” en el

El 6 de marzo de 1831 se estrena con gran éxito la ópera "La Sonnambula" en el Teatro Carcano de Milán, a pesar de que algunos críticos le reprocharon su simplicidad armónica.

Entre setiembre y diciembre de ese mismo año escribe su obra cumbre, "Norma", representada en el teatro de la Scala el 26 de diciembre. A pesar de haber sido recibida fríamente la primera noche, la segunda fue aplaudida con gran entusiasmo. Deseoso de volver a Sicilia, realiza un viaje desde la ciudad de Milán a Mesina y Catania, siendo recibido con grandes honores por sus coterráneos.

Luego de recorrer las ciudades de Nápoles, Milán y Bérgamo parte hacia Venecia donde se compromete a dirigir su ópera "Beatrice di Tenda", la cual es estrenada el 16 de marzo de 1833 en el teatro "La Fenice" de Venecia. Como había previsto el libretista Felice Romani, la obra resulta un fracaso, que él atribuye a las "tre Giuditte, la Grisi, la Pasta e la Turina", pues ellas "habían hecho perder a Bellini el sentido del arte". Al hacerse públicas estas declaraciones se genera un gran escándalo: el esposo de Giuditta Turina se separa de su esposa y Bellini rompe definitivamente su amistad con Romani. En esos días el compositor es invitado a presentar sus óperas "Norma" y "La Sonnambula" en la ciudad de Londres.

En octubre de 1833 se establece definitivamente en París, domiciliándose en el Boulevard des Italiens, rue de la Méchanderie 24. Allí consolida su fama con su última obra escénica, "I Puritani", basada en el libreto del conde Carlo Pepoli. El estreno de esta ópera tiene lugar el 25 de enero de 1835 en el "Théâtre Italien".

Tiempo después Bellini es invitado a compartir el hogar de la familia Lewys en Puteaux, suburbio de París, rampe de Neuilly 19 bis.

Sus últimos días están rodeados de un profundo misterio. En París se corrían rumores de una posible enfermedad y sus amigos se preocupaban por él, insistían



Vincenzo Bellini
(1801 - 1835)

por él se les daba siempre la misma respuesta: "El Maestro sufre y no puede ver a nadie".

El 11 de setiembre de 1835 el barón Aymé d'Aquino, aprovechando una visita a su cuñada residente en Rueil, localidad cercana a Puteaux, decide visitar a su gran amigo Bellini. Le permitieron entrar y lo encontró delicado, aunque nunca imaginó que esa dolencia lo llevaría a la muerte. El 16 de setiembre el compositor Michele Carafa se hace pasar por médico de la corte y logra visitar al enfermo. Bellini está delirante y no reconoce a su amigo, pide por su madre y por Florino (condiscípulo, amigo personal y primer biógrafo del compositor). Luego los Lewys impidieron el ingreso de cualquier otra visita. El compositor Saverio Mercadante lo intentó cuatro veces en vano. Aún más escandalosa fue la conducta del doctor Montallegri, médico que atendía a Bellini, poco experto en su profesión. Al principio aseguró que el enfermo se curaría fácilmente y al ver que se agravaba se desconcertó y lo abandonó. Los Lewys, por su parte, abandonaron también la casa sin que se haya sabido la razón. En París se vivía una gran agitación por la falta de noticias. Por desgracia, Rossini estaba ausente, pues de lo contrario las cosas hubieran sido de otra forma. El 22 de setiembre hubo una reunión en casa de Lablache y se decidió intervenir enérgicamente, solicitando el concurso del procurador del rey. Ya era demasiado tarde, al otro día Bellini fallecía. El barón d'Aquino llegó al hogar de los Lewys y aquella vez ningún guardián le prohibió la entrada, encontró a Bellini muerto y a un jardinero y un obrero que estaban presentes el día de su muerte. París se vistió de luto. Rossini había apresurado su regreso por las alarmantes noticias sobre la salud de su amigo. La voz pública pedía justicia contra el delito; hasta se sospechó que los Lewys lo habían envenenado. El rey ordenó la autopsia y resultó que Bellini había muerto de inflamación aguda del intestino grueso con absceso al hígado. Su cuerpo fue embalsamado y Rossini organizó una gran misa en la Catedral de los Inválidos con toda la pompa conveniente para honrar la memoria de su amigo. La ceremonia se realizó el 2 de octubre y fue solemne y commovedora. Bellini fue enterrado en el cementerio de Père Lachaise, siendo los portadores del ataúd los compositores Rossini, Cherubini, Paer y Carafa. El 31 de marzo de 1837 la Princesa del Belgioioso organiza un concierto a beneficio de los carbonarios italianos donde los mejores pianistas de la época, Liszt, Chopin, Czerny, Thalberg, Herz y Pixis, realizan variaciones sobre la marcha de "I Puritani", de Bellini; de esta forma nace el conocido "Hexamerón" para seis pianistas y orquesta como homenaje póstumo al compositor. En 1849 muere Federico Chopin y por su expreso pedido sus restos son enterrados cerca de los de Bellini. En noviembre el decurionato catanés deliberó el traslado de los restos a la ciudad que lo vio nacer pero la policía se opuso. El deseo de Catania se pudo cumplir recién en 1876. El transporte de las cenizas a través de la península fue una apoteosis. En 1924 la casa donde nació Bellini fue declarada monumento nacional.

La obra de Bellini posee una gran inspiración melódica que se basa esencialmente en el "bel canto" de las prime donne como Grisi, Pasta, Patti y Malibrán, que

contribuyeron eficazmente a su éxito.

Sólo en "Norma" el compositor decide enriquecer el acompañamiento orquestal; esto lleva a que el gran compositor Richard Wagner tenga predilección por esta ópera de la que afirma: *"Esta obra es entre todas las creaciones de Bellini la que asocia la más rica vena melódica con la más profunda realidad y la pasión más íntima. Todos los adversarios de la música italiana harán justicia diciendo que en ella habla el corazón y que es la obra de un genio"*.

Es evidente también la influencia de su melodismo en el estilo pianístico de Chopin y Liszt, así como sobre la producción juvenil de Verdi.

Bellini y el Uruguay

En Montevideo entre los años 1851 y 1852 se estrenaron las siguientes óperas de Bellini:

Beatrice di Tenda - 12 de octubre de 1851

I Puritani - 18 de enero de 1852

La Sonnambula - 29 de marzo de 1852

Norma - 17 de abril de 1852

Il Pirata - 6 de agosto de 1852

I Capuleti e i Montecchi - 27 de octubre de 1852

La Straniera - 22 de diciembre de 1852

Restan por estrenar en nuestra capital las óperas "Adelson e Salvini", "Bianca e Fernando" y "Zaira". Esperamos que en lo que resta de este año en que se conmemora el bicentenario del nacimiento de Bellini podamos escuchar alguna de estas obras del gran compositor siciliano.

TESTIMONI STRANIERI DELL'EPOCA GARIBALDINA

Egone Ratzenberger

In questi ultimi anni ho voluto svolgere sulla nostra Rivista una rassegna, sia pure incompleta, si comprende, dei testimoni dell'epoca garibaldina perchè accanto alle biografie accreditate della vita ed imprese di Garibaldi, tale epopea fosse evocata ed inquadrata anche grazie alla viva espressione di chi aveva partecipato nei suoi migliori anni, con corpo e spirito vigoroso a quella serie di incredibili avvenimenti. Anche tale memorialistica sul cui sfondo l'Eroe si muove con bagliori vividi, con accenti e fatti memorabili ci ripropone quasi inevitabilmente l'antico dilemma della Storia, se cioè essa venga modellata in sostanza da uomini eccezionali oppure piuttosto da ondate di fondo della coscienza popolare che si riversano con improvvisa vivezza nel protagonista che ne sa interpretare istanze e necessità. E' più facile propendere per la seconda ipotesi: sono i grandi sommovimenti etici e sociali, frutto di milioni di decisioni individuali che si muovono attraverso le generazioni a creare la Storia; purtuttavia il fatto, l'imprevisto, a cui spesso nella storia vennero imposte fattezze divine può dare ad essi, per il tramite dei grandi spiriti che se ne mettono a capo, lo splendore della vicenda storica individuale che tanto affascina l'osservatore. E' così vero, come tanti oggi si adoperano a sottolineare, che il Risorgimento non fu un movimento delle masse popolari, e diciamolo pure, non potevano certo parteciparvi delle masse poverissime incatenate dal sistema economico vigente nonchè dall'analfabetismo. Al di là di ogni facile populismo, la verità che la storia non può accantonare è che esse erano schiacciate dal quotidiano bisogno di pane, "l'ignobile mostro che freme nello stomaco" come dice Odisseo, affette da caterve di figliolanza, fonte –a loro volta– di futuri manovali, serve, spose poverissime e frustrate, soldati trattati come carne da cannone, prostitute destinate al prostibolo.

Il Risorgimento, come del resto altre epoche storiche, non poteva nella sua realizzazione che essere messo in essere da un'élite che fu in genere borghese, spesso aristocratica (Ricasoli, Confalonieri, ecc.). Ma credo che il popolo italiano comprese molto bene il momento storico come lo capì ad esempio a Palermo, a Milano e a Firenze (cacciata del Granduca), come lo capì il barocciaio del Monte Amiata Davide Lazzaretti che doveva creare una sua setta religiosa negli anni 70 e che nel '66 si arruolò

volontario nell'esercito piemontese e combattè a Castelfidardo. Del resto non si registrarono mai nel Nord e nel Centro reazioni sanfediste ed il brigantaggio del sud ebbe motivazioni più complesse di quelle di una semplice rivolta a favore dei Borboni. Ma senza questi valorosi che finiamo spesso per ammirare come lo stesso Garibaldi, uomini di decisione, coraggio ed onestà i cui nomi è quasi superfluo menzionare, difficilmente l'Italia si sarebbe fatta o forse si sarebbe fatta in modo abboracciato, lacerata da rattrappati compromessi, come del resto l'esperienza del 1848 ebbe a dimostrare. La lezione del Mazzini (che l'Italia sembra aver dimenticato, tanto che ben pochi lo citano, fra un po' molti giovani non sapranno chi era), le decisioni fredde, audaci sì, ma non certo avventuriste del Garibaldi, come qualcuno amerebbe ancora accreditare, e che aveva la precisa intuizione dei limiti dei suoi pur incredibili successi politici e militari (vedasi la cessione del Regno delle Due Sicilie a re Vittorio) e le eccezionali capacità diplomatiche del Cavour, imposero la soluzione ottimale, a dispetto delle trame straniere che furono molte e non certo favorevoli al nostro Paese. Soluzione —quella della completa unità— intuita e voluta da tanti altri, anche da quelli che accompagnarono l'azione del Cavour, anche fra i militari piemontesi fra cui Cialdini (che, benché vecchio rivoluzionario di Spagna, disprezzava Garibaldi e lo dimostrò all'Aspromonte), e comunque dal brillantissimo Stato maggiore di Garibaldi che ebbe ad annoverare gente come Sartori, Nullo, Anzani, Manara, Bixio, Mario, Guerzoni, Medici e Cosenz. Per cui si creò una letteratura vivacissima, degna di letture e riletture tanto differente dai numerosi melensi romanzi di allora. Chi legge oggi Guerrazzi, D'Azeffio, Grossi? I memorialisti garibaldini sono invece tutto nervo e pepe.

Degli italiani già si disse in altri articoli ed inevitabilmente si giunge così anche ai testimoni stranieri dell'epopea. Uno è ad esempio lo svizzero Hofstatter che partecipò alla mirabile ritirata del '49 da Roma a San Marino e che fra l'altro osserva (cito dalla biografia di Garibaldi di Mino Milani) che "l'esercito regolare italiano del 1866 adoperava per l'uso della cavalleria metodi più antiquati di quelli di Garibaldi del 1849" segno —aggiungo io— della grande capacità naturale del Nizzardo nella condotta della guerra (segnalato del resto dal Guidi e dall'opera su Garibaldi soldato compilata dallo Stato Maggiore).

Del Hofstatter si è purtroppo parlato poco due anni fa allorchè si ricordarono i 150 anni della "ritirata da Roma". Occorrerà un giorno riproporlo all'attenzione nostra e dei suoi svizzeri.

Nelle biblioteche europee si trovano comunque sul tema garibaldino una serie di libri interessanti ed anche curiosi. Prendiamo ad esempio le "Note di una visita a Caprera" di un non meglio conosciuto Sir Charles McGregor che si reca a Caprera nell'inverno 1864-1865, all'indomani si ricorderà della trionfale visita in Inghilterra di Garibaldi, viaggio legato altresì al regalo a Garibaldi da parte di ammiratori inglesi di

un panfilo (venduto a New York anni dopo da un falso amico di Garibaldi che ne intascò i proventi).

McGregor è un liberale inglese, tipico si vorrebbe aggiungere, innamorato dell'Italia di cui sembra però comprendere poco. Le sue memorie ci riportano in un mondo antico con città piccole ed a misura umana, però con tocchi di modernità: le prime strade ferrate che rapidamente si estendono, le prime navi a vapore, ma anche interminabili viaggi in diligenza. Sir Charles è un ammiratore di Garibaldi, ma in fondo vuole verificare di persona se la leggenda corrisponde alla verità ed è interessato – non è il solo né ieri né oggi – a capire dove sono i difetti dell'uomo.

Non ne trova (di grandi almeno) e lo ammette, perché Garibaldi che ha conquistato un regno con preclara abilità politica e militare, soprattutto se si considerano le forze a sua disposizione ed il nessun appoggio politico piemontese iniziale (non dimentichiamo che il patriota D'Azeglio governatore della Lombardia gli sequestrò i fucili raccolti con la sottoscrizione nazionale), è un uomo senza infingimenti. Sir Charles arriva dunque a Caprera, è conquistato dalla semplicità dell'eroe, viaggia con lui al largo delle coste della Sardegna nordoccidentale, sul panfilo regalatogli dagli amici inglesi, poi lascia Caprera, rientra a Genova, loda per qualche motivo (probabilmente la scarsa simpatia nutrita verso la Chiesa cattolica) moltissimo la Chiesa Valdese e torna poi in patria. Non dice nulla di rimarchevole sul nostro eroe che non si sapesse già, ma resta impressa la sua descrizione di Garibaldi come uomo cortese, semplice e parco e che non sente tentazioni di superbia. In tema di viaggio al largo della Sardegna nordoccidentale sfugge probabilmente a Sir Charles un particolare: il vecchio capitano di mare e condottiero non faceva evidentemente solo una crociera da diporto, ma voleva riconoscere la linea costiera di quella che è oggi la Costa Smeralda e da cui doveva appunto fuggire per il secondo tentativo di intervento a Roma dell'ottobre 1867, quello che portò alla sfortunata giornata di Mentana (3 novembre) nonché alla fuga a Marsiglia per l'impresa del 1870.

Più movimentate sono le memorie di uno sconosciuto (finora) volontario francese, tradotte anche in ungherese (da cui le ho fatte ritradurre) e pubblicate nel 1865; due anni cioè prima del Compromesso del 1867 (per cui l'Impero asburgico divenne l'impero austro-ungarico e gli oppressi ungheresi si dettero ad opprimere e magiarizzare le popolazioni loro affidate). E' un libro vivace che sta alla pari di quelli del Bandi e dell'Abba (che sono più completi), e di altri che abbiamo ricordato nei numeri degli scorsi anni (il Mario, ad es.). E solo questa volta ho avuto l'intera consapevolezza dalle parole di questo francese, di un altro decisivo capolavoro militare-politico di Garibaldi dopo l'impresa di Sicilia.

E cioè "la corsa calabria". Ricevuta infatti la resa delle truppe sullo Stretto, in terra calabrese, Garibaldi intuisce che lo scacco al re si può dare solo a Napoli e che su un territorio tanto ampio non bisogna dare tempo al nemico di riorganizzarsi. La Sicilia era

stata conquistata ed il re aveva ceduto abbastanza facilmente questa isola da sempre ribelle ai Borboni. Ma pensava che sul Continente la musica sarebbe stata differente. Vinta la battaglia dell'Istmo restavano infatti da sottomettere le Calabrie, la Basilicata, le Puglie, l'Abruzzo. Non possiamo dimenticare che si ebbero in seguito la ritirata della colonna Nullo dal Molise e le uccisioni di garibaldini da parte di contadini delle campagne di Caiazzo. Potevano intervenire le potenze, ad es. l'Austria con la scusa di proteggere la regina, poteva verificarsi qualunque diavolo.

Invece, con rapidità degna della campagna napoleonica di Prussia del 1806, praticamente senza i cavalieri di Murat, ma con la forza della sua personalità che faceva arrendersi le truppe mandategli contro, Garibaldi ebbe partita vinta.

Ma sentiamo cosa dice il volontario francese.

Lui arriva in ferrovia a Genova e durante il viaggio incontra e discute con un volontario francese che va invece dal Papa (*Legio d'Antibes*, cioè nel campo avversario) e morirà a Castelfidardo; si reca poi in Sicilia con una delle navi successive a quelle di Quarto.

Sbarca a Trapani dove vede un Garibaldi venuto improvvisamente su una feluca leggera da Palermo, probabilmente per capire di persona di quali nuovi rinforzi disponeva; poi il nostro volontario descrive l'atmosfera di Palermo e la caccia agli spioni; racconta di uno sbirro che non può negare allorché viene accusato da una popolana di averle ucciso il figlio in braccio, e viene pertanto gettato in mare. Ricordando il Bandi e anche il vivace film degli anni '40 di Vittorio De Sica "Garibaldini al convento" viene dipinta una scena a Termini Imerese di un convento dove giovani suore si affacciano festose alle grate per salutare i garibaldini, finché "una severa voce le richiamò". Povere ragazze desiderose di vita, come la famosa Monaca di Monza e costrette la maggior parte di esse ad una non voluta vita da recluse. Ma allora ciò appariva abbastanza normale: parlando di un convento di cappuccini di Scilla, in Calabria, il Nostro dice che vi erano "soltanto" dodici frati. "Quantum mutatus as illo!"

Il volontario riceve il battesimo di fuoco a Milazzo e si batte oltre che al ponte dove si svolge il noto episodio di Garibaldi caricato dal capitano Giuliani (che poi Garibaldi abbatterà), in una piazza in città che dopo qualche scaramuccia i borbonici sgomberano. Il volontario va da Milazzo a Messina o più precisamente al Faro e ivi si unisce ad un gruppo di francesi guidati dall'eroico francese De Flotte (che più tardi morirà in Calabria in uno scontro minore) e con lui partecipa ad una ricognizione davanti a Villa San Giovanni; alcuni giorni dopo vi sbarca e narra le difficoltà e le avventure della risalita dello Stivale fino a Sapri, dove si imbarcheranno direttamente per Napoli. Il lettore viene deliziato da episodi divertenti: il vecchio cappuccino di Scilla, uomo che sa di greco e di latino nonché di lettere francesi, che narra di aver ucciso un Cardinale e sua nipote e di aver fatto vita da bandito per rifugiarsi poi in quel convento. Il generoso contadino che vuole far dormire un volontario garibaldino nel suo letto insieme a "Don

Serafino" che si rivela però poi essere un porcello, unica vera ricchezza di quel villico. Garibaldi padrino di un infante sulla via di Cosenza –e che risponde a tono alle domande liturgiche postegli dal sacerdote. Cosenza distrutta a turno nei suoi vari quartieri dai ricorrenti terremoti, ma il Nostro autore ignoto non sapeva ovviamente nulla degli spaventosi terremoti del 1783, allorchè la terra tremò per mesi. Interessante è la sua osservazione che, provenienti dai villaggi vicino a Cosenza, entravano in città bande armate che saccheggiavano parti della città senza che la polizia borbonica muovesse un dito. Di Salerno dice che bastarono tre ufficiali inglesi –che erano fra i garibaldini– ad indurre la città ad arrendersi. In realtà Salerno aveva già in precedenza dimostrato a favore dell'Italia unita e di Garibaldi ricevendo rampogne e punizioni dal generale Scotti che per tenere Salerno non potè recarsi nella ribelle Basilicata. Il nostro memorialista partecipa alla battaglia del Volturno nella formazione comandata da Nino Bixio sul lato di Caserta e dà una vivida descrizione dei corpi a corpo e dell'accanita lotta che caratterizzò quell'ultima pugna borbonica. Descrive altresì la tenacissima resistenza di un gruppo di volontari francesi all'interno di una fattoria posta sul versante di S. Angelo in Formis.

Garibaldini francesi! Sapeva bene Garibaldi perchè andò a portare nel 1870 la sua spada al servizio della Repubblica di Oltralpe –forse anche con la segreta speranza di riavere Nizza.

Degli stretti legami lo unirono altresì ad Alessandro Dumas padre, che era appunto l'autore dei "Tre Moschettieri" e del "Conte di Montecristo" che già conosceva Garibaldi. Alla notizia dello sbarco in Sicilia egli si affrettò a recarsi a Palermo con il proprio yacht (nonchè l'amante travestita da uomo come osserva il Bandi) ed è un attento osservatore –anche per la stampa francese– dei fatti di Palermo. E' dal Dumas che si ricevono notizie dettagliate delle orribili violenze esercitate sulla popolazione palermitana anteriormente allo sbarco garibaldino e fu ben questo il motivo per cui il Nizzardo entrato in Palermo ebbe subito dalla sua tutta la popolazione.

Garibaldi fa viva e certamente sincera mostra di amicizia al Dumas che ospita infatti a Palazzo Reale; ma egli sa anche molto bene come sia importante influenzare positivamente l'opinione pubblica francese (infatti Dumas manda a Parigi delle corrispondenze); pur fra mille pensieri egli ha sempre qualche speciale cortesia per il romanziere francese che poi si aggrega alla colonna Eber che si dirige verso Agrigento. Dumas era già amico dell'Eber che fino a quel momento era corrispondente del Times ed era stato in Crimea colonnello della legione straniera. E' molto amico anche dell'ungherese Türr a cui dà un posto forse di eccessivo rilievo nella prima parte del libro. Si ricorderà che il Türr, di natura temeraria, anche se certamente un soldato di valore, creò dei problemi a Garibaldi nella campagna del '59 e nel settembre '60 a Caiazzo, vicino a Caserta. Da Agrigento Dumas va a Malta dove si reimbarca sul suo yacht giungendo a Milazzo in tempo per assistere alle varie vicende della battaglia, ciò

che gli permette di tratteggiare con vigorose pennellate l'intervento personale del Generale nella mischia e il suo duello con un capitano della cavalleria borbonica che lo caricava (riflettiamoci un attimo: il conquistatore della quasi totalità della Sicilia, generale uruguiano nonchè piemontese che combatte in prima linea a colpi di spada). E anche al Volturro e alla Bezzecca non sarà poi molto diverso; il fatto è che da sempre –dal Cerro di Montevideo, dalle acque del Paraná, da S. Antonio nonchè dalle mura di Roma, Garibaldi conosce a puntino la carica elettrizzante che l'esempio personale dà agli uomini; infatti solo l'esempio può galvanizzare una personalità generosa ma volubile come il volontario. In Volturro, a regola d'arte, non poteva mai e poi mai costituire una battaglia persa dai borbonici. Ma Garibaldi era in prima linea mentre Francesco II non pensò di arrischiare la vita per il suo regno. Qualche anno dopo il Gregorovius, come scrive nel suo interessante diario, lo vedrà aggirarsi triste e solitario a Monaco di Baviera.

Merita conto menzionare fra gli altri vivaci episodi narrati dal Dumas, sia il ricordo commosso che egli fa del suo amico La Flotte che è a capo di un gruppo di volontari francesi, come abbiamo visto, ma soprattutto dei suoi rapporti con l'ultimo capo del governo napoletano che fu, com'è noto, Liborio Romano. E questa parte contiene delle notizie molto interessanti soprattutto per quanto attiene allo statista pugliese, la cui figura è in parte offuscata dal ruolo che svolse negli ultimi giorni dei Borboni. Parecchi neo-borbonici odierni ne parlano male, ma probabilmente senza conoscerne il curriculum.

Egli non era affatto un borbonico sia pure tiepido, bensì un liberale ed era stato imprigionato nelle carceri napoletane a motivo delle sue convinzioni politiche. Non mi sembra che si possa rimproverare ad una persona di aver agito secondo le sue convinzioni di sempre e che debba invece servire gli interessi della dinastia e non del Paese solo perché è stato il re a conferirgli l'incarico di governo. L'errore di identificare il Paese con la casa regnante è del resto frequentemente registrato anche nella storia contemporanea.

Avvalendosi del suo yacht il Dumas è a Napoli nelle ultime settimane borboniche –dice anzi di essere ancorato a trecento metri in linea d'aria dalla stanza del re Francesco– entra in contatto con Liborio Romano che lo viene a trovare nottetempo sulla sua nave da diporto e in collegamento con Garibaldi che è ancora in Calabria prepara con il Romano l'ingresso indolore del Nizzardo a Napoli, mentre Francesco II fa vela per Gaeta.

Come noto, la polizia che è nelle mani di uomini di fiducia del Romano che li ha nominati nelle ultime settimane, aiuta fattivamente tale sviluppo. E del resto come a Pietroburgo nel febbraio 1917 ed a Teheran nel gennaio 1978 è per prima la polizia nonchè i militari incaricati dell'ordine pubblico a comprendere che la piazza non si può reggere e che si impone un cambio radicale.

Il vivido libro del Dumas è un piccolo capolavoro del tutto degno del suo autore e

si iscrive di pieno diritto –unitamente alle prima citate memorie del legionario francese– nella bella ed interessante letteratura garibaldina che stiamo passando in rivista.



*Lancero de
Montevideo,
litografía del
artista francés
Adolfo D'Astrel
(Siglo XIX)*

XX SETTEMBRE: FIESTA Y POLÍTICA

María Luján Leiva

El 20 de septiembre de 1870 se concreta la unidad italiana, un paso más en la afirmación del pensamiento del *Risorgimento*, y con esto se entabla una nueva relación entre la Iglesia y el Estado, es decir, la esperanza de una nueva era libre del oscurantismo.

Los festejos del 20 de Septiembre en la Argentina presentan particulares características con respecto a los realizados en la madre patria italiana, pero también con respecto a los de otros centros de inmigración. En nuestro suelo la fiesta entrelazaba aspectos de celebración pública y popular¹ con un marcado contenido ideológico signado tanto por la coyuntura histórica italiana como por la argentina, y se prolonga en una duración de tiempo mayor que en Italia.

El recuerdo llegado por tradición oral me incentivó a investigar este tema, una fiesta que expresaba el orgullo del origen, la decisión de un asentamiento y cambio en las nuevas playas. Se percibía a través de distintas voces y de los documentos un despliegue de ideas, de voluntad de superación del aislacionismo (no intenso en la Argentina pero siempre existente), la manifestación de una cultura y una lengua, que rompiendo los límites estrechos de lo familiar se decidían a penetrar y transformar la sociedad nueva.

Los italianos emigrados en la Argentina consideraron la fiesta del 20 de Septiembre como la más sentida y popular, y lograron comunicar también este espíritu a la comunidad local. Se la llamaba la Fiesta de Italia o la Fiesta de Garibaldi, unificando así la tradición popular a los dos nombres amados, sin detenerse en la verdad histórica que no documentaba la presencia de Garibaldi en Porta Pia².

La amplitud de esta celebración revela un carácter laico de la inmigración italiana en el Plata, como también la influencia de un liderazgo liberal en la comunidad italiana. Basta observar el elenco de las sociedades de socorros mutuos con nombres impregnados de tradición republicana, mazziniana y garibaldina: Unione e Benevolenza, Stella d'Italia, Risorgimento, Roma Intangibile, Roma Nostra o incluso tomando los nombres mismos de Garibaldi y Mazzini, o de Anita Garibaldi, y también más explícitamente XX Settembre, Breccia di Porta Pia, Giordano Bruno, Eppur si Muove, etc. La fiesta debía inyectar el patriotismo "necesario para una nación moderna"³, pero su significado se ampliaba con la defensa de la libertad de pensamiento en la lucha contra el oscurantismo, en la difusión de un concepto amplio de hermandad de los pueblos, de

una patria más extensa que las fronteras. Su significado libertario es reclamado incluso en una serie de números únicos de periódicos anarquistas editados en Buenos Aires, Montevideo y San Pablo entre 1870 y 1901⁴. Estará siempre presente en la celebración del 20 de Septiembre esta tensión entre el patriotismo, el culto nacional y el liberalismo.

La población de la Argentina hasta la primera guerra mundial fue predominantemente extranjera con un componente italiano prevalente. El aporte italiano no se limitó a importar fuerza laboral a bajo precio, sino toda una cultura y una historia de solidaridad y organización obrera que los gobiernos de la época trataron de combatir con las leyes de residencia y de defensa social que implicaban la expulsión de los extranjeros "subversivos" y la limitación de la actividad política y sindical, o con la protección a círculos católicos de obreros y a órdenes religiosas que combatieron las nuevas ideas foráneas del internacionalismo obrero⁵.

No es difícil imaginar la desconfianza e incluso la condena de estos grupos con respecto a la conmemoración setembrina, distancia crítica que también fue adoptada para la inauguración del monumento a Garibaldi en plaza Italia, tantas veces pospuesta por el juego de presiones políticas y religiosas. Finalmente la inauguración se realizó el 18 de junio de 1904.

Hacia plaza Italia convergió una multitud de 80.000 personas: italianos, argentinos, franceses, suizos, portugueses y españoles. Eran apretadas cohortes con banderas y estandartes, entre las cuales se veían por primera vez, públicamente, las insignias de las glorias masónicas que desfilaban a lo largo de la avenida Santa Fe mientras las flores caían de los balcones. El palco oficial "*estaba casi vacío, con la presencia del presidente Julio A. Roca, pero con escasa presencia de parlamentarios y ausencia de militares*"⁶.

Esta frialdad oficial tiene varias explicaciones, pero una de peso podría ser que en mayo de ese año, apenas un mes atrás, Alfredo Palacios había asumido como el primer diputado de extracción socialista en el parlamento, precisamente por los votos del italiano barrio de la Boca. Para completar el cuadro, su primera intervención en el Congreso expresó la condena de los sangrientos tumultos del 1 de Mayo, con víctimas obreras y la aplicación de la ley de residencia.

Las celebraciones del 20 de Septiembre, que coincidían con el inicio de la primavera, reunían tanto una vocación de patriotismo, de realización del hasta el momento mítico Estado nacional italiano, como una cuota de diversión popular⁷, de ruptura, de reivindicación de la fiesta. Todavía nacientes los pueblos de Argentina y los barrios ciudadanos, el 20 de Septiembre era la ocasión de reír, cantar, bailar, en medio de proclamas y promesas de construir una gran Italia donde reinase la razón y la libertad, y una Argentina libre y próspera en la que los italianos pudieran concretar el sueño de una Nueva Italia republicana.

Los festejos consistían en desfiles que recorrían las principales calles de la ciudad

y los barrios populares con la banda de música tocando el himno de Garibaldi, de Mameli y a veces la Marcha Real, seguida por los socios de las sociedades italianas que enarbolaban sus hermosos estandartes de seda con tantas manos entrelazadas, estrellas de Italia y laureles bordados en oro. Luego se organizaban carreras de bicicletas, campeonatos de esgrima, calesitas, fuegos artificiales, gabinetes fotográficos, para culminar siempre con el banquete y el baile para el cual se preparaban primorosos *carnets* donde las jovencitas anotarían ilusionadas los acompañantes para las mazurcas y valses en el salón social.

En los primeros años de este siglo, en la pequeña localidad de Merlo, cuya sociedad se llamaba no por acaso 20 de Septiembre, se verifica un hecho curioso: la celebración de la entrada en Roma coincide con una fiesta religiosa regional. Los representantes de la Iglesia expresaron su disgusto por el gran desfile programado por los italianos para ese día. Como ninguna de las dos partes renunciaba al programa establecido, intervino el intendente para lograr un “compromiso histórico”: los italianos iniciarían la manifestación en la parte opuesta de la ciudad de modo de llegar a la plaza cuando el oficio religioso hubiese concluido. “La presencia de tensiones es consustancial a la fiesta”⁸; estas fricciones, en este caso anecdóticas pero no superficiales, estarán siempre presentes y se agudizarán en situaciones cruciales de la vida de estos dos pueblos.

La fiesta sin ruido, sin estruendo, sin luces, no puede ser considerada tal. Es explosión de alegría y de ideas, es sacudimiento. Un pirotécnico italiano residente en Buenos Aires, Carlo Fantini, promocionaba en 1901 su especialidad (“bombe a tre colori, a salve, girandola alla romana, bengale”) con este poco convencional lenguaje publicitario: “*Sono ormai trent'un anni che fra il rimbombar di cannone e i maestosi rintocchi della campana della torre capitolina sulla storica breccia di Porta Pia sorgeva il vessillo tricolore, simbolo di redenzione, di libertà, di progresso... Il 20 settembre 1870 segnava il principio di una nuova era... del'era dei martiri del pensiero succedeva quella dei trionfi della scienza sull'ignoranza, della luce sulle tenebre, della ragione sulla superstizione*” (sic).

20 de Septiembre, libre pensamiento y socialismo

Los distintos grupos políticos se apropiaban del 20 de Septiembre como símbolo de la patria unida a construir, y con la cual había que comprometer no sólo a los italianos que vivían en la península, sino también a los cientos de miles que la “gran desheredada” había esparcido por el mundo. También era una ocasión para la propaganda de los partidos obreros, para manifestar el empeño en la lucha por la libertad de pensamiento, por una educación laica y por el mejoramiento material y espiritual de las clases subalternas. Se organizaban de este modo conferencias, banquetes, no sólo dentro del ambiente italiano, y éste es un dato interesante, con el propósito de reunir fondos para

la defensa y difusión de la escuela laica, la fundación de bibliotecas populares barriales y en los pueblos, en una tarea sin descanso para lograr una sociedad de hombres libres de prejuicios y de ignorancia.

En septiembre de 1902 se encontraba en Buenos Aires Dino Rondani, diputado socialista italiano, invitado por el Partido Socialista argentino y por el grupo italiano Avanti para desarrollar actividad proselitista y colaborar en la resolución de conflictos sindicales. En ocasión de una entrevista publicada por *La Vanguardia*, Rondani destacó el carácter popular de la celebración e invitó a conferir un valor democrático anticlerical al 20 de Septiembre, “*persuadiendo al pueblo de que los prejuicios religiosos son las consecuencias de la miseria material e intelectual, contra las cuales es menester combatir, no sólo el 20 de Septiembre, sino durante los 365 días del año*”⁹.

El Primer Congreso del Libre Pensamiento tuvo como sede Roma en septiembre de 1904. Dos años después Buenos Aires confirmaba su importancia como centro cultural mundial al ser elegida sede del Tercer Congreso; el segundo se había realizado en París. Llegaron a Buenos Aires más de trescientos delegados del exterior y de las provincias argentinas. El 20 de septiembre se inauguran las sesiones en el teatro Argentino con los sonidos del *Himno de Los Trabajadores* y *La Marsellesa*. Los temas puestos en discusión superaron el tratamiento teórico para volcarse a una temática social de absoluta actualidad, desbordándose los límites más estrechos que ciertos sectores de la masonería, como organizadores del evento, hubieran querido conferirle. Los oradores de tendencia socialista y anarquista aprovecharon la ocasión para exponer sobre la educación laica, la separación de la Iglesia y el Estado, para condensar el militarismo y la reaccionaria ley de residencia contraria a los inmigrantes, y también para combatir la gran propiedad agraria, factor del retraso político y económico en la República Argentina¹⁰.

Dos descollantes presencias femeninas contribuyeron a dar mayor relieve al encuentro: la anarquista española Belén Sárraga y la argentina Alicia Moreau. La Sárraga exigió desde la tribuna la igualdad de oportunidades para las mujeres y se manifestó a favor de la liberación femenina, del amor libre y del divorcio¹¹. Alicia Moreau inició, ese 20 de septiembre, su larga vida política en el socialismo. En su intervención defendió la escuela moderna basada en la ciencia experimental, en la razón, “ya que nada podía asegurar un futuro libre y democrático si no se echaban las bases de un sistema educativo popular”¹². Fue una declaración de principios y una tácita defensa de Francisco Ferrer, en ese momento detenido en España acusado del atentado contra Alfonso XIII; y al que luego cerrarían escuelas por él fundadas.

Como lo recuerda Alicia Moreau, de este congreso donde convergieron tantas mujeres empeñadas en la lucha por los derechos femeninos nació el primer Centro Feminista del país¹³.

La vida social argentina mostraba en las primeras décadas del siglo una apreciable

multiplicidad, creatividad e impulso en la búsqueda de nuevas formas sociales y políticas. Es siempre estimulante el análisis en sede histórica de los factores y momentos del debilitamiento de esta característica.

El cincuentenario de la capitalización de Roma se celebra en 1911 en Italia con imponentes exposiciones en Turín, Roma y Firenze; la inauguración del monumento a Vittorio Emanuele en Plaza Venecia y del faro sobre el Gianicolo donado por los italianos residentes en Argentina a instancias de Francesco Filippini. El faro reproducía la bandera italiana con sus tres haces de luces blanca, roja y verde.

El momento histórico cargará de particular sentido la conmemoración: es el auge del liberalismo italiano y del colonialismo en África. Estalla la guerra en Libia y un nacionalismo guerrero va conquistando muchas mentes y voluntades dedicadas antes a ideas más altruistas.

En el mes de septiembre los ánimos italianos y argentinos están sensibilizados por el tema de la inmigración, la cuestión de las nacionalidades y la declaración de la guerra ítalo-turca. El reino de Italia ha desaconsejado la emigración hacia la Argentina aduciendo la protección de sus súbditos, aunque Juan B. Justo lo interpreta como la preservación de una masa de futuros soldados disponibles para la guerra colonialista. El gobierno argentino responde presionando a las compañías navieras para que aumenten al doble las tarifas de retorno a Italia¹⁴.

Por iniciativa del periódico *El Progreso* de la Boca se organiza una gran manifestación pública para conmemorar el 20 de Septiembre en un barrio impregnado de sentimientos italianos y cultura liberal. La gran manifestación de 10.000 personas recorre las principales calles, están presentes los bomberos voluntarios, la banda de la Sociedad Italiana y Cosmopolita Verdi y las asociaciones italianas a banderas desplegadas, la Ligure, Figli della Sicilia, Loggia Garibaldi, Figli d'Italia y los alumnos de la Escuela Laica. Al llegar a plaza Senguel, hoy Benito Pérez Galdós, la manifestación se detiene y escucha a Alfredo Palacios y Antonio Zaccagnini¹⁵, que desde los balcones de la Verdi se refieren a la significación histórica del acto, observando Palacios la ausencia de las banderas socialistas por la vigencia de las leyes represivas.

Los centros socialistas de Quilmes, Avellaneda y Río Cuarto organizan actos similares. Para no desmentir el principio de que no hay fiesta sin tensión, sin el ejercicio de las pequeñas venganzas, los italianos de Coronel Pringles se van a tocar el himno de Garibaldi frente a la iglesia y la escuela de monjas del pueblo¹⁶. Pero no se olvidaban de que la alegría era también dar y compartir¹⁷.

En incontables ciudades –Rosario, Santa Fe, Pigué, Mar del Plata, Junín– como en los pueblitos del interior se conmemoró la fecha con discursos, desfiles, bandas de música, bailes. En Río Cuarto hasta se declaró feriado. El pueblo suspendía la rutina del trabajo ante la fiesta. Si ésta era italiana o no, poco importaba, la alegría era patrimonio de todos, no obstante las rencillas o las grandes discordias. El centro pueblerino se

inundaba de contagiosa música mediterránea; había baile, teatro, con la posibilidad de intercambiar ideas, risas, de combatir la soledad y el aislamiento del campo, de entretejer nuevas amistades, afectos.

Para este 1911 las fiestas duraron tres o cuatro días. Para la *élite*, en las sedes sociales, para todos, en las calles iluminadas por los fuegos artificiales. Hasta carreras de caballos y asado con cuero popular hubo, en un interesante ejemplo de “sincretismo cultural”¹⁷. En Morteros, Córdoba, disfrutaron de esta típica comida criolla: “*pel quale olocausto furono sagrificate giovenche ed agnelli dei Signori Vaizi, generosi donatori*”.

Pero siempre la diversión iba de la mano con el compromiso ideológico. En la misma Morteros se pone ese día la piedra fundamental de un jardín infantil, Roma Intangible, y se plantan varios eucaliptos con el nombre de Dante, Mazzini, Giordano Bruno, Cavour, Garibaldi y Vittorio Emanuele. En la ciudad de Santa Fe se inicia una suscripción para Cerbo, el connacional asesinado por la policía de San Carlos Centro “*per dimostrare al meno in questa forma (poiché giustizia non si è fatta e non si farà giammai) tutto il nostro dolore per il connazionale spento e perché sia di monito ai suoi uccisori*”.

En todas las conmemoraciones registradas¹⁸, las distintas colectividades extranjeras (española, suiza, francesa) participan cediendo los salones o en el desfile. Aun en el momento de la declaración de la guerra ítalo-turca la sociedad turca de Rufino, Santa Fe, marcha en honor del *Risorgimento*. Es que el 20 de Septiembre intentaba no sólo la superación de los regionalismos italianos sino también la de los nacionalismos o patriotismos excluyentes y exaltados.

En la fiesta se aunaban los objetivos de una *élite* política y social que buscaba la concreción de un Estado italiano unitario, aún mítico, inexistente en la realidad, y la manifestación popular deseosa de alegría, de pequeñas venganzas, de mostrar sus tradiciones. Cada uno tenía su fiesta; el banquete, el baile, la manifestación eran los distintos ámbitos en que cada grupo festejaba su fiesta. Algunos eran conscientes de la separación de objetivos y de sede, otros se ilusionaban con la realidad de una fiesta unitaria, diluyente de conflictos.

El antifascismo

Como hemos visto, la colonia italiana en Argentina se distinguió por su participación política y por asumir un rol activo en la vida sindical. Esta característica será un factor determinante en la creación del extendido movimiento antifascista que se desarrolló tanto en Buenos Aires como en algunas ciudades de provincia y en constante ligazón con Montevideo. Inmediatamente después de la llegada del fascismo en Italia se producen manifestaciones contrarias al régimen y la reconstrucción de los partidos políticos italianos en el exilio. La actividad de oposición al régimen mussoliniano

abarcó también a las sociedades italianas mutualistas y regionales, la masonería, las ligas por los derechos del hombre y los frentes antifascistas. Un amplio abanico ideológico que abarcaba desde los sectores más radicalizados de anarquistas, comunistas y socialistas, pasando por los grupos liberales, masones y reformistas, y los republicanos²⁰.

El 20 de Septiembre se convierte así en una fecha clave para programar actos de protesta, manifestaciones y sensibilizar a la colectividad italiana y a la argentina sobre la situación política en la península. El asesinato de Giacomo Mateotti moviliza a los distintos grupos antifascistas para organizarse y reactivar la oposición.

La unión de las fuerzas antifascistas italianas, en abril de 1927 en París, es seguida en Buenos Aires por la constitución de la Alleanza Antifascista que congregaba a republicanos, socialistas y comunistas italianos en una acción política común contra el régimen. La atmósfera de libertad que gozaba la Argentina en ese momento y la esperanza de éxito de una lucha unificada contra Mussolini dieron particular brillo al festejo del 20 de Septiembre de ese año en un ambiente ya sensibilizado por la inauguración del busto de Mateotti en la Casa del Pueblo, ante una manifestación de 25.000 personas. El Partido Socialista argentino ofrece la Casa del Pueblo para que la Alleanza Antifascista conmemore la fecha. Los discursos citados por *La Vanguardia* traslucen distintas interpretaciones del fascismo dentro de la izquierda así como también una diferente valoración de las causas y las posibilidades de derrotarlo.

Mientras Enrico Pierini, director de *L'Italia del Popolo*, calificaba el fenómeno fascista “*como una consecuencia pasajera de los trastornos psicológicos causados por la guerra*” y decía que esta situación “*no puede prolongarse indefinidamente porque es imposible resucitar en el siglo XX métodos, ideas y costumbres que han caído para siempre*”, el diputado argentino por el PS, Enrique Dickmann, no se mostraba tan optimista: “*la famosa breccia de Porta Pia no significó de ninguna manera una revolución. Con el 20 de septiembre todo quedó en Roma como antes y en vez de un rey hubo dos*”, y agregó: “*Italia está actualmente sobre un volcán, la próxima revolución que indudablemente se prepara, terminará con la trágica farsa actual. Así como la revolución rusa instaló su gobierno en el Kremlin, el proletariado italiano desalojará al intruso que ocupa el Vaticano y se instalará en él*”. Por su parte Rodolfo Ghioldi, miembro del Partido Comunista argentino, pronostica que “*el proletariado dejando sus luchas bizantinas y estériles se une para derrotar la opresión que pesa sobre él*”.

Habló también en italiano Giuseppe Tuntar “*abundando en conceptos históricos relativos a la fecha que se conmemora y condenando, al terminar, la oprobiosa tiranía que pesa sobre la península italiana, con palabras elocuentes y sentidas*”. El acto terminó con la “*ofrenda de flores rojas a Mateotti entre cantos revolucionarios y vivas a los mártires de la libertad*”²¹.

El Partido Socialista dei Lavoratori Italiani (sezione Mateotti) distribuyó un volante dirigido a los argentinos, libres conciudadanos de Rivadavia y Sarmiento, adhiriéndose

de este modo a la línea liberal de la historiografía argentina²². En el documento se hacía un llamado a la acción conjunta y solidaria: “*Argentini! Gli italiani liberi rievocano oggi, con amore e con dolore, tutte le menti più elette, tutti i caratteri più nobili della gloriosa stirpe... Egli geme ora sotto la tirannia, ma freme e anela l'ora della vendetta che la simpatia del Popolo argentino, quando verrà l'ora tanto attesa, sia con quelli che ancora una volta si daranno in olocausto per rompere le catene della schiavitù che in nome del Geova furono ribadite... in questo triste Venti Settembre, giuriamo che daremo tutta la vita perché l'onta senza nome non duri più a lungo*”.

La actividad antifascista hubiera sido imposible si no se hubiera contado con el apoyo de los partidos políticos argentinos, de muchos intelectuales y el movimiento obrero. Es una constante del exilio la búsqueda del apoyo en los países huéspedes para dar seguridad a los militantes, combatir el aislamiento y la actividad en este caso de la embajada italiana y de los grupos simpatizantes o partidarios del fascismo, que presentaban a Benito Mussolini como el reivindicador del honor italiano. Los militantes antifascistas tuvieron que desempeñar una intensa actividad esclarecedora, en los distintos países de inmigración, para combatir el prejuicio antiitaliano que desembocaba en una interpretación superficial y anecdótica del fascismo como el único remedio para un pueblo “díscolo y atrasado” como el italiano.

Con la firma del Tratado de Letrán, en febrero de 1929, la conmemoración del 20 de Septiembre fue suprimida por el Estado italiano. Un vasto sector de la colectividad italiana respondió dando un carácter cada vez más opositor a la fiesta, en algunos casos declarándola fiesta oficial de la entidad social. La sociedad Colonia Italiana de Buenos Aires invita “*alla gran festa sociale che in commemorazione della fausta data XX settembre avrà luogo sabato 21 cte... Considerata l'importanza della ricorrenza che per prima volta celebriamo con carattere di Festa Ufficiale della Società abbiamo la sicurezza del suo entusiasta intervento*”. La orquesta ejecutaría sólo el himno argentino y el himno de Mameli, pues los disturbios que se producían cada vez que se tocaba la marcha real desaconsejaban incluirla en programa, aun entre aquellos grupos más moderados. La división entre la Italia oficial y la Italia emigrante se profundizaba. Los italianos en el exilio se consideraban los únicos herederos del *Risorgimento* y acentuaban la acción dentro de las sociedades mutuales para evitar que las comisiones directivas pasaran a manos de fascistas. De esta manera se ampliaba el radio de acción y de propaganda a sectores más amplios de la colectividad y contrarrestaban las directivas de Benito Mussolini de infiltrar funcionarios y fiduciarios del régimen en las asociaciones.

La línea histórica *Risorgimento-Antifascismo* se reforzaba ahora que el régimen había renunciado a la conmemoración de la fiesta, resultando casi proféticas las palabras de Giuseppe Còppola, del Partido Socialista italiano, el 20 de septiembre de 1927 en el acto de la Casa Suiza: “*...in questo V anno dell'era fascista (come loro*

dicono) la commemorazione del XX settembre è andata diventando sempre più un rito caro ai così detti rinnegati. No, mercanti e rigattieri furono loro, da Mazzini a Matteoti la più genuina espressione di Roma saremo noi, in un prossimo futuro, i rivendicatori del XX settembre, della Italia di tutti gli Italiani!"²³.

La situación democrática argentina peligraba. El “modelo Mussolini” entusiasmaba a la oligarquía terrateniente deseosa de poner “orden” como también a algunos intelectuales seducidos por la mística de un hombre fuerte, carismático, que barriese lo que ellos consideraban la mediocridad e intranscendencia de la vida democrática²⁴. El golpe de Estado de Uriburu rompió de manera traumática el proceso de democratización de la Argentina. Las fuerzas políticas de oposición, hasta el momento combativas pero ya laceradas por disensiones internas, no fueron capaces de construir un movimiento contrario al gobierno *de facto* y a la suspensión de las garantías constitucionales. Ni siquiera el movimiento obrero argentino respondió con una movilización masiva y contundente²⁵. Pero hubo una excepción: la Agrupación Libertaria de Obreros y Estudiantes intentó una rebelión contra el golpe y dio a conocer su documento sugestivamente fechado el 20 de septiembre de 1930 en La Plata. Es un largo y analítico texto donde después de calificar al gobierno de Uriburu no sólo de conservador sino de “francamente reaccionario, lo que en otras partes se conoce con el nombre de fascista...”, llama a la “necesidad de reaccionar... porque los sistemas de rigor son peligrosos para todos y conviene reaccionar antes de que sea tarde”.

La reacción y persecución policial desatada, más el “apoliticismo” de ciertos sindicalistas, impidieron la acción en defensa de las libertades. Las organizaciones selectivamente golpeadas por la reacción nacionalista-militar fueron obviamente las anarquistas, comunistas y socialistas, como así también los grupos italianos de esa tendencia.

Cientos de dirigentes y militantes sufrieron la cárcel, la tortura, el presidio de Ushuaia y el exilio. Los casos más dolorosos se producen con la aplicación de la ley 4.144, de residencia, y la consiguiente entrega de los militantes con procesos pendientes en Italia a las cárceles de Mussolini²⁶. Lino Barbetti, Giacomo Barca y Salvatore Cortese, y tantos otros, conocerán el confinamiento en las islas; otros logran refugiarse en Montevideo: Ermacora Cressatti, Aldo Aguzzi, Antonio Destro y el mismo Hugo Treni, quien va a ser luego expulsado de Uruguay y compartirá la prisión en la isla de Ponza con Sandro Pertini y Paolo Schicchi.

El golpe del 30 marca una restricción de la actividad política y sindical para los argentinos y los extranjeros, con especial peligro para los italianos y los españoles si se les aplicaba la ley de residencia. Pero las elecciones fraudulentas de noviembre de 1931, con el triunfo de Agustín P. Justo como presidente, permiten un reacomodamiento en la lucha y reconquistar espacios lentamente, tanto en las sociedades mutuales como en los partidos políticos y sindicatos.

El año 1934 es importante para la reactivación de la actividad antifascista. En el verano europeo se había concretado el pacto entre socialistas y comunistas que llevó a la formación del Frente Popular antifascista, y en estas playas coincide con una relativa disminución de la represión. Nuevamente el 20 de Septiembre es aprovechado para la propaganda contra “las dictaduras”, y la proximidad del Congreso Eucarístico refuerza su contenido de crítica a la institución católica, ya que la oposición interpreta esta gran manifestación de fe y la llegada del cardenal Eugenio Pacelli como un respaldo de la Iglesia a los gobiernos ilegítimos surgidos del golpe de Estado militar.

La Unione e Benevolenza recibe en sus salones al socialista Nicolás Repetto y, junto con la Colonia Italiana y la Casa del Pueblo, reúnen a más de dos mil personas. *“La R. Ambasciata di Buenos Aires ha comunicato quanto segue: Anche questo anno le frazioni estremiste ed i gruppi demosocialmassoni italiani, spalleggiati da entità affini argentine, hanno commemorato la ricorrenza del XX settembre con conferenze e comizi ai quali è stato dato uno spiccato carattere anticlericale e antifascista... Nessuna figura degna di rilievo: popolo minuto ed ignorante”*²⁷.

En tanto en Bahía Blanca el intendente socialista de la ciudad, Agustín de Arrieta, había protegido las manifestaciones, se había hecho propaganda por radio y en el Círculo Liberal había hablado el escritor Mario Mariani. Ya en 1934 la embajada italiana interpretaba este reverdecer antifascista como surgido *“dai segreti delle logge alimentate da denaro giudaico”*²⁸.

Como ya se ha dicho, el año 1934 marcó un cambio positivo con respecto a la actividad antifascista después de un período de parálisis ocasionado por la profundización de la crisis económica, la subsiguiente caída de la actividad gremial y política más el ascenso del fascismo en Europa. El año 1935 se caracteriza por una profunda desazón entre los militantes progresistas en general. El régimen ha proclamado el Imperio y la conquista de Etiopía, haciendo uso de un ditirámrico discurso nacionalista y patriota que encontraba más oídos atentos de lo que era augurable, no sólo en Italia sino entre los emigrados. La reivindicación de la Italia proletaria, la eterna defraudada, se mezclaba con la siempre esperada reivindicación de la tierra y el trabajo para todos. Nuevamente muchos confundían el honor de la patria con la conquista. Fue quizás uno de los momentos más tristes, especialmente en el exilio, la defeción de tantos, el avance ineluctable del fascismo a nivel mundial y las dificultades crecientes para combatir el discurso nacionalista del régimen. Pero pronto la guerra de España renovó las esperanzas²⁹ a través de la urgencia de la solidaridad con la República, la formación de milicias y brigadas y los preparativos para la posterior lucha liberadora en Italia³⁰.

A través de presiones de la embajada de Italia, el régimen no cesaba de tratar de infiltrarse en las sociedades italianas para crear un consenso en la colectividad en el exterior o, por lo menos, fomentar disensiones en aquellos grupos irreductibles. Las sociedades mutuales que mantenían su fe democrática eligieron el 20 de septiembre de

1938 para constituir la Federación de Sociedades Democráticas en la República Argentina, extensible a otros países de América, tomando de esta manera distancia y aunando esfuerzos para contrarrestar la Federación de Sociedades Italianas al Plata, de tendencia fascista.

Los objetivos de esta federación democrática se desprenden de su estatuto, que dispone nuclear a las sociedades inspiradas en los grandes principios de libertad y democracia dictados por la Constitución argentina. En el artículo tercero se propone representar a la colectividad italiana, difundir sus derechos y reforzar los vínculos de fraternidad entre los italianos y el pueblo argentino. En el aspecto ideológico insiste en reavivar el fervor democrático de la colectividad y sus fiestas serían “*el 25 de Mayo, celebración argentina, el 2 de Junio y el 20 de Septiembre*”.

Nuevamente el 20 de Septiembre era ungido como símbolo de unidad, de defensa de la libertad y la democracia, como exigencia a los hombres libres del cumplimiento de una misión histórica.

En agosto de 1939, con la reacción expandiéndose a nivel internacional y con graves denuncias de actividades pronazis y fascistas actuantes en el seno de las instituciones argentinas, el Concejo Deliberante de Buenos Aires, a propuesta de los concejales socialistas, vota por unanimidad homenajear a la colonia italiana y a su país de origen, dando el nombre de 20 de Septiembre a una calle de la Boca, a cien metros de donde culminara aquella manifestación de 1911. Decía Iñigo Carrera en el momento de la sanción: “...*el 20 de Septiembre vive en el sentimiento italiano y en el de todos los hombres libres de la tierra. Niega el loco intento de borrar la historia y coincide con el pensamiento libre que ilumina en toda su trayectoria a nuestra propia historia nacional*”³¹.

Durante los largos y tristes años del fascismo los exiliados italianos, españoles y alemanes se asociaban en manifestaciones contra las dictaduras augurando un renacer de la democracia en el mundo.

El 20 de septiembre de 1939, en el salón Unione e Benevolenza estaban todos, pero no podía haber ambiente de fiesta. El triunfo del franquismo poniendo un trágico fin a la República Española no era sólo una derrota más ante el ahora avasallador nazifascismo, sino que había producido en el frente antifascista profundas desinteligencias entre anarquistas, socialistas y comunistas. La reciente firma del pacto de no agresión entre Alemania y la Unión Soviética sumió en el desconcierto a gran parte de la izquierda, principalmente a los comunistas. La acción unitaria de la izquierda, tan trabajosamente lograda y que sobrevivía malamente después de la experiencia española, recibía el golpe de gracia. El retroceso del movimiento antifascista era general. La desazón, el miedo, la angustia de exiliados y argentinos se acrecentaban no sólo por la situación bélica internacional sino porque la enfermedad del presidente Ortiz ampliaba los poderes del vicepresidente Ramón S. Castillo, representante del conservadorismo y

con simpatías por el Eje.

"La Federazione delle Società Democratiche Italiane ha voluto anche quest'anno, per non venire meno alle sue tradizioni, commemorare la ricorrenza del XX settembre, ove si erano riunite circa 300 persone in maggioranza italiani. Avevano dato la loro adesione le seguenti associazioni regionali e mutualistiche: Mutualità ed Istruzione, Colonia Italiana, La Nuova Dante, Liber Piemonti; Unione Marchigiana, Unione Operai Italiani di Villa Devoto, Società Italiana Toscana di Aiuto Mutuo, Alleanza Sarda, Loggia I Figli d'Italia, Circolo Gioiosa Jonica, Venezia Giulia, Società Giuseppe Garibaldi di Ciudadela, ecc."³².

La reunión que terminó a medianoche fue cuestionada por "expertos": el servicio informativo de la embajada italiana y la sección Orden Social de la policía argentina³³.

El mismo control se reproduce en 1940, pero posiblemente el servicio informativo haya estado más entretenido porque esta vez, en los salones de la Colonia Italiana, hubo banquete, una representación por la Compagnia Filodrammatica Antifascista y baile hasta la madrugada. Pero aparte de la diversión, los discursos reclamaron que el pueblo italiano pudiera liberarse de la tiranía y el ex diputado italiano Fernando Garosi remarcó que la celebración del 20 de Septiembre correspondía a los italianos libres y no a los fascistas. Ernani Mandolini invitó a los italianos a superar rencores y disensos y unirse en la Federación Democrática³⁴.

El pedido de los comunistas de entrar a formar parte de Italia Libre, en junio de 1941, produce graves disensos internos que también son apreciables en el seno de la Federación de Sociedades Democráticas Italianas. Nuevamente se elige el 20 de Septiembre para hacer un llamado a la unidad y fraternidad ideológica, como lo documenta el número especial de la revista *Risorgimento*, órgano de la federación. Hay un reproche explícito de la redacción a los grupos divisionistas: "*Degli intellettuali italiani democratici a collaborare a questo numero di Risorgimento, pochissimi furono coloro che risposero affermativamente*". La nota editorial firmada por Giuseppe Parpagnoli es una declaración de principios unitarios y una decidida apelación a la acción común contra el nazifascismo: "*I forti, i buoni e gli onesti che intendono militare nell'esercito dell'azione, debbono rassegnarsi ad abbandonare, fino a vittoria raggiunta i particolarismi dottrinari. Senza odiosi esclusivismi per la lotta inesorabile contro il nemico comune e per la Rivoluzione redentrice*"³⁵.

Era una unidad difícil de lograr, tanto por las profundas heridas dejadas por el exilio como por la guerra civil española y los intereses particulares de cada grupo. En el orden más estrecho de las colectividades italianas y argentinas se entrecruzaban sentimientos patrióticos o nacionalistas hacia la Italia invadida y los sentimientos antiimperialistas que confundían la comprensión de este particular desafío histórico.

En el seno de la federación habían ganado espacio los comunistas y los grupos de

izquierda favorables a la unidad de acción. Se desprende de los artículos enaltecedores de "quella Russia che fa stupire col suo tragico eroismo un mondo basato sulla ipocrita cultura dei tecnici e dei mercanti"³⁶, como también del artículo de Albano Corneli en el cual sostiene la tesis de que las repúblicas nacidas de la primera guerra mundial habían sido liquidadas por las naciones vencedoras, que además esperaban armar al nazifascismo para liquidar a Rusia³⁷.

La posición de la Federación Democrática había ido más allá del sujetarse a la Constitución liberal argentina de 1853: se pronunciaba por un llamamiento a la unidad antifascista para proyectarse en una acción de profundo cambio social y económico.

La Constitución republicana y el 20 de septiembre

La resistencia había finalmente mancomunado a todos en la lucha por la libertad, formándose luego un Comité Nacional por la Liberación que abarcaba desde la democracia cristiana, los socialistas y republicanos hasta los comunistas. Pero restablecida la paz, en medio de una Italia devastada por la guerra y aún peligrosamente dividida entre antifascistas y filofascistas, la unión no pudo durar: el primer episodio de ruptura fue la caída del gobierno Parri en noviembre de 1945.

No obstante la aspereza del debate político, la pobreza y la inquietud social extendidas en la península y el apretado triunfo de la fórmula republicana, la Asamblea Constituyente continuó funcionando para dar cumplimiento al objetivo del *Risorgimento*: la unidad nacional bajo la forma republicana.

Es precisamente en el delicado tema de las relaciones entre el Estado y la Iglesia donde estallan nuevos conflictos y se llega al compromiso característico de la vida política italiana de posguerra entre la democracia cristiana y el Partido Comunista, con la inclusión del artículo séptimo de la Constitución, reconociendo al catolicismo la categoría de religión de Estado y la vigencia del Pacto Lateranense para la regulación de las relaciones entre la Iglesia y el Estado³⁸.

La vigencia del Pacto Lateranense excluía nuevamente el 20 de Septiembre como fiesta nacional; obviamente esto fue sentido como un rudo golpe por los partidarios de una total renovación de la política italiana, a pesar de que la sociedad se deslizaba hacia soluciones de centro, como lo demostraban las elecciones por la Constituyente y las del 18 de abril de 1946 para el primer parlamento republicano.

La sección Buenos Aires de la Asociación Italiana Libre aprobó una severa declaración sobre el particular: "Con profondo dolore abbiamo appreso che il Parlamento italiano ha soppressa la festa nazionale del XX Settembre..., come ricorrenza della compiuta unità morale d'Italia, mediante la occupazione della sua capitale, non può essere abolito senza offendere la memoria di tutti coloro che durante il Risorgimento lottarono e morirono per la patria italiana... esortiamo gli italiani

*dell'Argentina a mantenere viva nel loro cuore la fiamma del XX Settembre; a commemorare questa data gloriosa il cui nome esse hanno dato a molte delle loro associazioni ed a lavorare intensamente affinché venga presto universalmente applicato il principio: libertà per tutti, privilegi per nessuno*³⁹.

La celebración se conservó en los ámbitos cada día más reducidos de las viejas asociaciones italianas. Nuevas agrupaciones surgieron respondiendo a las necesidades de la oleada inmigratoria de la posguerra, portadora de características culturales muy diversas a las de la tradicional inmigración. Se había producido un cambio profundo en el juego de fuerzas internacionales. En el aspecto interno, la Argentina se volcaba a una etapa económica de industrialización acelerada, proyecto que aprovechaba y profundizaba los cambios sociales y económicos que se venían desarrollando desde la crisis del 30. Era el fin de la Argentina de la inmigración. En el aspecto cultural, reflejo de una situación política dominada por el peronismo, prevalece un discurso nacionalista que deja poco espacio al pluriculturalismo. Existe un paralelo entre el desarrollo de esta cultura etnocéntrica y el fortalecimiento de un Estado intervencionista, que históricamente tiende siempre a la homogeneización.

Entonces, en la decadencia de la fiesta confluyeron la particular coyuntura argentina, el compromiso político en Italia que la excluía como celebración, más una mutación profunda en el componente humano de la inmigración italiana. No podemos tampoco dejar de considerar la transformación de la vida pueblerina y barrial afectada por los cambios sociopolíticos y económicos de la Argentina de posguerra.

La celebración del 20 de Septiembre había sido una forma para los italianos de insertarse en la realidad argentina pero no aceptándola pasivamente, tal cual era, sino transformándola. Para el historiador esta fiesta constituye un interesante observatorio de las fuerzas sociales y de los cambios dentro de la sociedad italiana y argentina en su conjunto.

Notas

1. Muchas reflexiones de este artículo son deudoras de George L. Mosse, *La nazionalizzazione delle masse*, Bologna, 1975, y Michel Vovelle, *Ideología y mentalidades*, Barcelona, 1985.
Este artículo no hubiera sido posible sin mediar mi trabajo en el archivo Unione e Benevolenza, de Buenos Aires, en el ámbito de la investigación sobre "Inmigración italiana de trabajo y política", dirigida por Renzo De Felice.
Deseo también agradecer al Archivio Centrale dello Stato de Roma y al Institute for Social History de Amsterdam el haberme permitido consultar sus valiosos fondos documentales.
2. En Uruguay, hasta el mensaje del presidente Feliciano Viera del 17/9/1915 dice: "justifica plenamente en este caso la declaratoria de feriado la circunstancia de que la numerosa población italiana [...] se propone celebrar el próximo aniversario de la entrada de las tropas de Garibaldi en Roma". En *Garibaldi*, publicación de la Asociación Cultural Garibaldina de Montevideo, año 1, núm. 1, 1986, p. 12.

3. George L. Mosse, *op. cit.*, p. 108.
4. Publicaciones citadas por Carlos Rama en "La stampa periodica nell'America Latina", *Movimento operaio*, VII, Milano, 1955.
5. Tulio Halperín Donghi, *Para qué la inmigración. Ideología y política inmigratoria*, Kohn Wien, 1976, p. 461 y otras.
6. *La Nación*, Buenos Aires, 19 de junio de 1904.
7. George L. Mosse, *op. cit.*, p. 139.
8. Michel Vovelle, *op. cit.*, p. 189.
9. *La Vanguardia*, Buenos Aires, 20 de septiembre de 1902.
10. *La Vanguardia*, del 20 al 26 de septiembre de 1906.
11. Militante excepcional del movimiento agrario andaluz. Dirigió la Federación de Málaga que parece haber contado con 20.000 afiliados. Manuel Tuñón de Lara, *El movimiento obrero en la historia de España*, tomo I, Madrid, 1985, p. 345.
12. *La Vanguardia*, Buenos Aires, 22 de septiembre de 1906.
13. Mirta Henault, *Biografía de Alicia Moreau de Justo*, Buenos Aires, 1982, p. 25.
14. Conferencia de Juan B. Justo sobre inmigración, precisamente el 21 de septiembre de 1911: "Al nacionalismo espurio de la oligarquía, opongamos el nacionalismo obrero, para el cual la nación son los hombres que trabajan en el país en un momento dado", en *La Vanguardia*, Buenos Aires, 29 de septiembre de 1911.
15. Antonio Zaccagnini; nacido en Italia, nacionalizado, llegaría a diputado nacional en 1914 por el Partido Socialista.
16. *La Vanguardia*, Buenos Aires, 3 de octubre de 1911.
17. En Pergamino, la colectividad italiana decide repartir víveres a los pobres. *La Vanguardia*, 25 de septiembre de 1911. La panadería La Alsaciana lo había hecho en los barrios de Buenos Aires en 1902. Abundan ejemplos de distribución de pan y carne.
18. "Perché più che di assimilazione [en la inmigración] ... si deve parlare di sincresi", en Gino Germani, *Autoritarismo, fascismo e classi sociali*, Bologna, 1975, p. 105.
19. Francesco Filippini (ed.), *Agli Italiani nell'Argentina, Cinquantenario di Roma Capitale*, Buenos Aires, 1911.
20. Más datos sobre el movimiento antifascista italiano en María Luján Leiva, *Il movimento antifascista italiano in Argentina*, Bruno Bezza (ed.), *Gli italiani d'Italia*, Milano, 1983.
21. *La Vanguardia*, 21 de septiembre de 1927.
22. "Los socialistas, lo mismo que los anarquistas, debieron sufrir las consecuencias de las persecuciones desatadas a principio de siglo por la oligarquía nacionalista terrateniente, animadora del nacionalismo tradicional, y en esa lucha no les faltaron argumentos". Carlos Rama, *Nacionalismo e historiografía en América Latina*, Madrid, 1981, pp. 96 y 97.
23. *L'Italia del Popolo*, Buenos Aires, 22 de septiembre de 1927.
24. Leopoldo Lugones, *La hora de la espada*, septiembre de 1927.
25. Abad de Santillán, "El movimiento obrero argentino ante el golpe de Estado del 6 de septiembre", *Revista de Historia* 3, Buenos Aires, 1958.
26. Alicia Moreau en un reportaje en ocasión de su centenario: "¿Y los recuerdos más amargos? Aquellos que se producían cada vez que era aplicada la ley de residencia", *La Nación*, 11 de octubre de 1985.
27. Telespresso, núm. 322.996, 14 de noviembre de 1934.
28. *Ibídem*.
29. "Después de todo es de ustedes españoles, es de España, en parte, de donde alguno de nosotros hemos aprendido a tenernos en pie, a aceptar sin desfallecimiento el duro deber de la libertad". Mensaje de Albert Camus a los jóvenes escritores españoles el 19 de julio de 1956, en *Ni víctimas ni verdugos*, Buenos Aires, 1976.

30. "Possiamo valutare la prontezza dell'emigrazione ad adeguare programmi e mezzi per alimentare questo fuoco acceso... per rovesciare in Italia l'attacco al fascismo internazionale", en Stefano Merli, *Fronte antifascista e politica di classe*, Bari, 1975, p. 48.
31. Versión taquigráfica núm. 22 de las Sesiones del Concejo Deliberante, 4 de agosto de 1939.
32. Telespresso della R. Ambasciata núm. 3783/1719 del 26 de septiembre de 1939.
33. "Sonetto spionistico: Perché faccio lo sbirro? E che ci mangio! Sia lode all'amicizia o conoscenti!... Dormo e mangio/ anche sovra i peggiori tradimenti!! Per l'anima di Giuda! E patria e foro/ hanno bisogno (?) della mia presenza". Adetti: "Paraponzi-Ponzi. PO". Buenos Aires, 1943, p. 27.
34. Telespresso della R. Ambasciata núm. 3219/1459. Del 9 de octubre de 1940.
35. *Risorgimento*, año II, núm. 3, Buenos Aires, septiembre de 1941, p. 3.
36. *Ibidem*, p. 8.
37. *Ibid.*, p. 9.
38. "Ci trovammo di fronte a una posizione tale che significava che se i patti lateranensi non fossero stati approvati nel loro assieme, ciò sarebbe stato considerato come l'inizio di una profonda rottura sul terreno religioso, quasi di una guerra di religione". Palmiro Togliatti, *Fascismo e antifascismo*, Milano, 1962, p. 642.
39. Alberto Peccorini, *Il XX settembre e il trattato del Laterano*, Buenos Aires, 1951, pp. 45 y 46.

GARIBALDINO IN GIOVENTÙ, POI CONSERVATORE DELLA RIVOLUZIONE LIBERALE ITALIANA IL PERCORSO DI CORRADO TOMMASI- CRUDELI, SCIENZIATO DELL'OTTOCENTO

Sergio Goretti

Capita che il centenario della nascita o della morte di un personaggio più o meno noto trascorra pressoché nel silenzio, mitigato talvolta da una doverosa celebrazione sul luogo dell'evento, intorno ad una lapide, o ravvivato da un articolo di giornale che dura lo spazio di un mattino. Succede talvolta il contrario: la ricorrenza è l'occasione per una riscoperta del personaggio, per una rilettura delle sue opere, per un'attualizzazione del suo pensiero o della sua azione ed allora la memoria si fa storia e lascia tracce profonde nella cultura di un paese. E' quanto è accaduto a Corrado Tommasi-Crudeli (Pieve Santo Stefano 1834 - Roma 1900), garibaldino, scienziato e uomo politico dell'Italia risorgimentale e postunitaria.

L'occasione del centenario della morte ha spinto l'Istituto di studi storici "Tommaso-Crudeli" di Udine, fondato e diretto da discendenti del Tommasi-Crudeli, a farsi promotore di una serie d'iniziative non solo commemorative ma d'elevato spessore culturale che culminerà a breve con la pubblicazione dell'intero compendio dei discorsi parlamentari pronunciati dall'avo nell'arco di un trentennio, dal 1874 a fine secolo. Ed inoltre siffatto impegno sarà ripagato con la collocazione di un busto marmoreo a Roma, sul colle del Gianicolo, a fianco di quelli degli altri illustri patrioti che hanno fatto l'Italia.

Ma chi fu Corrado Tommasi-Crudeli? Pochi ancora lo conoscono; si rinviene il suo nome più in qualche studio specialistico del campo scientifico indagato dall'allora professore universitario di anatomia patologica e d'igiene o in medalloni biografici dei parlamentari italiani (si veda a proposito il profilo di Anna Appari nel quinto volume de *Il Parlamento italiano*). L'incarico di ricostruire la prima estesa, ancorché non esaustiva, biografia mi venne affidato dal natio Comune di Pieve Santo Stefano in provincia di Arezzo e si risolse nel 1995 con la pubblicazione di un volumetto nel quale tracciavo le tappe fondamentali della vita e dell'opera del loro concittadino, edito col

titolo *Corrado Tommasi-Crudeli. Un garibaldino conservatore della Terza Italia.*

Giovanni Spadolini, insigne storico e già presidente del Senato, autore di pregevoli volumi sulla storia dell'Italia laica e risorgimentale e degli Italiani che contribuirono alla sua costruzione, amava ricordare il forte legame che unisce biografo e personaggi biografati ripetendo il pensiero di Jemolo secondo cui lo storico dialoga sempre con i morti. Ed è in forza di questo dialogo, utile a conservare altresì una memoria storica che molti oggi in Italia vorrebbero dimenticare, che intendo riproporre all'attenzione dei molti italiani che vivono all'estero –in Sudamerica, in Paesi come l'Uruguay, dove bene si coltiva l'idea dell'Italia democratica e liberale dalle origini risorgimentali e si ricordano le gesta di Garibaldi, eroe dei due Mondi– la figura di un garibaldino che portò dai campi di battaglia alle aule parlamentari, dai ristretti confini toscani agli ampi orizzonti europei, l'esempio della coerenza tra pensiero e azione.

Compiuti gli studi in medicina all'Università di Pisa, il giovane medico di famiglia borghese ma non ricca, pur non avendo potuto prender parte attivamente ai moti del 1848-49, s'infiammò nei primi anni della restaurata dinastia dei Lorena in Toscana per la causa italiana ed aderì al cosiddetto "partito piemontese". Era un raggruppamento di liberali delle più varie tendenze che auspicavano ardente mente che si compisse l'unità della penisola e la piena indipendenza dalla soggezione straniera; essi si riunivano clandestinamente in casa dell'uno o dell'altro, a Firenze, e preparavano politicamente il terreno sul quale si infiammerà la rivolta che, pacificamente, alla fine del decennio riuscirà a cacciare definitivamente austriaci e austriacanti dalla terra toscana.

Corrado Tommasi (non ancora Crudeli, perché l'aggiunta del secondo cognome avverrà negli anni successivi) doveva imparare, finiti gli studi, la professione, sin dallora vocata alla ricerca più che all'esercizio del mestiere del padre. E come per altre discipline, chi voleva allora approfondire gli studi e venire a contatto con le innovazioni di un mondo scientifico in evoluzione doveva recarsi a Parigi, per cui la capitale francese lo accolse e lo istruì a dovere sul piano delle conoscenze mediche. Lo accolsero anche i patrioti italiani che colà si erano stabiliti per sfuggire alla repressione dei governi autoritari restaurati.

La corrispondenza di quegli anni con familiari ed amici rimasti a Firenze si infittisce col progredire degli eventi rivoluzionari del '59 e con l'imminenza dello scoppio di quella che sarebbe stata la seconda guerra d'indipendenza italiana. Si nota in queste lettere un ardore ed una passione fortissimi per la liberazione della patria oppressa che lo accomunavano a molti altri giovani desiderosi di tornare nella penisola, di prender le armi e mettere a rischio anche la vita pur di non restare a guardare mentre si udivano i primi colpi di cannone. Chi allora meglio di Garibaldi, di cui erano note le imprese sudamericane e le capacità militari dimostrate dal Rio Grande del Sud alla difesa della Repubblica Romana, poteva essere la bandiera di questi ardimentosi patrioti?

Corrado tornò da Parigi e subito chiese l'arruolamento tra i volontari nel corpo dei

Cacciatori degli Appennini, che però giunse in zona di operazioni quando ormai era firmato l'armistizio di Villafranca. Forte fu la delusione per chi aveva aspirato ad azioni gloriose dover tornare a casa senza aver sparato un solo colpo, ma senza scoraggiarsi troppo perché la fine di quel conflitto faceva intravederne a ruota un altro, quello che avrebbe portato un migliaio di camicie rosse a liberare una volta per tutte il Meridione dagli invisi Borboni.

Azione non disgiunta dal pensiero, abbiamo detto. Ed ecco che al ritorno a Firenze, Corrado Tommasi non rimase inoperoso ad attendere il nuovo appello di Garibaldi bensì avviò l'opera di medico dissettore allo Spedale di Santa Maria Nuova, il laboratorio del neonato Istituto di Studi Superiori e di Perfezionamento ovvero del nucleo scientifico più avanzato in una città che ancora non disponeva di università. Un lavoro duro, passato a dissezionar cadaveri sotto la direzione di Giorgio Pellizzari, per comprendere le malattie e loro cause, ma altamente istruttivo e preordinato alla pratica della sperimentazione, la nuova scienza proveniente d'Oltralpe che in quegli anni segnò una svolta "rivoluzionaria" nella medicina. Sicché rivoluzione scientifica e politica si coniugavano in figure protese ad elevare l'uomo al rango di cittadino di una nazione alla soglia di diventare stato in un'Europa fortemente indirizzata sulla via del progresso.

Non solo attività di studio e ricerca, ma anche attenzione alle cose della patria caratterizzarono i primi mesi del 1860 trascorsi dal dottor Tommasi a ricercare proseliti per Garibaldi, a contattare persone ch'egli sapeva desiderose di agire nell'imminente impresa di Sicilia. Una lettera da lui indirizzata a Giuseppe Dolfi, il fornaio fiorentino amico di Mazzini e di Garibaldi la cui casa e bottega erano tollerati luoghi di ritrovo e di raccolta di volontari, conferma l'esito positivo della chiamata a raccolta di un gruppo di duecento giovani condotti a Calambrone presso Livorno per l'imbarco. Missione compiuta, dunque, per organizzare quella schiera di volontari che formarono il Reggimento comandato da Vincenzo Malenchini, salpato sul "Franklin" il 9 giugno del 1860 alla volta di Palermo. Missione ancora da compiere quella del capitano medico Tommasi per concorrere a liberare l'isola e l'intero Meridione ed unirla alla nascente Italia.

Due nomi di battaglia segnarono il percorso garibaldino in Sicilia del Nostro: Corriolo e Milazzo. La prima battaglia fu dallo stesso protagonista raccontata nei particolari in lettere rinvenute in archivi fiorentini, la seconda venne narrata da Giuseppe Bandi ne "I Mille da Genova a Capua": in entrambe emerge il coraggio e la determinazione di quei giovani votati al sacrificio anche estremo pur di raggiungere lo scopo in un tutt'uno col Generale Garibaldi che comandava i volontari in camicia rossa. Al Faro di Messina avvenne il ferimento del Tommasi ed altri a seguito di una cannonata sparata da navi nemiche; presto ripresosi proseguì col reggimento Malenchini verso Napoli ed il primo ottobre i documenti lo indicano tra i soldati alla battaglia del

Volturno mentre era ancora presente nei combattimenti sotto Capua il 29 ottobre 1860. La medaglia d'argento al valor militare e la nomina onorifica a maggiore di fanteria chiusero con onore e soddisfazione quell'avventura che avrebbe segnato la personalità del medico pievano in termini di altruismo e rigore morale e rafforzato in lui la convinzione che l'unità per la quale aveva messo a repentaglio la vita non poteva esser ridiscussa, che l'Italia e le sue istituzioni andavano tutelate in ogni sede, che occorreva lavorare per il miglioramento morale e materiale degli italiani.

Quale migliore strumento per giungere a questi traguardi se non la scienza e quale scuola ideale per formare se stessi e gli altri alla pratica democratica se non la massoneria? Ecco dunque le due direzioni, convergenti nei fini, verso le quali Corrado Tommasi si orienterà dopo la fine del periodo "eroico". Non invece la politica: troppo fluido il corso degli eventi che videro lo scioglimento dell'esercito meridionale e con esso la trasformazione del garibaldinismo in movimento d'opposizione sempre più radicale nei propositi e sensibile alle idee repubblicane. Sordo all'appello del Generale che lo spingeva a riprendere contatti col Dolfi per preparare la campagna per la liberazione di Roma e Venezia, lui fedele alla monarchia costituzionale non mancò però di accorrere al letto di Garibaldi dopo la ferita sull'Aspromonte ed a prodigarsi nei consulti con gli altri specialisti chiamati a dir la loro sull'estrazione o meno della palla sparata dai soldati del regio esercito.

Gli anni immediatamente successivi furono prevalentemente dedicati alla ricerca scientifica nel campo dell'anatomia e della fisiologia ed alla pratica di laboratorio prima a Firenze, poi a Berlino e di nuovo nel capoluogo toscano dove ottenne l'incarico di professore straordinario di istologia patologica e pubblicò i primi saggi di medicina su riviste specializzate. Siffatto impegno non gli precluse di aderire ad iniziative pubbliche consone col suo orientamento politico, oscillante tra la fedeltà al partito liberale e le suggestioni della democrazia legalitaria venata di massonismo: lo troviamo infatti nel '64 tra i firmatari del manifesto costitutivo della fiorentina Associazione per la tutela e lo svolgimento dei diritti costituzionali promossa dai "fratelli" delle logge "Concordia" e "Progresso sociale", e poco dopo nel consiglio direttivo del sodalizio che si illudeva di riunire in un solo partito la sinistra moderata e la destra anticlericale.

Una svolta di non poco conto nella vita del Tommasi (dall'ora in avanti Tommasi-Crudeli) avvenne con la vincita del concorso per la cattedra di anatomia patologica all'Università di Palermo nel 1865. Il quinquennio di permanenza nel capoluogo siciliano, vissuto intensamente e duramente sul piano pubblico e privato, risultò oltremodo formativo in campo professionale: furono gli anni del progressivo interesse per la profilassi delle malattie contagiose, del colera in particolare, i cui effetti ebbe modo di seguire da vicino nei giorni terribili seguiti all'insurrezione palermitana del settembre '66 quando il morbo si sparse nella città mietendo vittime in aggiunta a quelle che la repressione per mano militare della rivolta aveva già fatto. Eventi entrambi

vissuti con funzioni di responsabilità: comandante di un corpo scelto della Guardia Nazionale durante i sette giorni di distruzioni e saccheggi, direttore del servizio sanitario municipale durante l'epidemia che fece ben quattromila morti. Quest'ultimo impegno gli valse la cittadinanza onoraria di Palermo, riconoscimento che soltanto Garibaldi prima di lui aveva ottenuto.

Il contatto con una realtà difficilissima come quella di Palermo negli anni di malcontento e delusione immediatamente successivi all'unificazione indusse Tommasi-Crudeli a serie ed efficaci riflessioni sul fenomeno mafioso, letto e interpretato in chiave nuova che poneva in rilievo le collusioni col potere politico e con i vari movimenti isolani anche rivoluzionari per significare che il "malandrinaggio" sceglieva (allora non diversamente dai giorni nostri) chi sostenere in funzione del vantaggio atteso. Per la prima volta la vita sociale nel Meridione veniva esaminata seriamente, grazie a meticolosa analisi scientifica, per qual era realmente ovvero una grande questione nazionale. Di essa scrisse su giornali e riviste e gli studi fatti furono inviati anche al londinese *Times* ed infine raccolti e pubblicati in volume.

Risalgono al periodo di permanenza a Palermo –durante il quale gli venne a mancare la moglie ventinovenne Bianca Fortini da cui non aveva avuto figli– interventi all'università che da un lato confermavano l'interesse del Tommasi-Crudeli per l'igiene urbana e le condizioni sociali degli abitanti delle città e dall'altro sancivano il suo radicato senso dello stato laico che avrebbe dovuto garantire e rendere obbligatoria e gratuita l'istruzione primaria con pene severe per le famiglie inadempienti. Un tema, quest'ultimo, che egli aveva già lanciato dalle pagine del Bollettino della Massoneria del Grande Oriente d'Italia proclamando la lotta all'analfabetismo e la laicità scolastica ma nello stesso tempo ritenendo controproducente l'eliminazione dell'insegnamento religioso nella scuola perché avrebbe spinto i clericali a rafforzare la propaganda contro le istituzioni pubbliche per cui anziché vietare meglio sarebbe stato sorvegliare e controllare. Si avvertivano in queste affermazioni gli effetti della frequentazione liberomuratoria, particolarmente intensa in quegli anni che lo videro presiedere il "Capitolo" di Palermo col 32° (e penultimo) grado del Rito Scozzese Antico ed Accettato ed ascendere, nel 1869, nell'organismo di governo del Grande Oriente insieme allo stato maggiore della democrazia italiana che annoverava mazziniani e garibaldini come Giuseppe Dolfi, Giovanni Nicotera, Mauro Macchi, Giuseppe Mazzoni, Antonio Mordini.

Ancora qualche anno di presenza in loggia e nel Consiglio dell'Ordine avrebbero rafforzato in Tommasi-Crudeli il culto di una scienza razionale e senza frontiere e la lealtà istituzionale, tratti distintivi della sua eclettica personalità. Chiusa questa esperienza si apriva al professore di anatomia patologica della neonata Università di Roma, ove si era trasferito dopo Porta Pia per fondarvi un istituto fisio-patologico, un'altra strada ben più irta, quella della politica che lo avrebbe condotto in Parlamento,

la sede più adatta d'ogni altra per render concreti i progetti e le sperimentazioni di una vita. Fallito un primo tentativo nelle elezioni politiche del 1870, quattro anni più tardi Tommasi-Crudeli venne eletto nel collegio di Cortona, nella natia provincia di Arezzo, tra i deputati della Destra storica che accoglieva i fedeli al liberalismo di Cavour e Ricasoli, uomini che Benedetto Croce definì "componenti un'aristocrazia spirituale, galantuomini e gentiluomini di piena lealtà". Quella legislatura, durata fino alla caduta della Destra e l'avvento della Sinistra nel marzo 1876, fu intensamente vissuta dal neoparlamentare toscano, come dimostrano i discorsi tenuti in aula sulle questioni emergenti della politica ecclesiastica, dei rapporti tra Stato e Chiesa cattolica, sul riordino della pubblica sicurezza e sulle misure per fronteggiare mafia e camorra. Nonostante il buon lavoro svolto sui banchi di Montecitorio le successive elezioni lo videro soccombere di fronte al candidato della sinistra anche perché la campagna elettorale condotta nei vari paesi della Val di Chiana non aveva rassicurato i proprietari terrieri e l'elettorato moderato della zona circa le intenzioni di un futuro loro rappresentante il quale discorreva di riduzione della miseria, di istruzione obbligatoria, di riforma agraria e del sistema tributario, di estensione del suffragio, di riforma della pubblica amministrazione, da liberale progressista ed illuminato qual era.

Nei sei anni che rimase fuori dal Parlamento si batté contro il trasformismo politico, la "corruttela" della vita pubblica, e qualcuno osservò che proprio per questa sua avversione al sistema di governo basato sui patteggiamenti e gli scambi di favori, l'intransigente professore non poteva avere fortuna, e di fatti non ebbe mai incarichi ministeriali. Quella parentesi nella presenza alla Camera –nella quale sarà rieletto per tre legislature a partire dal 1882– gli consentì di dedicarsi anima e corpo all'opera scientifica, alla ricerca sui microrganismi patogeni e infettivi ed allo studio sulle cause della malaria, del colera e della difterite con decine di pubblicazioni cui accompagnò scritti sulle bonifiche e sulla riforma dell'università che gli valsero la nomina ad accademico dei Lincei e nel Consiglio Superiore della Pubblica Istruzione. A coronamento della grande passione per l'igiene il ministro della pubblica istruzione Guido Baccelli lo chiamò nell'82 a coprire la relativa cattedra universitaria della capitale e fu scelta felice perché la materia, fino ad allora scarsamente considerata, acquisì il carattere di scienza sperimentale. I successivi progressi, dalla nascita del primo laboratorio italiano di igiene nel 1883 alla trasformazione, solo due anni più tardi, in Istituto di igiene sperimentale dell'Università di Roma qualificarono il Tommasi-Crudeli per uno dei primi e migliori igienisti.

E come in passato egli aveva portato in Parlamento l'esito delle proprie indagini sulle condizioni sociali e della sicurezza siciliane, nel decennio 1882-1892 al centro degli interventi da lui pronunciati in aula e dei provvedimenti propugnati figuravano le questioni dell'igiene e della salute pubblica, delle bonifiche nell'Agro romano, della prevenzione delle malattie e delle epidemie, dei problemi universitari, senza escludere

altre materie cui dedicò attenzione, dalla scuola di cavalleria alla coltivazione del tabacco. In particolare si occupò della nuova regolamentazione della prostituzione di cui fu autore per incarico del presidente del Consiglio Francesco Crispi e sull'argomento nacque un vivace dibattito parlamentare nel 1888 nel corso del quale le parole di Tommasi-Crudeli risuonarono come solenne condanna dello sfruttamento della prostituzione e del regime repressivo vigente in Italia. Ma soprattutto colpiscono la denuncia delle condizioni diffuse di inferiorità della donna e la soluzione d'avanguardia che egli proponeva: emancipazione femminile tramite l'istruzione e l'educazione.

Giovanni Giolitti, proveniente dalla medesima scuola liberale moderna ed illuminata, divenuto presidente del Consiglio volle riconoscere i meriti politici e scientifici di Corrado Tommasi-Crudeli chiamandolo nel 1892 al Senato del Regno, consesso nel quale l'antico garibaldino non mancò di distinguersi per acutezza e fermezza di propositi riformatori, mai disgiunti dalla intransigente devozione allo Stato, da un culto rigoroso della libertà che rimandava alle radici risorgimentali della sua formazione e da una fede incrollabile nel progresso e nella scienza.

GARIBALDI

Iris Bombet Franco

No sabías de dudas ni de vacilaciones
Sólo Dios te guiaba en tu lucha dantesca
y lograba victorias, tremolando banderas
traspasando horizontes, derribando trincheras.

Y eras un desafío a las lides supremas,
Amaneciendo auroras, llegando a las estrellas
General Garibaldi, el “Héroe de Dos Mundos”
Desde tu Italia amada a nuestra amada Tierra

Llegas desde el pasado envuelto en la leyenda,
la libertad del mundo convocó tu presencia
y saliste a ganarla, Campeador de proezas,
con la antorcha encendida y la Gloria a tu diestra.

Montevideo, setiembre de 2000

PROTAGONISMO DE LA ENCICLOPEDIA EN LA TRADICIÓN LIBERAL

Rodolfo M. Fattoruso

Hace unos pocos meses –exactamente el 28 de junio– se cumplieron 250 años de la publicación de la “Enciclopedia o Diccionario Razonado de las Ciencias, las Artes y los Oficios”; obra que habría de cambiar para siempre la jerarquía y naturaleza del conocimiento en nuestra civilización y que responde al talento y la obstinación de Denis Diderot.

Es muy curiosa y también accidentada la historia de esta pieza; tanto como la vida de su progenitor. Diderot, que había nacido en un hogar de la pequeña burguesía –su padre era cuchillero en Langres– desde muy joven supo de las amarguras que engendra pensar con libertad en una sociedad dominada por el temor y el fanatismo religioso. Con muchos sacrificios de parte de su familia recibió, desde pequeño, educación religiosa, pues se esperaba de él que alcanzara dignidades eclesiásticas. Asistió a la Universidad de París, donde se licenció en Artes; pero enseguida se entregó a la vida bohemia y divertida que progresivamente lo fue alejando de las seguras austeridades y renuncias que le prometían los conventos. Esa inclinación hacia la vida civil le costó la momentánea enemistad de su esperanzado padre, quien nunca llegaría a consolarse de que su hijo no abrazara los hábitos.

A los 33 años, en 1746, adquiere Diderot una doble fama: antes su nombre había comenzado a sonar en los ambientes académicos debido a sus buenas traducciones de obras históricas inglesas, pero en ese momento salta a la consideración pública porque es contratado, junto con D'Alembert, para hacerse cargo de un ambicioso proyecto editorial y porque, además, el Parlamento de París condenó a la pira su primer libro, “Pensamientos Filosóficos”, texto considerado demoníaco debido a la imperdonable osadía de fundar el deísmo “sobre el orden del universo y la maravilla de la naturaleza”.

En los meses siguientes Diderot se ocupa solamente de planificar los detalles de la Enciclopedia, y apenas participa de la bulleante vida intelectual parisina. Pero una serie de acontecimientos políticos donde la religión se había inmiscuido con perjuicio para las libertades –una bula papal, desconociendo la soberanía nacional, pretendía obligar a los franceses a perseguir y castigar a quienes renegaran de la Iglesia Católica– lo llevan nuevamente a ofender el poder establecido.

Debido a tal motivo, y olvidándose de la advertencia que ya había recibido y que tenía el fuego o la cárcel como destino, en unos pocos días escribe y publica su famosa “Carta Sobre los Ciegos Para Uso de los que No Ven” (1749). Se trata ésta de un breve ensayo en el que casi al borde de la alegoría aplica los requisitos de la razón para dudar de los indiscutidos dogmas que entonces tiranizaban el espíritu de las gentes. Los lectores suspicaces de entonces entendieron hacia dónde apuntaba Diderot; se dieron cuenta de que de una manera sutil, pero muy definida, estaba aludiendo a los teólogos, a quienes hablan con propiedad y hasta con racionalidad de algo que positivamente desconocen. Innecesario es aclarar que los verdaderos destinatarios del libelo se dieron cuenta y no demoraron en enviar su tropel de cuervos para acallar por medios heterodoxos la voz de Diderot; por fortuna la Justicia lo salvó de la intentona y tan sólo fue premiado con una estadía en la cárcel.

Ese episodio rodeó de expectativa la aparición de la Enciclopedia. Mientras gozaba de la hospitalidad ofrecida por el áspero calabozo de Vincennes, Diderot se aprestó a ultimar los aspectos más finos de la obra que tenía pendiente. El editor y un conjunto de amigos intercedieron ante las autoridades para hacerle breve y en cierta medida cómoda la pena que debía purgar; de ahí que tuvo tiempo y oportunidad para mandar cartas a los redactores, corregir pruebas y elegir grabados.

Y no sólo eso: también se hizo tiempo para leer a Milton y a Platón. A propósito de éste, y obsesionado por la vigilancia punitiva que entonces ejercían los católicos en los dominios de la filosofía, comentaría, con ingenio, un celebrado pasaje del libro VII de “La República” en una carta que enviara a un amigo: *“Platón nos imagina a todos sentados en una caverna, de espaldas a la luz y mirando hacia el fondo. Apenas podemos mover la cabeza y sólo vemos lo que tenemos enfrente. Entre nosotros y la luz hay una gran pared, por encima de la cual entran y salen figuras de todas clases, avanzan, se retiran y desaparecen, mientras sus sombras se proyectan sobre el fondo de la caverna. La gente muere sin haber visto nunca otra cosa que estas sombras. Si un hombre inteligente por casualidad, empieza a sospechar de este espectáculo ilusorio y, con esfuerzos y contorsiones dolorosas, vence a las fuerzas que mantienen su cabeza torcida y logra escalar el muro y escapar de la caverna... es mejor que se cuide, si regresa alguna vez, de tener la boca cerrada acerca de lo que vio fuera”.*

La traducción que no fue

El antecedente más antiguo que tenemos de algo asimilable a una enciclopedia es la increíble “Historia Natural” del romano Plinio el Viejo; pieza en la que reúne de manera ordenada los conocimientos, creencias y leyendas relativos a la naturaleza. Desde entonces, y hasta la aparición de un diccionario de tipo naturalista que apareciera en Inglaterra en el siglo XVII, no se conoció ningún fenómeno análogo. Los

conocimientos, cualquiera fuera su validez, estaban dispersos, circunscritos a textos específicos y, por sobre todas las cosas, no tenían indicaciones que los relacionaran entre sí.

Nunca imaginó el librero Le Breton que cuando llamó al joven Diderot –famoso como traductor– para que cooperara en la traducción de la “Cyclopedie, Or Universal Dictionary of Arts and Sciences”, del escocés Chambers –un libro ambicioso en sus pretensiones, pero parcial en sus alcances– estaba abriendo el camino para fundar uno de los pilares del mundo moderno. Pues si bien Diderot aceptó de buen grado el encargo, no tardó mucho en convencer a su jefe y provisorio amigo D'Alembert, de que era necesario hacer una obra que reuniera la totalidad de los conocimientos habidos hasta el momento, los vinculara y pudiera explicarlos racionalmente.

Este proceso comenzó en 1746, año en el que Diderot comenzó a enviar cartas a las principales figuras del mundo académico e intelectual con el propósito de comprometerlas a redactar los artículos de sus respectivas especialidades. A D'Alembert –que no era muy odiado por los católicos– le pidió que redactara los propósitos de la obra y que, en un lenguaje persuasivo, demostrara que no se trataba de algo en contra de la religión sino a favor de la cultura; a Le Breton le encomendó la nada sencilla tarea de obtener el “privilegio royal”, esto es, la autorización oficial para publicar la obra; a su esposa le rogó paciencia y le prometió visitarla en algún momento. Para él reservó el contenido sustancial de la Enciclopedia, es decir, la redacción de unas cuantas decenas de artículos y la confrontación con sus colegas filósofos y científicos acerca de los temas que debían tratarse.

En cuatro febres años –donde tuvo tiempo para escribir en contra de los desbordes del clero sobre la vida civil, donde se hizo espacio para purgar penas de cárcel debido a sus ideas– consiguió reunir las primeras centenas de artículos que habrían de llenar el primero de los volúmenes previstos. Rousseau, Voltaire, D'Holbach, Turgot, Mohtesquieu, estuvieron entre los primeros y más notables colaboradores de la empresa; a su lado, desde luego, estaban las ponencias de físicos, matemáticos de nota, naturalistas, astrónomos y especialistas de distintas disciplinas que también quisieron hacer patente su adhesión. La Academia Real de Ciencias y La Academia de Inscripciones de las Bellas Letras no quisieron estar ausentes y muchos de sus miembros firmaron, corriendo no pocos peligros, sendos artículos.

Pero más allá de todos esos ingenios juntos, el impulso, la sangre y el entusiasmo estaba en el corazón y en las manos de Diderot. El filósofo no solamente escribió sobre los temas que ya conocía bien –nociones y límites de la filosofía; visiones de la naturaleza; doctrina e interpretaciones del cristianismo; antropología, literatura– sino que se ocupó personalmente de ir a los talleres de artesanos y a las incipientes plantas industriales a interiorizarse personalmente del funcionamiento de los distintos oficios, de las máquinas y de los secretos y técnicas de las artes. Así, por ejemplo, el vocablo

“molino” —que tiene 25 páginas de apretada tipografía— nos describe prolijamente todos los tipos de molinos, todas las piezas que lo componen, las distintas energías de las que se sirven, sus utilidades y los materiales con que son fabricados; no conforme con eso, incluye una suerte de manual ilustrado para la utilización de esos instrumentos y referencias técnicas para construirlos.

Esa área de trabajo, verdadera pieza de investigación de campo, dotó a la Enciclopedia de uno de sus rasgos más interesantes y originales: retratados en sus páginas, aparecieron los modos en los que el conocimiento de las leyes de la naturaleza comenzó a ser aplicado en provecho del hombre y solamente como resultado del esfuerzo del hombre por quebrar los límites que hasta el momento lo tenían constreñido en los rediles de la superstición y del miedo. Si a ello añadimos el impacto que de forma inmediata tuvo el difundir por primera vez las ideas racionalistas y empiristas en un sistema articulado que abarcaba todos los asuntos a los que se refiere su pertinencia en la existencia y en el pensamiento de las personas, tenemos que la Enciclopedia fue, en muchos sentidos, la primera y más eficaz revolución cultural del mundo moderno.

Diderot y cuantos lo siguieron en su fermental aventura fueron conscientes de esa gravitación y supieron del cambio que estaban ayudando a propiciar en los dominios de la educación y de la formación social. Eso explica el ardor que pusieron en llevarla adelante, los riesgos que afrontaron y los desdenes que soportaron. Explica eso, también, la ira que despertó la Enciclopedia entre los reaccionarios de la época; particularmente entre los dignatarios de la Iglesia, que la encomendaron al fuego.

Algunas cifras

- El primer volumen de la “Enciclopedia o Diccionario Razonado de las Ciencias, las Artes y los Oficios”, firmado por la *Societé de Gens de Lettres* —eufemismo que quiere decir Diderot, sus amigos y el dinero del editor—, estuvo en la calle sobre el mediodía del 28 de junio de 1751. Detrás de esas 950 páginas a dos columnas había un gran esfuerzo y, lógicamente, estaban puestas muchas expectativas.

La edición estuvo a cargo de Le Breton, un librero y editor que invirtió fuertes sumas en la aventura y que, si bien recibió una considerable compensación con el correr de los años, debió padecer no pocos infortunios por solventar semejante osadía. La edición del primer volumen constó de 2.050 ejemplares; la mayoría de los cuales ya estaba vendida por suscripción. Los restantes —apenas un poco más de 40— se los reservó Diderot para nutrir algunas bibliotecas famosas y para enviarlos a determinados personajes que eventualmente podrían ayudarlo si las cosas —como temía— se complicaban en Francia: las ilustradas cortes de Rusia y la de Prusia, entre otras, recibieron ejemplares de este volumen.

Se hace evidente, cuando se consultan los datos fundacionales, que el plan general

de la obra ciertamente correspondió a las esperanzadas pretensiones que oportunamente se fijara su impulsor: todos los años habría de publicarse un volumen hasta completar los diecisiete; además de volúmenes especiales –11 en total– conteniendo grabados ilustrativos. La realidad y los buenos oficios de la Iglesia alteraron la frecuencia: entre 1751 y 1757 se publicó un volumen por año; luego, merced a la censura, hubo un silencio balsámico para la Iglesia, y recién en 1766 se editaron los diez volúmenes restantes. Los libros de grabados, entre tanto, fueron saliendo de manera más ordenada, ya que la persecución eclesiástica prestó poca o ninguna atención a los dibujos de máquinas, pistilos, corolas, cuerpos sólidos, animales, músculos, tendones e instrumentos de albañilería, de música, de carpintería y de metalurgia; su botín, desde siempre, fueron las ideas liberales, los íconos no le preocupaban.

Hay, fuera de toda duda, un carácter casi desmedido, monumental en la morfología de la Enciclopedia. La sola mención de los números que la componen testimonia la magnitud de sus propósitos: contiene 18 mil páginas de texto, 44.632 artículos principales, 28.366 artículos secundarios; lo que suma 20.736.912 palabras, de las cuales 391.843 son diferentes. Son 2.569 los grabados que sirven para ilustrar y hacer más comprensivos los artículos y 2.575 las leyendas que los explican. Y lo más importante: 140 son los redactores de la obra; cifra lacónica que, sin embargo, encierra a toda una generación de pensadores, científicos, artistas e investigadores de Francia, Inglaterra, Alemania, Suiza, Holanda y hasta de Italia, que acudieron al llamado de Diderot y que, acaso sin saberlo, se encontraron fundando el camino de la razón y la libertad en su siglo y también en el mundo.

El criterio de ordenamiento de los artículos fue, obviamente, el alfabético; pero lo novedoso para la época consistió en que cada palabra era antes que nada definida por su función gramatical, por su género, por la rama del conocimiento a la que pertenecía y recién después se detallaba su significado. Hay vocablos que suscitaron artículos de más de treinta páginas; los hay, en cambio, de una sola oración; hay, a veces, bromas: la palabra “antropofagia” en algún momento remite al vocablo “comunión”. Para ciertas palabras, además, hay entradas múltiples; así, el vocablo “alma” no solamente conoce un respetuoso tratamiento teológico, sino que es considerado en otros campos, tales como la arquitectura y el diseño, la artillería y aun la cosmografía.

En un plano superior a este sistema exacto de consulta se ubican los principios que rigieron la agrupación y selección de los temas abordados. En su “Discurso Preliminar de la Enciclopedia” D'Alembert nos explica que a ese respecto Diderot y él operaron conforme a una distribución del conocimiento según la facultad que éstos solicitan. De este modo, echando mano a la memoria incluyeron la Historia como ciencia que le es inherente; la filosofía como campo natural del quehacer de la razón y la poesía como expresión de la capacidad de imaginar. Lo interesante es que esta generalidad que les sirvió de punto de partida, la asumieron como un postulado del cual fueron derivando

ramas, conexiones, cruzamientos de distinta índole hasta llegar a especificaciones cada vez más finas que permitieron, al cabo, la identificación y el campo de lo conocido o susceptible de ser conocido.

Gran parte de este discurso preliminar –sin duda uno de los textos más perdurables de la Enciclopedia tanto desde una perspectiva puramente gnoseológica como pedagógica– es una defensa de esa especie de árbol que bajo los auspicios y rigores de la razón consigue explicar las relaciones e interacciones del conocimiento en el marco del orden y de las leyes de la naturaleza.

La salvación por el fuego

El viejo pleito entre la casualidad y el principio de la destinación habría de encontrar en un episodio de la vida del celeberrimo Iñigo López de Recalde motivos para azuzarse. Cuando, hacia 1521, los franceses se encontraban sitiando la fortaleza de Pamplona se lo encuentra –con apenas treinta años– entre los defensores; casualmente herido, debe convalecer unas cuantas semanas y solicita de sus amigos libros de caballería para aliviar su forzada inmovilidad. Pero nunca sabremos por qué esos libros –que tan populares eran entonces– no aparecieron, llegando en su lugar un par de gruesos volúmenes referidos a la vida de santos y a la vida de Jesús. Ese fue el principio de la iluminación que habría de convertir a un anónimo y casi ignorante soldado en San Ignacio de Loyola.

El largo encierro en una cueva y la aparición del mismo Dios a orillas del río Cardoner fueron los otros dos episodios que terminarían de completar su convencimiento de que su existencia estaba predeterminada, que la santidad era el destino que lo aguardaba. Y para consumar ese propósito y diseminar sus efectos, en medio de una de esas iluminaciones compuso sus famosos “*Ejercicios Espirituales para Vencerse a Sí Mismo y Ordenar su Vida sin Determinarse por Afección Alguna que sea Desordenada*”.

Pocas obras tendrían en su tiempo y en los siguientes siglos tanta importancia en la formación del carácter y de los valores de los creyentes; su impacto y difusión sobrepasaron todas las cotas y se convirtió en la herramienta más eficaz para templar el espíritu de los que abrazaron la causa honda del fundador de la obediente Compañía de Jesús. Allí, López Recalde expone un método para favorecer la limpieza del alma y la cercanía con Dios; propone que durante cuatro semanas el creyente se entregue de lleno a la oración, a la penitencia y a la meditación.

Dice, por ejemplo, en los consejos correspondientes al Quinto Ejercicio de la primera semana, que conviene meditar sobre el infierno, adiestrar la imaginación para ver “la longura, anchura y profundidad” de ese molesto domicilio y “tratar de ver con los ojos de la imaginación para ver los grandes fuegos y las almas como en cuerpos igneos”; también sugiere entrenarse “para oír con las orejas llantos, alardos, voces

blasfemias contra Cristo Nuestro Señor y contra todos sus santos". En la decimotercera regla de estos Ejercicios el santo aconseja a sus discípulos algo que ha sido una de las normas mejor observadas; reza así: "*debemos siempre tener, para en todo acertar, que lo que yo veo blanco, creer que es negro si la Iglesia hierárquica así lo determina, creyendo que entre Cristo Nuestro Señor, esposo, y la Iglesia, su esposa, es el mismo espíritu que nos gobierna y rige para la salud de nuestras ánimas*". Y en otra parte abunda acerca de las penitencias y benéficos castigos de la carne, "*trayendo barras de hierro, flagelándose o llagándose*"; pero esto, aunque le parece lindo, no deja de suscitarle ciertos reparos, por lo que, apiadándose, propone –siempre como forma de agradar a Dios– servirse de instrumentos de tormento menos rigorosos: "*parece que es más conveniente lastimarse con cuerdas delgadas, que dan dolor de fuera, que no de otra manera que cause dentro enfermedad notable*".

Resulta en todo sentido congruente que quienes obedecieron con fruición estas enseñanzas, quienes por doctrina negaron la duda y por doctrina se infligieron todo tipo de castigos corporales, fueran los primeros alzados contra la Enciclopedia; obra que cometió la imprudencia de apelar a la razón para favorecer la luz del conocimiento. A las pocas semanas de aparecer el primer Tomo, en agosto de 1751, un alto dignatario de los jesuitas sostuvo que el rey debía confiscar ese libro por entender que rebajaba la divinidad del poder real y la pureza y verdades de los santos. Eso, para su inmenso gozo, lo consiguieron con los dos primeros volúmenes; aunque el tercero ya había logrado nuevamente el permiso real a condición de aceptar algún tipo de censura.

Tal medida le pareció ineficaz e indolente a la Compañía de Jesús, que no demoró en volver al ataque lanzando una campaña nacional en la que instaba a todos los devotos a quemar públicamente los ejemplares que pudieran capturar de manos impías. Este crimen no tuvo mucho éxito ya que el tiraje de la obra estaba solamente destinado a suscriptores que previamente lo habían pagado; y, por otra parte, conviene precisar que no todos los católicos se mostraron dispuestos a acatar el llamado jesuita, pues no todos creían que la fe estuviera en riesgo sólo porque el pensamiento racional y la ciencia fueran dados a conocer al mundo; de hecho, más de un notable sacerdote se encuentra entre los redactores fundacionales de la Enciclopedia.

Pero el 3 de setiembre de 1759 el peso del poder ingresó a escena y las desesperadas vigilias de la Compañía finalmente tuvieron su merecido premio: el muelle papa Clemente XIII dictaminó, con solemnidad y precisión, que todos los fieles que poseyeran ejemplares de la Enciclopedia debían entregarlos a su Obispo o a un Inquisidor, a fin de que éstos, sirviendo a Dios y a su Iglesia, los sometieran a las llamas. Para la Compañía fue una jornada de gloria.

Desde ese año y hasta 1766 –en que aparecen los diez últimos volúmenes– la Enciclopedia se debatió entre la clandestinidad y el silencio.

Un legado de libertad

Desde aquel 28 de junio –día en que se publicó el Primer Tomo de la Encyclopédie– hasta este día exacto en el que estamos, el mundo ha conocido, es cierto, muchos desencantos y horrores; pero también –justo es señalarlo precisamente en el marco de la efemérides que celebramos– ha avanzado en múltiples áreas que contribuyeron a dotar al hombre de instrumentos éticos y materiales como para hacer más pleno, más decoroso y tal vez más entero su paso por la tierra.

La Encyclopédie determinó, seguramente sin saberlo, un encadenamiento de transformaciones en todos los órdenes. Por lo pronto, ayudó a que fuera evidente el hecho de que el prejuicio, los dogmas y el fanatismo, lejos de ser atributos de la fe, son los reversos de la dignidad espiritual del hombre; los límites absurdos y artificiales que el hombre mismo se ha puesto para contener su curiosidad y su osadía. Al postular la importancia del conocimiento experimental, del uso de la razón como modo de avanzar sobre los problemas, al reclamar el viejo ademán griego de empezar a dudar para empezar a saber, derribó las excreencias de una escolástica que solamente tenía sustento en la fuerza militar de los reyes y en el desorbitado poder político de la Iglesia.

También demostró que el saber y la verdad no son patrimonio de una escuela, de una fe o de una secta sino productos del concurso indistinto de muchos espíritus y de, incluso, diferentes premisas de pensamiento y de investigación. Los redactores de la Encyclopédie mal podrían ser atados en torno al mismo eje y pretender que giraran con armonía; pues todos ellos, en rigor, provenían de caminos y búsquedas muy diferentes entre sí. Es muy difícil, se concederá, buscar las coincidencias entre, por ejemplo, Rousseau y el famoso abate Prades (su artículo sobre teología despertó la ira de los jesuitas y abrió el proceso de censura a la obra); o entre Montesquieu y D'Alembert, o entre éste y el mencionado Rousseau, que terminan enemistándose puesto que al acre ginebrino le pareció desagradable el artículo de D'Alembert sobre Ginebra y su intransigente gobierno calvinista; es imposible, igualmente, pensar que podía conciliarse el pensamiento deísta y espiritualista de Diderot con el mecanicismo de ciertos autores ingleses; o las ideas económicas de Voltaire con las de los fisiócratas que firmaron importantes artículos.

Ninguno de ellos habría propuesto formar un club de afinidades, porque –repetimos– básicamente no las tenían, pertenecían a urgencias y postulados que contrastaban bastante en muchos aspectos. Pero había en todos –y esto es lo importante a salvar cuando mentamos la Encyclopédie como acontecimiento histórico perdurable– un espíritu común: creían, con ardor, en la pluralidad como base del conocimiento, en la tolerancia como base de la convivencia y en la laicidad como la condición necesaria, beneficiosa del saber y del convivir. Y algo más: creían que la realidad se conforma con innúmeras, inesperadas situaciones y por lo tanto nunca puede ser reducida a una

lectura o interpretación unilateral, sino que para conocerla verdaderamente debían integrarse las perspectivas, las interrogantes y los datos. Eran contrarios a las reducciones simplificadoras, cualesquiera fueran sus motivaciones o sus fines.

El otro gran aspecto que nos lleva a celebrar esta fecha tiene que ver específicamente con los fuentes de la cultura. La Enciclopedia emergió como un esfuerzo no solamente por ordenar y sistematizar los conocimientos, sino que además pretendió divulgarlos, permitir al mayor número de personas acceder a las fuentes, guías y estímulos del saber como forma de vencer la ignorancia y cultivar el discernimiento y la búsqueda de nuevas fronteras en todos los campos posibles del aprendizaje y de la conciencia. La educación, controlada y domesticada por las iglesias, durante cientos de años fue considerada como un privilegio de unos pocos y al servicio de una causa de índole eminentemente teológica; con la Enciclopedia se abrieron al lector común las puertas de las universidades, de los talleres y de los laboratorios y se le permitió tratar contacto con unos bienes que antes solamente estaban reservados a quienes oportunamente pagaban el precio de aceptar los dogmas para recién poder estudiar.

Necesariamente esta sumatoria de atributos tan perturbadores para el orden instalado tenía que dar sus frutos más allá del ámbito estricto de los círculos culturales. Eso es lo que efectivamente ocurrió: los hombres de aquella segunda mitad del siglo XVIII comenzaron a ver de un modo diferente las relaciones del individuo con los poderes, del conocimiento con la fe, de la naturaleza con la realidad. Se empezó a admitir que nadie puede ser incondicional de nada y de nadie y, lo más importante: que la cultura es un rasgo –acaso el más contundente y definido– de la libre expansión de las capacidades humanas.

La Enciclopedia hirió, y lo hizo para siempre, el hasta entonces incólume edificio construido por la alianza entre el poder eclesiástico y el absoluto poder de los reyes; puso en tela de juicio su legitimidad intelectual, jurídica y moral y abrió el paso para que los ideales e instrumentos de libertad ingresaran, para quedarse, en el escenario de la historia. Merece nuestra gratitud.

GIUSEPPE GARIBALDI (1879-1950)

Pablo Serrano Alvarez

Giuseppe "Peppino" Garibaldi llegó a ser el individuo más destacado de los extranjeros que se unieron a los insurrectos encabezados por Francisco I. Madero. Garibaldi tenía treinta y un años de edad cuando ofreció combatir por la causa antirreelecciónista; provenía de una familia con una larga tradición de participación en guerras libertadoras en diversas regiones del mundo. Para la familia Garibaldi la vida misma era una lucha perpetua por lograr la emancipación de la humanidad.

Al seguir los pasos de la tradición familiar, el joven Peppino formó parte de una expedición de voluntarios de diversas nacionalidades encabezados por su padre Ricciotti, que apoyó a Grecia en su lucha contra Turquía en 1897. Después de una breve estancia en Uruguay y Argentina, donde trabajó en la construcción de ferrocarriles, se trasladó a Sudáfrica y, de 1899 a 1902, peleó en la guerra anglo-bóer como miembro del cuerpo de la caballería australiana denominada "Imperial Light Horse" (Caballería Ligera Imperial).

Terminada la guerra en Sudáfrica, Garibaldi fue nombrado coronel en jefe de la sección de artillería del ejército rebelde de Manuel Antonio Matos, durante la llamada "revolución liberadora" (1903) contra el presidente venezolano Cipriano Castro.

En el breve espacio de seis años, Garibaldi había participado en tres guerras, y la experiencia adquirida en estos conflictos mostraría su gran utilidad en México durante la rebelión de Madero. A mediados de 1910, después de un corto ejercicio como inspector de las condiciones laborales de los obreros italianos en la zona del canal de Panamá, emigró a Chihuahua donde se dedicó a la explotación del oro y la plata. Al estallar la Revolución, en noviembre de ese año, viajó a El Paso, donde se unió, el 8 de febrero de 1911, a la junta antirreeleccionista de esa ciudad. Pocos días después de haberse ganado la confianza de Abraham González, jefe de la junta, cruzó a México. Madero, impresionado por el carácter y los antecedentes del italiano, le otorgó el rango de mayor, con el puesto de jefe de la vanguardia de la incipiente columna.

Garibaldi fue uno de los primeros extranjeros en unirse al movimiento insurrecto; por ello, así como por la importancia de su apellido, fue reconocido por los demás legionarios como su comandante.

Garibaldi fungió como confidente-consejero de Madero y fue uno de los pocos miembros del Estado Mayor con experiencia militar, por lo que le fue otorgado el mando de una de las columnas de asalto.

El sitio y la toma de Ciudad Juárez

La columna de Madero marchó a Casas Grandes, que fue ocupada sin resistencia, ya que los federales la habían evacuado. De Casas Grandes, la vanguardia de este grupo, compuesta por 800 hombres bajo las órdenes de Garibaldi y Raúl Madero, continuó a Bauche, donde combatió y derrotó (el 15 de abril) a una fuerza federal comandada por el teniente coronel Manuel García Pueblita. Con esta victoria Garibaldi, la Legión y Raúl Madero lograron bloquear el empalme ferroviario más cercano a Ciudad Juárez, cumpliendo así con el primer paso del plan de Madero para sitiar la guarnición fronteriza.

En esta batalla Garibaldi formó, al lado de Orozco y Villa, el triunvirato supremo de las fuerzas antirreelecciónistas que había logrado la toma de este importante pueblo fronterizo. La prensa, particularmente la de Estados Unidos, lo distinguió como héroe de la batalla. La destacada participación de Garibaldi en la toma de Ciudad Juárez incrementó la estimación de Madero por el italiano, pero al mismo tiempo provocó el desagrado de Villa y Orozco. Madero vio en Garibaldi un hombre culto, con ideales políticos semejantes a los suyos, y lo más importante, fiel a los propósitos de aquél.

Después de la batalla, Garibaldi fue uno de los invitados especiales y portavoces en los banquetes en honor de Madero servidos en El Paso por autoridades civiles y militares estadounidenses. También acompañó al presidente provisional durante su viaje desde Chihuahua a la ciudad de México en junio de 1911. La amistad de Garibaldi con Madero continuó hasta el golpe de Estado.

Madero designó a Giuseppe Garibaldi jefe de la nueva fuerza, con el rango de general. Después de haber acompañado a Madero en su viaje triunfal a la ciudad de México y en las celebraciones de victoria que les esperaban allí, Garibaldi partió para Nueva York, donde dio pláticas a la comunidad italiana de aquella ciudad sobre la reciente campaña. No tardó en regresar a México, dedicándose durante la última mitad de 1911 a la administración de algunas propiedades mineras que había comprado cerca de Taxco, Guerrero. De vez en cuando, comía con Madero en la capital, acompañándolo en sus excursiones a Puebla y Veracruz en preparación para las próximas elecciones. A principios de 1912 viajó a Londres para negociar un préstamo de dinero para el gobierno mexicano. La rebelión orozquista estalló antes de concluir las negociaciones y Madero le ordenó que dejara el asunto y fuera directamente a Agua Prieta, con la tarea de organizar y dirigir la proyectada fuerza de invasión.

El 18 de abril de 1912 Garibaldi llegó a Nueva York y de allí se dirigió a Agua Prieta

vía El Paso. Fue acompañado por otros voluntarios italianos: su hermano Ricciotti Garibaldi, experto artillero y ametralladorista, así como veterano de las campañas de su país en Tripolitania y Cirenaica en 1911, el capitán F.C. Castelvitrio y un tercero llamado Giuseppe Bontempo. Durante mayo y junio, Garibaldi y sus compañeros se dedicaron a reclutar hombres y recoger provisiones para la expedición. Generalmente desempeñó estas labores en el lado estadounidense de la frontera, en el pueblo de Douglas, Arizona. De allí mandaron agentes de reclutamiento a ciertas poblaciones en Sonora, como Frontera, Bavispe y Nacozari.

Entretanto, Garibaldi hizo frecuentes viajes de Agua Prieta a El Paso con el objeto de conseguir, por medio del cónsul mexicano Llorente, dinero del gobierno mexicano que serviría para montar la expedición. Estos viajes provocaron rumores de que el italiano reclutaba un contingente de estadounidenses para lanzar un salto contra Ciudad Juárez, que por aquellas fechas todavía se encontraba en manos de los insurrectos. Los rumores mostraron ser sin fundamento; si bien Garibaldi contrató cierto número de extranjeros en algunos pueblos fronterizos, su verdadero propósito, como Madero le había ordenado, consistía en atacar a los orozquistas en la región occidental de Chihuahua desde Sonora, utilizando Douglas como su base de operaciones.

Por discrepancias con algunos generales, Garibaldi decidió no acompañar la columna como jefe de la vanguardia. Renunciando a su mando, salió para la ciudad de México vía Estados Unidos.

Después de su llegada a la ciudad de México, Garibaldi pasó algunos meses arreglando sus asuntos personales. A finales de octubre de 1912 viajó a Europa para encabezar a los "camisas rojas" en apoyo del ejército griego en su lucha contra Turquía. En setiembre de 1914, al comenzar la Primera Guerra Mundial, dirigió una expedición de 3.000 voluntarios italianos a Francia para ayudar a este país a detener la invasión alemana. Cuando Italia entró a la guerra, en mayo de 1915, Garibaldi fue designado general de la Brigata degli Alpini (Brigada Alpina) que combatió en el frente austriaco (1915-1916) y en Francia (1917-1918). En 1919, después del armisticio, se unió a la expedición de Gabriele d'Annunzio que anexó a Italia la ciudad de Fiume, que anteriormente había pertenecido a la provincia austrohúngara de Croacia. En 1924, su oposición al movimiento fascista de Mussolini lo obligó a emigrar a Estados Unidos, donde falleció en 1950.

HIPOLITO NIEVO

El 4 de marzo de este año se cumplieron los 140 años de la muerte de este importante escritor italiano, que murió cuando apenas tenía 30 años de edad. Publicó por primera vez cuando tenía 23 años y lo hizo con un pequeño volumen de versos, al que siguieron otros, así como cuentos, novelas y dramas como “Angelo di bontà”, “Il Varmo”, “Il conte pecoraro”, “Le lucciole”, “I Capuani”, “Spartaco”, “Gli amori garibaldini” y otros.

Pero es conocido por la que es, fuera de toda duda, su obra principal: “Le confessioni di un Italiano”, que fue publicada recién seis años después de su muerte y –lo que da una idea de la situación política que se vivía– con el título “Le confessioni di un ottuagenario”. Referirse a un **italiano** bajo la obtusa dominación austriaca era un delito.

Nievo pasó una parte de su infancia en el castillo de Colloredo, en el Friuli; estudió luego en Verona y en Mantua y se graduó en jurisprudencia en Padua, en 1855.

Recibió de su abuelo materno, Marin, un noble que evocaba siempre en el seno de la familia los sucesos que habían llevado a la antigua República de Venecia a la pérdida de su independencia habiendo caído bajo el dominio de un país como Austria, así como de su padre que, si bien era funcionario estatal, expresaba sin tapujos, sus ideas liberales en las que se educó Hipólito.

Así, cuando sólo tenía 17 años inició sus actividades patrióticas inscribiéndose en la “Joven Italia”, de Mazzini, y participó en los comités revolucionarios constituidos durante la primera guerra de independencia.

Acusado de conspirar contra Austria debió abandonar el Friuli estableciéndose en Milán, donde continuó con su actividad en pro de la libertad y la unidad de Italia.

En 1859, apenas iniciada la segunda guerra por la independencia, se enroló junto a los voluntarios de Garibaldi y combatió en Varese, San Fermo y el Trentino.

Después, estuvo entre los Mil que acompañaron a Garibaldi en su expedición contra el entonces llamado Reino de las Dos Sicilias.

Por mérito de guerra, después de la batalla de Calatafimi, obtuvo el grado de coronel, en 1860.

Durante el gobierno garibaldino, en Sicilia se comenzaron a realizar profundas transformaciones políticas y sociales dirigidas a terminar con el sistema feudal que había producido tantas injusticias sociales, a terminar con las sociedades del delito y con las consecuencias indeseables pero comprensibles en una sociedad a la que se atenaceaba sin dejarle vías de escape, del bandidaje.

Demás está decir que, como le sucediera a Artigas aquí 45 años antes, apenas se dio vuelta, todos los intereses restauradores del régimen antiguo comenzaron a conspirar para echar abajo lo que se había comenzado a construir.

La reacción a menudo comenzaba su trabajo desacreditando la acción de funcionarios garibaldinos, como ya se había hecho en otros casos.

Ahora le había tocado a Nievo, que desempeñaba el cargo de Vice Intendente de Finanzas, habiendo recibido, por su celo administrativo, elogios del propio Garibaldi, que se encontraba a la sazón en Nápoles, así como del Intendente, que lo acompañaba.

Como de costumbre, se habían lanzado contra él acusaciones falsas que afectaban su honor y que habían llegado a conocimiento del gobierno de Turín.

El coronel Nievo partió de Sicilia con toda la documentación del gobierno garibaldino, con intención de demostrar directamente en la sede central del gobierno real, la transparencia de la gestión desarrollada durante casi un año en la Isla.

Debió embarcar en una vieja nave, el "Ercole", que se hundió misteriosamente llevando a los fondos de las azules aguas mediterráneas al joven garibaldino con las pruebas de su ejemplar conducta.

Quedaron a flote su honor y el de los Mil y la obra de este gran escritor, que tanto más hubiera podido dar a las letras de Italia, si hubiera podido continuar su vida, truncada a tan joven edad.

Cada vez se insiste más en la teoría del complot, que se expone en diversas obras dedicadas al tema, aun en nuestros días.

El "octuagenario" de su obra máxima hace ya tiempo que venció los temores del editor Le Monnier y readquirió su título original: "Las confesiones de un italiano", y son hoy un testimonio muy vivo de la vida en la Italia de aquellos años, que luchaba por liberarse del yugo extranjero, por ser un estado unificado y por ocupar el sitio que la historia le tenía reservado.

Nuestro homenaje al escritor, al patriota, al garibaldino sin tacha, en este nuevo aniversario.

C.N.

ÍNDICE

- Editorial	5
- Adela Reta	7
- Garibaldi y el 20 de Setiembre	
Carlos Novello	9
- L'Italia	
Giosuè Carducci	19
- Impresiones de un voluntario en el ejército de los Vosgos	
Achille Bizzoni	20
- Italianos liberales, Masonería e Iglesia durante la dictadura de Santos	
Prof. Mario Dotta	29
- Vincenzo Bellini	
Maestro Julio César Huertas	47
- Testimoni stranieri dell'epoca garibaldina	
Dr. Egone Ratzenberger - Ministro Plenipotenciario - Ministerio de Relaciones Exteriores de Italia	52
- XX Settembre: fiesta y política	
Prof. María Luján Leiva (Buenos Aires, Argentina)	59
- Garibaldino in gioventù, poi conservatore della rivoluzione liberale italiana. Il percorso di Corrado Tommasi-Crudeli, scienziato dell'ottocento	
Dr. Sergio Goretti - Director Responsable de "Camicia Rossa", órgano oficial de la Associazione Nazionale Veterani e Reduci Garibaldini de Italia	75
- Garibaldi	
Iris Bombet Franco - Presidente de la Asociación de Escritores del Uruguay	82
- Protagonismo de la Enciclopedia en la tradición liberal	
Prof. Rodolfo M. Fattoruso	83
- Giuseppe Garibaldi (1879-1950)	
Dr. Pablo Serrano Alvarez - Director de Investigación del Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana	92
- Hipólito Nievo	95

